

ISRAEL, PUEBLO DE DIOS Y OLIVO BUENO.

(Un Breve Estudio Crítico de los Orígenes Hebreos de la Fe Cristiana y la Desviación de sus Raíces hasta llegar a convertirse en una Religión Helenista que apenas conserva rasgos de su sencilla esencia original).



Pr. Joaquín Yebra.

Vallecas-Villa, Enero de 2014.

COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER DE LA VILLA DE VALLECAS

Contenido:

Contenido:	2
INTRODUCCIÓN:	1
UN PUEBLO PARA LA HUMANIDAD.	3
EL PUEBLO DE ISRAEL ES AMADO POR DIOS POR CAUSA DE LOS PADRES.	7
BENDICIONES Y MALDICIONES.	12
EL HIJO DE DAVID.....	19
¿HA DESECHADO DIOS A SU PUEBLO?	27
EL REGRESO DE ISRAEL.	31
EXAMINEMOS EL FUTURO.....	36
ISRAEL, OLIVO DE DIOS.	41
EL OLIVO EN LAS TIERRAS BÍBLICAS Y SU INJERTO.....	44
LA BIBLIA REZUMA ACEITE.....	48
EL SIMBOLISMO DEL ACEITE Y DE SU UNCIÓN.....	51
LA MÍSTICA DE LA "MENORÁ".	61
LA UNCIÓN CON ACEITE Y EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO.....	67
PÉSAJ, FIESTA DE LIBERTAD.....	71
EL SENTIDO DE LAS FIESTAS DE DIOS PARA ISRAEL.	74
UN REMANENTE FIEL.	89
EL PRINCIPIO DE LA DEGENERACIÓN DE LA IGLESIA DE CRISTO.....	97
¿CUÁL HA DE SER EL CONTENIDO DE LA PREDICACIÓN DE LA IGLESIA REMANENTE FIEL?.....	112
EL CAMINO CRISTIANO ES LA FE DE JESÚS.	119
EL MAMONISMO, AUTÉNTICO DIOS DEL CRISTIANISMO ORGANIZADO E INSTITUCIONALIZADO.....	128
EL DIOS DE JESÚS DE NAZARET.....	140
CONCLUSIÓN:	150

Los sabios antiguos de Israel compararon a la Asamblea de Israel con el nogal, porque de igual manera que las nueces no pueden burlar la aduana, pues se oye su ruido y son fácilmente descubiertas, así también los israelitas, vayan donde vayan, no pueden ocultar que son el pueblo llamado por Dios para ser luz a todas las naciones. ¿Y por qué los que los ven los reconocen? Porque son simiente que ha bendecido YHVH:

“Y la descendencia de ellos será conocida entre las naciones, y sus renuevos en medio de los pueblos; todos los que los vieran que son linaje bendito de YHVH.”

(Isaías 61:9)

INTRODUCCIÓN:

¿Por qué otro libro sobre Israel y su significado para la Iglesia de Jesucristo y toda la humanidad?

¿Por qué seguir ahondando en las raíces hebreas de la fe cristiana?

¿Por qué este libro después de la trilogía "*Olivo: Raíz y Ramas*", "*Jerusalem Redimida*" y "*El Encuentro de dos Campamentos*"? (www.ebenezer-es.org - Sección: "*Publicaciones*").

No creemos que sea menester dar explicaciones. Al lector atento le resultarán innecesarias, pues se percatará fácilmente de las razones que nos impulsan a seguir escribiendo sobre este tema.

¡Shalom!

Pr. Joaquín Yebra.

Enseñaron los sabios antiguos de Israel -¡Bendita sea su memoria!- que cuando Israel estaba a punto de iniciar el cántico al Santo -¡bendito sea!- todos dijeron a Moisés: “Maestro, maestro nuestro, empieza tú y nosotros te seguiremos”. Pero Moisés respondió a Israel: “Empezad vosotros, y yo lo haré con vosotros, porque yo soy uno solo, y la gloria de muchos es mayor que la de uno solo.”

Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron el cántico al Señor:

Éxodo 15:1: “Entonces cantó Moisés y los hijos de Israel este cántico a YH^VH.”

Por ello está escrito en el libro de los Números 12:3: “Y aquel varón Moisés era muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra.”

UN PUEBLO PARA LA HUMANIDAD.

Deuteronomio 7:6-11: “Porque tú eres pueblo santo para YHVH tu Dios; YHVH tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial, más que todos los pueblos que están sobre la tierra. No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha querido YHVH y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos; sino por cuanto YHVH os amó, y quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres, os ha sacado YHVH con mano poderosa, y os ha rescatado de servidumbre, de la mano de Faraón rey de Egipto. Conoce, pues, que YHVH tu Dios es Dios, Dios fiel, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos, hasta mil generaciones; y que da el pago en persona al que le aborrece, destruyéndolo; y no se demora con el que le odia, en persona le dará el pago. Guarda, por tanto, los mandamientos, los estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas.”

Estas fueron las palabras de Dios a nuestro hermano mayor Moisés para el rebaño que pastoreaba y también para nuestra enseñanza como pueblo injertado en el buen olivo de las tribus de Israel por la sangre de Jesús de Nazaret.

Estas palabras no figuran en la Biblia como adorno, sino para que afirmemos nuestros corazones sabiendo que Dios es fiel, y que guarda sus pactos meticulosamente con todos, por muy pequeños y diminutos que sean los pueblos, como fue el caso de Israel, cuando solamente eran un puñado de tribus inconexas, a quienes Dios escuchó en sus clamores y liberó de debajo de la garra opresora del imperio faraónico, para hacer de ellos libertadores.

Aquel pueblo constituido por unas tribus sin valor aparente, que llegarían a ser la nación de Israel, no había sido escogido por su grandeza ni por méritos propios, por cuanto el Dios Eterno nunca da importancia al número de las personas que le sirven, ni mide a los hombres con los cánones del mundo. Para Dios nuestro Señor la calidad humana es siempre más importante que la cantidad o las glorias percederas que tantos valoran.

Dios le había amado y seguía amando a aquel pueblo, a pesar de su nostalgia incomprensible por la tierra de donde habían sido liberados, donde habían sido esclavizados, maltratados, condenados a trabajos forzados y a sufrir un plan de exterminio de sus hijos, toda una serie de atrocidades recurrentes en el curso de los siglos.

Cuatro décadas comiendo maná y después codornices, bebiendo agua de la roca, viendo las señales inequívocas de la presencia de Dios entre ellos, soportando disciplina divina y errando por el desierto, había hecho de los hijos de Israel una nación única, un pueblo con una historia, un destino y una bendición que sería para todas las demás familias y pueblos de la tierra.

¿Había sido Moisés un mero soñador o caminaba verdaderamente con Dios para ver las cosas con un realismo sobrenatural, cuando habló de ellos como *“un pueblo escogido”*, *“un pueblo especial”*? La respuesta a la luz de las Sagradas Escrituras es un rotundo *“no”*. El Dios revelado en la zarza ardiente era el Dios único y verdadero, y Moisés no había sido un soñador diurno.

Casi mil años después de pronunciarse estas palabras que estamos considerando aquí, y aunque el espíritu de rebeldía de aquel pueblo, auspiciado por sus dirigentes corruptos, como suele ocurrir siempre, lo había llevado a la cautividad en Babilonia, el profeta Zacarías, hacia el año 520 a.C., pudo escribir al pueblo de Judá lo que sigue a continuación, registrado en el libro que lleva su nombre:

Zacarías 2:8: "Porque así ha dicho YHVH de los ejércitos: Tras la gloria me enviaré él a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de su ojo."

Tocar el globo ocular, como todos sabemos, ocasiona un dolor instantáneo, un escozor grande y una reacción muy desagradable y violenta. Así fue como Dios se ha sentido y sigue sintiéndose cuando las naciones han oprimido a su pueblo amado, como también al resto de las naciones de la tierra, víctimas de los abusos de los imperios poderosos, y así también es como se sienten quienes osan tocar al pueblo de Dios, representante de todos los demás. Se trata, pues, de un escozor mutuo y recíproco.

Quinientos años después de las palabras del profeta Zacarías, tras haber rechazado a Jesús de Nazaret como Mesías Sufriente, el Apóstol Pablo se hace la siguiente pregunta en su Carta a los cristianos de Roma:

Romanos 11:1-5, 29: "Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció. ¿O no sabéis qué dice de Elías la Escritura, cómo invoca a Dios contra Israel, diciendo: Señor, a tus profetas han dado muerte, y tus altares han derribado; y sólo yo he quedado, y procuran matarme? Pero, ¿qué le dice la divina respuesta? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal. Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia... Porque irrevocables son los dones y el llamamiento divino."

La idea de que Dios mantiene una relación especial con Israel no es muy aceptada en los círculos cristianos en donde prima la *"teología del reemplazamiento"*; es decir, donde se cree que Dios ha rechazado a Israel, siendo éste substituido por la Iglesia en sus diversas formas organizadas e institucionalizadas.

Estos círculos, en los que rezuma jactancia, orgullo y soberbia, están constituidos por quienes parece que nunca han leído con ojos abiertos y conciencias sensibles las palabras tan hondas que nos llegan del corazón y de la pluma del Apóstol Pablo en su Epístola a los Romanos, donde dice así:

Romanos 9:1-5: "Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén."

Un amor tan grande hacia el pueblo judío como el que expresa el Apóstol Pablo es difícil de encontrar. ¡Qué diferente hubiera sido la historia de la Iglesia en general, y las relaciones entre cristianos y judíos en particular, si el ejemplo de este apóstol de los gentiles hubiera calado en el cristianismo organizado! ¡Cuánto derramamiento de sangre, sufrimiento e ignominia indescriptible se habría evitado!

Muchos se preguntan por qué había Dios de escoger una nación de entre todas las de la tierra para revelarse a todos los hombres. ¿Qué puede haber de especial en esa pequeña franja entre dos continentes que es la tierra de Israel?

Una respuesta a estas preguntas y muchas más podría ser sencillamente que Dios, siendo Absoluto Soberano, no tiene por qué responder a todas nuestras preguntas. Nosotros, los humanos, somos su obra durante un brevísimo período de tiempo, comparado con la Eternidad Divina. Nosotros somos finitos, mientras que Dios es Infinito. Nosotros somos criaturas temporales, mientras que Él es el Creador Eterno. Él es y será siempre Señor, mientras que nosotros somos siervos. Nosotros somos mortales. Sólo Él es inmortal, aunque la filosofía platónica haya penetrado en las filas del cristianismo contaminándolo con una visión espiritista que suele pasar inadvertida a la mayoría de los creyentes:

1ª Timoteo 1:17: “Por tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

2ª Timoteo 1:8-10: “Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios, quien nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio.”

1ª Timoteo 6:14-16: “Que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su tiempo mostrará el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén.”

Nosotros no podemos ver la obra de Dios desde una perspectiva total, global y absoluta, por cuanto sólo Dios es Dios, y no hay Dios fuera de Él. Fijémonos en lo que el Eterno le dice a Israel:

Isaías 43:10: “Vosotros sois mis testigos, dice YHVH, y mi siervo que yo escogí, para que conozcáis y creáis, y entendáis que yo mismo soy; antes de mí no fue formado dios, ni lo será después de mí.”

Isaías 45:5: “Yo soy YHVH, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí.”

Los planes y proyectos divinos siguen un itinerario que sólo Él puede contemplar simultáneamente, hasta el día en que Él revelará nuevos cielos y una nueva tierra llena de gracia, belleza y justicia, habitada por hombres, mujeres y niños de todas las edades, desde tiempos remotos, que le han amado y han esperado en Él, viviendo y durmiendo en la esperanza mesiánica, por cuanto el *Mesías Yeshúa*, Jesús, cuyo nombre significa “*Salvación*”, no sólo es el *Mesías prometido a Israel*, sino también el *Deseado de todas las naciones*. En Él se encarna el Dios de Israel para todas las naciones, y el Israel de Dios, más allá de todas las fronteras de cualesquiera especie que dividen hoy a los humanos.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que como la paloma se ofrecía por expiación de las faltas, también Israel sirve de expiación por las naciones, y por eso está escrito: “En pago de mi amor me han sido adversarios; mas yo oraba. Me devuelven mal por bien, y odio por amor.” (Salmo 109:4-5).

Como la paloma que, una vez que reconoce a su pareja, no la cambia más, también Israel, una vez que conoció al Santo -¡bendito sea!- no lo cambia por otro.

EL PUEBLO DE ISRAEL ES AMADO POR DIOS POR CAUSA DE LOS PADRES.

La fidelidad de las promesas de Dios a los Padres en la fe es el fundamento del amor de Dios a Israel y su firmeza pactual a través de los tiempos. Así lo revela el Apóstol Pablo en la Carta a los Romanos 11:28:

“En cuanto a la elección, son amados por causa de los padres.”

El primero de esos *“padres”* es Abraham, el hijo de Taré, un gentil nacido en la ciudad de Ur de los Caldeos, cercana al río Eufrates, en la actual tierra de Irak.

A la edad de 75 años, cuando la mayoría de los humanos piensan en jubilarse o ya han emprendido su retiro, Dios llamó a Abraham pidiéndole que abandonara Ur y dejara atrás a su familia y su tierra, y emprendiera el camino hacia un territorio que el Señor le mostraría:

Génesis 12:1: “Pero YHVH había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré.”

Abraham se desprendió de todo y emprendió un viaje sin saber a dónde iba. Cruzó el río Eufrates, de donde le viene el propio nombre de los hebreos, los *“ibrit”*, es decir, *“los que cruzaron el río”*.

Fueron guiados hacia el Suroeste, hasta llegar a una franja de tierra de unos 300 kilómetros de longitud entre el Mar Mediterráneo y el Mar Muerto; una zona montañosa en el centro, con planicies costeras al Oeste y el Desierto de Sinaí al Sur.

Abraham no pudo ver la belleza que un día tendría aquel territorio, cuando el desierto florecería como la rosa, pues todas esas cosas quedaban en los planes del corazón de Dios para su cumplimiento en el día oportuno, en el que se producirán los acontecimientos que están bajo su sola potestad.

La promesa de Dios a Abraham fue la que hallamos en Génesis:

Génesis 12:2-3, 7: “Haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra... Y apareció YHVH a Abram, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra.”

Esta promesa de Dios a Abraham nos hace recordar, entre muchas otras, las palabras que nos llegan a través del profeta Isaías 54:17:

“Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos de YHVH, y su salvación (‘Yeshúa’) de mí vendrá, dijo YHVH.”

La promesa del Salvador que del Eterno vendrá está muy clara en el original hebreo de este texto y en muchos otros, como hemos visto y veremos, si bien en su traducción a las demás lenguas queda algo oscura.

Abraham preguntó a Dios tiempo después en qué conocería la tierra que se le había prometido iba a heredar. Esta fue la respuesta de Dios:

Génesis 15:5-21: “Y lo llevó fuera, y le dijo: Mira ahora los cielos, y cuenta las estrellas, si las puedes contar. Y le dijo: Así será tu descendencia. Y creyó a YHVH, y le fue contado por justicia. Y le dijo: Yo soy YHVH, que te saqué de Ur de los caldeos, para darte a heredar esta tierra. Y él respondió: Señor YHVH, ¿en qué conoceré que la he de heredar? Y le dijo: Tráeme una becerra de tres años, y una cabra de tres años, y un carnero de tres años, una tórtola también, y un palomino. Y tomó él todo esto, y lo partió por la mitad, y puso cada mitad una enfrente de la otra; mas no partió las aves. Y descendían aves de rapiña sobre los cuerpos muertos, y Abram las ahuyentaba. Mas a la caída del sol sobrecogió el sueño a Abram, y he aquí que el temor de una grande oscuridad cayó sobre él. Entonces YHVH dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza. Y tú vendrás a tus padres en paz, y serás sepultado en buena vejez. Y en la cuarta generación volverán acá; porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí. Y sucedió que puesto el sol, y ya oscurecido, se veía un horno humeando, y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos. En aquel día hizo YHVH un pacto con Abram, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Eufrates; la tierra de los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos, los heteos, los ferezeos, los recaítas, los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos.”

Aquí nos conviene tener presente que la voz hebrea *“brit”*, que traducimos por *“pacto”* o *“alianza”*, viene de la raíz que significa *“partir en dos mitades y pasar por en medio”*, como cuando nuestro Señor partió el Mar Rojo en dos partes para que las tribus de los hebreos pasaran en seco por en medio del Mar.

También conviene destacar que en la lengua griega el vocablo *“símbolon”*, de donde proviene nuestra voz castellana *“símbolo”*, tiene su origen igualmente en la práctica de los *“symbola”*, forma en que se denominaban los objetos partidos en dos mitades para ser repartidos entre dos personas, fueran porciones de la carne de los animales o de cualquier otra especie.

La equivalencia entre el griego *“symbolon”* y el hebreo *“brit”* remite a la noción de *“cortar”* como compromiso de las dos mitades que se adquieren partiendo de una sola realidad. De ahí se desprende el sentido aliancista del vínculo que Dios establece con los hombres, y éstos entre sí.

También vemos aquí que el sentido semítico, y por tanto bíblico, de la *“fe”*, *“emuná”*, frente al concepto filosófico griego de *“creencia”*, radica en aceptar una promesa por el valor de quien la hace. De ahí que la *“fe”* no consista en creer artículos y declaraciones expresadas en terminología abstracta, como es el caso de los credos históricos y las declaraciones de fe modernas, sino que sea *“fiarse de Dios de todo corazón”*. La fe es, pues, obediencia a Aquél de quien nos fiamos porque le conocemos.

La voz *“emuná”*, que traducimos habitualmente por *“fe”*, dejamos de malentenderla como simple *“creencia”* al considerar que tiene su raíz en el vocablo *“amén”*, *“verdaderamente”*, *“en verdad”*, *“de cierto”*, al igual que *“emet”*, *“verdad”*, y *“lehitamén”*, que significa *“entrenarse”*, y de donde nos llega también el término *“oménet”*, que es *“nodriza”*, es decir, *“quien da de sí misma”*. Otros derivados son *“imún”*, *“entrenamiento”*, y *“omanút”*, *“arte”*.

Por lo tanto, *“emuná”* es el entrenamiento que Dios nos ofrece en Cristo Jesús para que desarrollemos nuestro deseo de dar y de beneficiar al otro, al empobrecido, al

marginado, al injusticiado, al desterrado, y llegar a hacerlo como si fuera una disciplina artística.

Es, por consiguiente, disciplina espiritual, toma de conciencia de la voluntad y desarrollo de la sensibilidad del corazón.

De ahí se desprende que los sabios antiguos de Israel afirmaran que el Santo Espíritu de Dios es quien activa todos los mecanismos de la percepción y la sensibilidad, expandiendo paulatinamente los espacios del corazón y de la mente, tanto para los aspectos emocionales del hombre como para su capacidad de toma de decisiones; todo ello a partir del fortalecimiento de la voluntad y la perseverancia en la práctica del altruismo.

Sin la *"emuná"* es imposible experimentar la ampliación del espacio de la mente y el corazón en forma equilibrada, y, por consiguiente, resulta imposible adquirir sabiduría.

Sin la *"emuná"* sólo podremos adquirir conocimientos; pero la sabiduría no depende del cúmulo de información que hayamos recibido o podamos recibir, sino que la auténtica sabiduría de lo alto es la capacidad para experimentar la transformación del egoísmo al altruismo.

Por eso es que los sabios antiguos de Israel hablaron de la *"emuná pshutá"*, es decir, la *"sabiduría simple"*, y la *"emuná shebedáat"*, es decir, la *"sabiduría con conocimiento de lo alto"*.

La primera puede ser común entre un gran número de humanos, pero la segunda, la *"emuná shebedáat"*, trasciende los límites intelectuales, como ocurre con el amor, que cuando es completo y auténtico, sin fingimiento ni apariencias, llega a sobrepasar todas y cada una de las dimensiones conocidas por los hombres:

Cantar de los Cantares 8:6: "Porque fuerte es como la muerte el amor."

1ª Corintios 13:8: "El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, y cesarán las lenguas, y la ciencia acabará."

Por el contrario, en esto como en todo lo demás, lo que tiene medidas es siempre limitado, y, finalmente, desemboca en el egoísmo. Sin embargo, cuando se trata de la verdadera sabiduría que desciende de las alturas y nutre el corazón del hombre, trasciende todo límite y medida, y conduce ineludiblemente al altruismo.

Esta extraordinaria profecía dada a Abraham ilustra cuán detallados son los planes de Dios para su pueblo, y cuán precisa es la profecía divina en su anticipado conocimiento de todos los planes eternos del Señor.

La fe de Abraham nada tiene en común con la noción griega de la *"fe"* de los filósofos, sino que todos los sabios antiguos de Israel la entendieron como confianza total en la providencia divina. Por eso es que en el versículo 6 se nos dice que *"Abraham creyó a YHVH, y le fue contado por justicia."* Dios aparece aquí transfiriendo a Abraham una virtud, la de la *"tzedaká"*, es decir, la rectitud, ya que no se trata de una consecuencia de sus actos, sino de su confianza.

También hemos de considerar las implicaciones morales de la profecía. Dios había juzgado a los egipcios por medio de unas plagas catastróficas, por su maltrato al pueblo de Abraham, y lo había hecho empleando los propios dioses grotescos de la mitología del Nilo.

Además, los israelitas ahora estaban de camino hacia la misma tierra donde Abraham había plantado un día sus tiendas. Habían pasado cuatro generaciones, y

los habitantes de aquellas tierras se habían llenado de violencia e inmoralidad, de manera que a los ojos de Dios los moradores de la tierra de Canaán habían superado todos los límites.

De ahí la explicación que Dios le da a Moisés, y él a los israelitas, para que entiendan por qué van a poseer las tierras de los amorreos y las otras tribus de la comarca. Aquí tenemos una extraordinaria lección para comprender desde la perspectiva de Dios toda la historia universal, y cómo la maldad de los pueblos ha provocado y sigue provocando la pérdida de las naciones en manos de opresores, que a su vez, serán juzgados por otros, antes de que el juicio divino caiga sobre todos los impíos:

Deuteronomio 9:5: "No por tu justicia, ni por la rectitud de tu corazón entras a poseer la tierra de ellos, sino por la impiedad de estas naciones YHVH tu Dios las arroja de delante de ti, y para confirmar la palabra que YHVH juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob."

Estos textos y sus correspondientes acontecimientos nos muestran las dimensiones de la soberanía de Dios sobre los asuntos humanos. Como Creador y Sustentador de toda la tierra, el Dios Eterno supervisa el levantamiento y caída de las naciones de acuerdo a sus normas morales. El estudio de la historia desde esta perspectiva depara muchas sorpresas para quien lo acomete.

Dios retuvo a los israelitas en la tierra de Egipto, bajo la garra explotadora del imperio faraónico para que, habiendo experimentado la esclavitud y el sufrimiento, aprendieran a valorar la libertad genuina que solamente procede del Dios Eterno, para darles después el Decálogo, la Santa y Eterna Ley Divina, y que de esa manera ni volvieran a ser esclavizados por otros poderes despóticos, ni se convirtieran ellos mismos en esclavizadores de otros pueblos.

Al mismo tiempo, Dios permitió a cuatro generaciones de amorreos la oportunidad de arrepentirse de los malos caminos de sus antepasados, y luego dio su tierra a los israelitas.

Así el Apóstol Pablo escribió en su Carta a los Romanos refiriéndose a los juicios de Dios:

Romanos 11:33: "¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!"

¿Qué va a acontecer en este Occidente explotador y soberbio en el que se quebrantan sistemáticamente los Mandamientos de la Santa Ley de Dios, incluso dentro de los propios círculos tenidos por cristianos, y a lo *bueno* se le llama *malo*, y a lo *malo* se le llama *bueno*?

Para los sabios antiguos de Israel, el mundo se sustenta sobre un tercer pie, que es la misericordia.

¿Y por qué lo sabemos? Porque el Universo fue creado por misericordia:

Salmo 89:3: “Para siempre será edificada misericordia; en los cielos mismos afirmarás tu verdad”.

Por eso los sabios entendieron que aunque el Templo de Jerusalem estuviera en ruinas, la expiación de los pecados tiene su templo en las obras de misericordia, pues el Eterno ha dicho: “Misericordia quiero, y no sacrificio.”

(Oseas 6:6)

BENDICIONES Y MALDICIONES.

La entrega de la Ley supuso un gran Pacto o Alianza, no sólo de alcance nacional para Israel, sino para toda la humanidad. En ella no sólo se reprimía la idolatría, la fornicación y el adulterio, la delincuencia, el robo, el secuestro y el asesinato, grandes males de toda sociedad humana por causa del pecado, sino que se estimulaba el amor a todos los hombres y el freno al enriquecimiento de unos en detrimento de otros, causando su empobrecimiento, comprendidos los extranjeros y todos los carentes de derechos, pues los hebreos mismos habían sido explotados como extranjeros, y ahora eran peregrinos sobre la tierra.

En las faldas del Monte Sinaí, Moisés unió matrimonialmente a su pueblo con el Dios Eterno, sellando dicho pacto nupcial como lo había hecho Abraham con la sangre de sacrificios bajo los cuales las tribus hebreas acordaban obedecer todos los Mandamientos Divinos.

Aquella fue la ceremonia nupcial más hermosa y sublime de todas cuantas se hayan celebrado desde que el mundo es mundo. Y de ahí se desprende la similitud entre el pacto matrimonial y el pacto divino con su pueblo Israel:

Oseas 2:18-20: “En aquel tiempo haré para ti pacto con las bestias del campo, con las aves del cielo y con las serpientes de la tierra; y quitaré de la tierra arco y espada y guerra, y te haré dormir segura. Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a YHVH.”

Aquí el verbo “*conocer*” es el mismo que se emplea para describir la consumación matrimonial en el coito, asemejándose el conocimiento del Señor a las relaciones amorosas íntimas entre un hombre y una mujer.

Oseas 11:4: “Con cuerdas humanas los atraje, con cuerdas de amor; y fui para ellos como los que alzan el yugo de sobre su cerviz, y puse delante de ellos la comida.”

Dios les prometía una vida sana y larga en aquella tierra que les estaba dando, condicionado al cumplimiento de sus Mandamientos, Estatutos y Decretos.

La posesión y la bendición de aquella tierra dependería de su obediencia a los Mandamientos de Dios. Lo mismo es aplicable a todas las demás tierras del mundo. Si manchaban su territorio con sangre e idolatría, con explotación de los débiles en manos de los poderosos, con impiedad y corrupción, como habían hecho los amorreos y las demás tribus de las tierras circunvecinas, entonces la posesión y bendición de la tierra llegaría a su término:

Deuteronomio 28:64-68: “YHVH te esparcirá por todos los pueblos, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo; y allí servirás a dioses ajenos que no conociste tú ni tus padres, al leño y a la piedra. Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará YHVH corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; y tendrás tu vida como algo que pende de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Quién diera que fuese la tarde! Y a la tarde dirás:

¡Quién diera que fuese la mañana! Por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verán tus ojos. Y YHVH te hará volver a Egipto en naves, por el camino del cual te ha dicho: Nunca más volverás; y allí seréis vendidos a vuestros enemigos por esclavos y por esclavas, y no habrá quien os compre."

Después de errar por el desierto durante cuarenta años, los israelitas tomaron posesión de las tierras de los amorreos, fueron gobernados durante 500 años por los jueces (hebreo *"shoftim"*, *"libertadores"*, es decir, *"garantes de la libertad del pueblo"*).

Después, se empeñaron en tener un rey, como las naciones circunvecinas, contra la voluntad de Dios, quien se lo permitió por vía de concesión, advirtiéndoles de los inconvenientes, obligaciones, cargas y abusos que supondría constituir una monarquía y una corte real. (1º Samuel 8).

Hubo prosperidad con los primeros reyes -Saúl, David y Salomón- aunque no fue Saúl el primer rey de Israel, como suelen creer muchos, puesto que hubo un monarca anterior a Saúl. Ese fue Abimelec, hijo de Gedeón, quien lo engendró de una concubina de Siquem:

Jueces 8:30-31: "Y tuvo Gedeón setenta hijos que constituyeron su descendencia, porque tuvo muchas mujeres. También su concubina que estaba en Siquem le dio un hijo, y le puso por nombre Abimelec (cuyo significado es "padre rey")."

Después de la muerte de Gedeón, Abimelec fue a buscar apoyo entre sus familiares y parientes en Siquem para consolidarse como rey:

Jueces 9:1-6: "Abimelec, hijo de Jerobaal (que es el sobrenombre de Gedeón) fue a Siquem, a los hermanos de su madre, y habló con ellos, y con toda la familia de la casa del padre de su madre, diciendo: Yo os ruego que digáis en oídos de todos los de Siquem: ¿Qué os parece mejor, que os gobiernen setenta hombres, todos los hijos de Jerobaal, o que os gobierne un solo hombre? Acordaos de que yo soy hueso vuestro, y carne vuestra. Y hablaron por él los hermanos de su madre en oídos de todos los de Siquem todas estas palabras; y el corazón de ellos se inclinó a favor de Abimelec, porque decían: Nuestro hermano es. Y le dieron setenta siclos de plata del templo de Baal-berit, con los cuales Abimelec alquiló hombres ociosos y vagabundos, que le siguieron. Y viniendo a la casa de su padre en Ofra, mató a sus hermanos los hijos de Jerobaal, setenta varones, sobre una misma piedra; pero quedó Jotam el hijo menor de Jerobaal, que se escondió. Entonces se juntaron todos los de Siquem con toda la casa de Milo, y fueron y eligieron a Abimelec por rey, cerca de la llanura del pilar que estaba en Siquem."

El carácter sanguinario y belicista, y su tendencia a la idolatría, fue la tónica casi general de todos los monarcas israelitas, además de ser los causantes de la división del pueblo en los reinos de Israel y de Judá, por causa de la subida enorme de impuestos para sostener la pesadísima carga económica de la corte real.

Del fin catastrófico de la inmensa mayoría de los reyes da claro testimonio la Sagrada Escritura para nuestro ejemplo y enseñanza. Recordemos las claras advertencias que el Señor les dio sobre lo que acontecería si optaban por regirse por un rey, como las naciones circunvecinas a las que pretendían emular:

1º Samuel 8:1-22: "Aconteció que habiendo Samuel envejecido, puso a sus hijos por jueces sobre Israel.

Y el nombre de su hijo primogénito fue Joel, y el nombre del segundo, Abías; y eran jueces en Beerseba.

Pero no anduvieron los hijos por los caminos de su padre, antes se volvieron tras la avaricia, dejándose sobornar y pervirtiendo el derecho.

Entonces todos los ancianos de Israel se juntaron, y vinieron a Ramá para ver a Samuel, y le dijeron:

'He aquí tú has envejecido, y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, constitúyenos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones.'

Pero no agradó a Samuel esta palabra que dijeron: Danos un rey que nos juzgue. Y Samuel oró a YHVH.

Y dijo YHVH a Samuel: 'Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; pero no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos.

Conforme a todas las obras que han hecho desde el día que los saqué de Egipto hasta hoy, dejándome a mí y sirviendo a dioses ajenos, así hacen también contigo.

Ahora, pues, oye su voz; mas protesta solemnemente contra ellos, y muéstrales cómo les tratará el rey que reinará sobre ellos.'

Y refirió Samuel todas las palabras de YHVH al pueblo que le había pedido rey.

Dijo, pues: 'Así hará el rey que reinará sobre vosotros: tomará vuestros hijos, y los pondrá en sus carros y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro;

Y nombrará para sí jefes de miles y jefes de cincuentenas; los pondrá asimismo a que aren sus campos y sieguen sus mieses, y a que hagan sus armas de guerra y los pertrechos de sus carros.

Tomará también a vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras.

Asimismo tomará lo mejor de vuestras tierras y de vuestros olivares, y los dará a sus siervos.

Diezmará vuestro grano y vuestras viñas, para dar a sus oficiales y a sus siervos.

Tomará vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores jóvenes, y vuestros asnos, y con ellos hará sus obras.

Diezmará también vuestros rebaños, y seréis sus siervos.

Y clamaréis aquel día a causa de vuestro rey que os habréis elegido, mas YHVH no os responderá en aquel día.'

Pero el pueblo no quiso oír la voz de Samuel, y dijo: 'No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones, y nuestro rey nos gobernará, y saldrá delante de nosotros, y hará nuestras guerras.'

Y oyó Samuel todas las palabras del pueblo, y las refirió en oídos de YHVH.

Y YHVH dijo a Samuel: 'Oye su voz, y pon rey sobre ellos.' Entonces dijo Samuel a los varones de Israel: 'Idos cada uno a vuestra ciudad'."

Las advertencias del Señor no pudieron ser más claras y contundentes. Si somos observadores nos percataremos de que no sólo profetizó el Bendito lo que acontecería si seguían el camino de las naciones rigiéndose bajo un monarca, sino que también diagnosticó la causa más profunda por la que querían un rey sobre el

pueblo, más allá de la corrupción de los hijos de Samuel, quienes habían obtenido la posición de jueces siguiendo un sistema hereditario de evidente nepotismo, y por consiguiente corrupto, lo que significaba que ya estaban realmente sumidos en una especie de *premonarquía dinástica*, sino que realmente a quien estaban rechazando era a Dios sobre sus cabezas.

La descripción divina comprende todos los elementos de un sistema estatal monárquico que puede ajustarse perfectamente hasta nuestros días, con sus evidentes abusos de poder, su adquisición de tierras y propiedades que antes pertenecían al pueblo como patrimonio nacional; el establecimiento de una corte con su gran contingente de parásitos y privilegiados; el aumento desorbitado de gastos y suntuosidad palaciega; la organización de un ejército regular, una industria armamentista y el desarrollo de clases sociales que anteriormente no existían en Israel.

Hacia el final del reinado de Salomón comenzaron los conflictos sociales causados por la diferencias entre el Norte y el Sur, como tan frecuentemente ha sucedido en muchas naciones hasta nuestros días.

A la muerte de Salomón se convocó una gran asamblea en la ciudad de Siquem, donde acudió el heredero del trono, Roboam, hijo de Salomón, a quien los representantes del pueblo pidieron que rebajase la desorbitada carga de impuestos que pendía sobre ellos, pero éste, en vez de hacer tal cosa, aumentó dichas imposiciones y gravámenes todavía más, para mantener el complejo aparato del estado, tan distante de los sencillos inicios de la nación hebrea según la organizó nuestro Señor como una confederación de tribus presidida por ancianos tribales y jueces que compartían sus funciones de gobierno y administración de la justicia con sus correspondientes trabajos seculares.

1º Reyes 12:4: "Tu padre agravó nuestro yugo, mas ahora disminuye tú algo de la dura servidumbre de tu padre, y del yugo pesado que puso sobre nosotros, y te serviremos."

El consejo de los ancianos al rey fue sabio, como se desprende *del versículo 7*:

"Y ellos le hablaron diciendo: Si tú fueres hoy siervo de este pueblo y lo sirvieres, y respondiéndoles buenas palabras les hablares, ellos te servirán para siempre."

Sin embargo, el rey Roboam no hizo caso del consejo de los ancianos, sino que pidió consejo a los jóvenes cortesanos, y éstos le dijeron que así había de responder a los representantes del pueblo que le habían rogado disminuyera los impuestos, recurriendo incluso a la burla y el desprecio más craso:

1º Reyes 12:11: "Ahora, pues, mi padre os cargó de pesado yugo, mas yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, mas yo os castigaré con escorpiones."

El pueblo quedó descorazonado, y comprendió que no había esperanza de mantener la unidad. Esa es la conclusión a la que hasta el día de hoy llegamos todos cuantos padecemos los abusos de poder de los déspotas monárquicos y sus sistemas religiosos adheridos al poder:

1º Reyes 12:16: "Cuando todo el pueblo vio que el rey no les había oído, le respondió estas palabras, diciendo: ¿Qué parte tenemos nosotros con David? No tenemos heredad en el hijo de Isaí. ¡Israel, a tus tiendas! ¡Provee ahora en tu casa, David! Entonces Israel se fue a sus tiendas."

Así fue como se dividió el Reino: El Reino del Norte, Israel, capital Samaria; y el Reino del Sur, Judá, capital Jerusalem. Junto al cisma político se dio también, como

era de esperar, un cisma religioso. Jeroboam construyó santuarios en Dan y en Betel para que no fuera preciso que el pueblo se desplazara hasta Jerusalem. Luego se levantó el templo de Omri, en la región de Samaria, dedicado en honor al dios Baal, comenzando así una gran lucha entre los adoradores de YHVH y los de Baal. Los capítulos 17 y 18 del Primer Libro de los Reyes dan cuenta de esta situación.

Poco a poco, los monarcas hebreos fueron apartándose de la Santa Ley de Dios, introdujeron la adoración a los ídolos de las naciones, especialmente a través de sus matrimonios con mujeres paganas; preservaron la forma exterior de la piedad *templocentrista*, particularmente tras la consolidación de la monarquía davídica y su Templo de Jerusalem, observando las fiestas y los ritualismos, pero olvidaron que aquella "*casa de santidad*" había sido levantada con el propósito de ser "*casa de oración para todos los pueblos*". El resultado de aquellos desmanes fue el enriquecimiento de la casta sacerdotal del Templo de Jerusalem y el olvido de los empobrecidos y oprimidos.

El paralelismo entre el desarrollo de Israel y el cristianismo institucionalizado es más que evidente para quienes tengan ojos para ver o ganas de tenerlos, o no teman enfrentarse con realidades oscuras del *iglesianismo* que perdura hasta la actualidad.

Inevitablemente, comenzaron a llegar las maldiciones. Los imperios vecinos, como los edomitas y los sirios, entre otros, invadieron en varias ocasiones el territorio que Dios les había concedido a los hebreos para administrarlo en amor y justicia, lo cual no hicieron. Así también podemos recordar lo acontecido en el cristianismo del Norte de África, absolutamente desaparecido por el mal testimonio de aquella cristiandad.

Los asirios cruzaron el Eufrates, los sometieron a tributos y se llevaron a 10 de las 12 tribus hebreas en cautiverio. Así se inició un proceso de recibir lo que ellos mismos habían sembrado. Siempre ha sido y será de ese modo.

Dios fue extremadamente paciente con su pueblo, como lo es con la Iglesia institucionalizada hoy. Por medio de los profetas, como Isaías, Jeremías y Ezequiel, les envió constantes recordatorios de que estaban rompiendo sus promesas de guardar fielmente los Mandamientos Divinos:

Isaías 1:16: "Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos."

Estas palabras del Señor a través del profeta Ezequiel son de las más penetrantes que podemos hallar en las Sagradas Escrituras respecto a la corrupción del pueblo de Dios y sus dirigentes:

Ezequiel 16:48-50: "Vivo yo, dijo YHVH el Señor, que Sodoma tu hermana, y sus hijas no han hecho como hiciste tú y tus hijas. He aquí que esta fue la maldad de Sodoma tu hermana: Soberbia, saciedad de pan, y abundancia de ociosidad tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del menesteroso. Y se llenaron de soberbia, e hicieron abominación delante de mí, y cuando lo vi las quité."

Creemos sinceramente que el mensaje profético a la Iglesia hoy no es diferente al de los profetas de antaño al pueblo hebreo. Quizá sea por eso que el uso del Antiguo Testamento está tan limitado en las iglesias del cristianismo organizado e institucionalizado, recurriéndose constantemente a la espiritualización de los textos para distanciarlos de toda posible aplicación a la sociedad de nuestros días en general, y a sus dirigentes en particular.

Del mismo modo que Dios envió profetas a su pueblo y a sus reyes para llamarles al arrepentimiento y la confesión de su pecado, nuestro Señor Jesucristo promete enviarlos a su Iglesia para que corrija su rumbo:

Mateo 23:34: "Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas."

Alrededor del año 586 a.C., los babilonios capturaron Jerusalem y llevaron las tribus de Judá y Benjamín al exilio. Durante 70 años su tierra estuvo casi totalmente vacía, quedando sólo los más empobrecidos de los hebreos que no fueron llevados al exilio por ser despreciados por sus captores.

Durante ese tiempo se permitió a algunos judíos regresar de Babilonia para reiniciar la vida nacional, pero sin tener un rey, después de lo cual quedaron sometidos sucesivamente a los imperios persa, griego y romano.

A veces olvidamos que fue en este mundo oprimido en el que nació Jesús de Nazaret. Creemos que hay muchas cosas que dejarán de pasarnos inadvertidas si tenemos en consideración la situación de la tierra de Israel en aquellos momentos en que el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros.

También enseñaron los sabios antiguos de Israel que cuando cumplimos la voluntad del Señor en obediencia, Él cumple también la nuestra, concediéndonos los anhelos honestos de nuestro corazón.

EL HIJO DE DAVID.

La más impresionante llamada de Dios a su pueblo Israel fue la venida en carne del Hijo de Dios, del Verbo Divino, de Jesús de Nazaret.

En la parábola de los viñadores, Jesús compara al pueblo de Israel con los arrendatarios de una viña. Cuando el dueño del viñedo, figura que claramente señala a Dios, envió a sus siervos los profetas a recoger la renta, ellos los maltrataron y los enviaron de regreso con las manos vacías:

Lucas 20:13-18: "Entonces el señor de la viña dijo: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizás cuando le vean a él, le tendrán respeto. Mas los labradores, al verle, discutían entre sí, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle, para que la heredad sea nuestra. Y le echaron fuera de la viña, y le mataron. ¿Qué, pues, les hará el señor de la viña? Vendrá y destruirá a estos labradores, y dará la viña a otros. Cuando ellos oyeron esto, dijeron: ¡Dios nos libre! Pero Jesús, mirándolos, dijo: ¿Qué, pues, es lo que está escrito: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo? Todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado, mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará."

Nuestro Señor Jesucristo sabía muy bien lo que le esperaba, así como lo que le estaba deparado a aquellas autoridades corruptas en maridaje entre el clero alto del Templo de Jerusalem y el romano imperialista invasor. Por eso dijo lo que sigue:

Mateo 23:32-34: "¡Vosotros también llenad la medida de vuestros padres! ¡Serpientes, generación de víboras! ¿Cómo escaparéis de la condenación de la 'Gehenna'?"

Nuestras versiones bíblicas suelen emplear la voz '*infierno*', pero aquí es menester recordar que el vocablo '*infierno*', del latín '*infernus*', no aparece nunca en el original griego del Nuevo Testamento, sino el vocablo '*Gehenna*', por cuanto el latín sencilla y llanamente no es lengua bíblica. ¿A qué se debe, pues, semejante falta en la traducción de la mayoría de las versiones bíblicas en las lenguas occidentales?

Creemos que este error no se mantiene de forma casual, sino para satisfacer los propósitos de quienes intentan sostener las doctrinas espurias que penetraron hace muchos siglos en el entramado del cristianismo organizado, como es el caso de la creencia en la pretendida inmortalidad del alma humana, como derecho inherente, y la eternidad del castigo de los condenados en un infierno dantesco, inspirado en el mito de Prometeo, no en las Sagradas Escrituras. (Recomendamos leer nuestro libro titulado "*¿Inmortales?*", en www.ebenezer-es.org Sección: "*Publicaciones*").

Realmente, no es lo más preocupante el uso de la voz "*infierno*", pese al hecho de no encontrarse en el original de las Sagradas Escrituras, sino el sentido apriorístico que se atribuye a ese vocablo por parte de la inmensa mayoría de la cristiandad contaminada por el pensamiento filosófico griego e inducida a atribuir a la Biblia valores absolutamente ajenos a la misma.

El "*infierno*", como lugar de tormento eterno bajo las concepciones greco-latinas, tanto a la luz de los textos originales bíblicos en hebreo, arameo y griego,

sencillamente no existe. La idea de un lugar eterno, donde los muertos, supuestamente no finados, sufren castigos dolorosísimos sin fin ni propósito correctivo, lo que los convierte obviamente en meros instrumentos de ruina y venganza, es una idea que aparece en muy diversas formas en la mitología de muchos pueblos de la tierra.

Sin embargo, en la fe y esperanza de Israel, con anterioridad al II siglo antes de Cristo, el estado de los finados no tenía ninguna de las complicadas ideas de los demás pueblos, donde los difuntos o sus almas descarnadas se hallaban en algún tipo de oscuro mundo subterráneo o bien de frío perenne o bien de llamas perpetuas; pero siempre padeciendo un castigo sin fin ni propósito.

Por eso es que en ninguna parte de las Escrituras Hebreas podemos encontrar enseñanza alguna semejante a las ideas de otras culturas de la antigüedad respecto al destino final de los muertos, sino que la enseñanza general de la Biblia es que al morir los humanos son reunidos con sus padres y descansan hasta la Venida del Santo Mesías en el Gran Día de Dios.

Fue a partir del período intertestamentario cuando los hebreos entraron en una relación de inculturación íntima, primeramente con los persas y después con los griegos, dejándose impregnar por las ideas sobre la muerte de aquellas culturas. De ahí se desprende la necesidad de estudiar las voces hebreas y griegas de las Sagradas Escrituras que vienen siendo traducidas por "infierno", con lo que se induce a perpetuar el error *histórico-lingüístico-teológico* que la mayoría de las iglesias cristianas han venido arrastrando hasta nuestro presente, mediante el cual, de manera consciente o inconsciente, han podido mantener una ideología arto beneficiosa para los intereses inconfesables de sus patrocinadores.

Comenzaremos por la voz "Sheol", frecuentemente traducida por "tumba", "fosa", "sepulcro" e "infierno". Entre muchos posibles ejemplos, tomamos el que se desprende de Amós 9:2:

"Aunque cavasen hasta el Sheol, de allá los tomará mi mano (dijo 'Adonay', 'mi Señor'); y aunque subieren hasta el cielo, de allá los haré descender."

Si consideramos que no se podría cavar hasta el "infierno", según el pensamiento pagano, pero sí se podría tratándose del sepulcro, podemos entender que no existe "infierno" como "lugar de tormento eterno", sino que se trata llana y simplemente del sepulcro, entiéndase no como la "tumba", sino como el lugar de los finados.

Continuaremos considerando el "Hades". Se trata de la voz griega equivalente al hebreo "Sheol". También se traduce en la mayoría de las versiones bíblicas en las lenguas occidentales por "infierno". Pero si sencillamente comparamos los textos de Apocalipsis 20:14 con Hechos de los Apóstoles 2:27, no tendremos más remedio que considerar muy seriamente si nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo fue al "infierno" al morir, como siguen repitiendo millones de cristianos al recitar algunas de las versiones del "Credo" establecido por gran parte del cristianismo organizado. ¿Es posible creer semejante despropósito?

La siguiente voz que vamos a considerar es "Gehenna", traducida en la mayoría de las versiones bíblicas en las lenguas occidentales por "infierno". Se trata de la representación del sonido griego para el hebreo "Ge Hinnom", es decir, "Valle de Hinnón", el vertedero de basura donde también se depositaban los animales muertos y los cadáveres de los extranjeros y de aquellos que no eran reclamados por nadie.

Según fuentes extrabíblicas, aquella basura y desperdicios llegaba a alcanzar una altura de entre sesenta y noventa metros. Aquel vertedero estaba emplazado al suroeste de las murallas de Jerusalem, en el cual ardía un fuego que no se apagaba, en la medida en que más desperdicios eran depositados en él.

Ahora bien, es evidente que esta planta incineradora de basuras, como la denominarías en nuestros días, no sólo cumplía una función sanitaria, sino que para los hebreos de los días de nuestro Señor Jesucristo en la carne, también poseía un sentido simbólico muy hondo. Hemos de tener presente que a los peores criminales, después de su ejecución, se les echaba a aquel horrendo basurero donde los perros devoraban sus cadáveres.

Con estos datos podemos aproximarnos con más luz a las referencias al Valle de Hinón que nos llegan de los labios de nuestro Señor, y que vamos a considerar a continuación:

Mateo 5:22, 29-30: “Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio (‘sinedrio’, ‘sanedrín’); y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego (‘gehenna tous pirós’)... Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno (‘Gehenna’). Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, no que todo tu cuerpo sea echado al infierno (‘Gehenna’).” (Mateo 18:9; Marcos 9:43-47).

Lucas 12:4-5: “Mas os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después nada más pueden hacer. Pero os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno (‘Gehenna’); sí, os digo, a éste temed.”

Santiago 3:6: “Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno (‘Gehenna’).”

Otro de los términos traducidos por “*infierno*” es el griego “*aionios*”. La mayoría de los hermanos que sostienen su creencia en el carácter inacabable del “*fuego eterno*” recurren a los textos de Mateo 18:8 y 25:41. Veámoslos:

Mateo 18:8: “Por tanto, si tu mano o tu pie te es ocasión de caer, córtalo y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno (eis to pir to aionion).”

Mateo 25:40-43: “Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (‘to pir to aionion’) preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis.”

Como hemos visto, en estos textos la voz griega original es “*aionios*”, que en Marcos 3:29 se traduce por “*juicio eterno*”, con el sentido de “*culpable para siempre*”; en Hebreos 6:2 por “*juicio eterno*”; y en Judas 7 por “*fuego eterno*”.

Marcos 3:28-29: “De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno (‘aioniou kriseos’).”

Hebreos 6:1-3: “Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de

la imposición de las manos, de la resurrección de los muertos y del juicio eterno ('krímatos aioniou'). Y esto haremos, si Dios en verdad lo permite."

Judas 7: "Como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos (los hombres que entraron encubiertamente en la comunidad cristiana, impíos que convierten la gracia de Dios en libertinaje, y niegan a Dios el único Soberano, y a nuestro Señor Jesucristo; los salvados de la esclavitud de Egipto, que fueron desobedientes y destruidos; los ángeles que abandonaron su dignidad y propia morada, guardados en prisiones eternas, para el juicio del gran día), habiendo fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno ('pirós aioniou')."

La voz "*aionios*" es la que define la clase de fuego que destruirá a los impíos (a quienes no hayan practicado la piedad). Se trata de un fuego que es eterno en su naturaleza, pero no en su duración. Eterno en sus efectos, pero no en el tiempo, pues cuando ya no hay nada que quemar, el fuego deja de ser. Es un fuego cuyos resultados son eternos, su destrucción total y definitiva, pero no un proceso que se extiende por toda la eternidad.

Continúa el texto de Mateo 23:34 con estas palabras de nuestro Señor Jesucristo:

"Por tanto, he aquí yo os envío profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos mataréis y crucificaréis, y a otros azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad."

El paralelismo entre la historia de Israel y la historia de la Iglesia sigue siendo más que patente para quienes tengan ojos para ver.

Treinta años después de la crucifixión de nuestro Señor Jesucristo, los judíos se rebelaron contra su invasor Romano en un alzamiento en armas. Un fuerte ejército imperial sitió y capturó la ciudad de Jerusalem llenando de cadáveres las calles y plazas, y destruyendo el Templo, símbolo máximo de la identidad nacional hebrea y de su religiosidad.

Setenta años después, la revuelta del año 132-135 d.C. dirigida por Simón bar Kojba, también conocida por "*Segunda Guerra Judeo-Romana*" e incluso como "*Tercera Guerra Judeo-Romana*", contando también las revueltas y disturbios entre los años 115-117 d.C., fueron levantamientos reprimidos violentamente por el general Lucio Quieto, que gobernaba la provincia en aquellos momentos.

Después de la rebelión de los años 66-73 d.C., las autoridades imperiales tomaron drásticas medidas para aplastar todo intento de levantamiento en Judea. La estructura política del territorio cambió a partir de aquellos momentos. En lugar de un prefecto se nombro a un pretor como gobernador, y en las ruinas de Jerusalem se estableció la sede de una legión romana completa, la "*Legio X Fretensis*".

La provincia romana de Judea fue transformada en la provincia de la Siria Palestina, fusionándola con otros territorios vecinos. La dirección política y religiosa del pueblo judío quedó en manos del Sanedrín, es decir, del tribunal supremo de Israel, con sede en la ciudad de Yavne.

Las causas de la rebelión se atribuyen a distintos factores, según diversos historiadores. Por ejemplo, según el historiador romano Dión Casio (155-229 d.C.), la rebelión habría tenido sus causas en la decisión del emperador Adriano de fundar una nueva ciudad sobre las ruinas de Jerusalem, la llamada *Aelia Capitolina*, si bien no menos peso habrían tenido los decretos imperiales por los que se prohibía al pueblo hebreo la práctica de la circuncisión y el guardar el Santo Día de reposo del Shabat.

Ante la tensión en la zona, una legión adicional, la *Legio VI Ferrata*, fue enviada a la comarca para mantener el orden. Fue entonces cuando el Sanedrín tomó la decisión de apoyar la inminente rebelión popular, escogiéndose a Simón bar Kojba para dirigirla, ya que todos los miembros del Sanedrín estuvieron convencidos de que se trataba del Mesías prometido, basándose en el texto de Números 24:17, donde se profetizan estas palabras:

“Lo veré, mas no ahora; lo miraré, mas no de cerca; saldrá estrella de Jacob, y se levantará cetro de Israel, y herirá las sienes de Moab, y destruirá a todos los hijos de Set.”

No en vano el nombre “*Bar Kojba*” significa “*Hijo de la Estrella*” en arameo. Convencidos, pues, de que se trataba del Mesías prometido, los hebreos emprendieron el levantamiento y destruyeron a *la X Legión Romana*, con base en Jerusalem, y a *la XXII Legión Romana* que acudió como refuerzo desde la tierra de Egipto.

La rebelión tomó a Roma por sorpresa. El emperador Adriano llamó a su general Sexto Julio Severo, de Britania, y convocó a varias legiones, incluso las desplegadas en el Danubio. Como resultado se formó un cuerpo de ejército muy superior al que había mandado el general Tito, sesenta años antes.

El resultado fue el establecimiento de un estado hebreo independiente que duró solamente tres años bajo la dirección de Simón bar Kojba como “*nasí*”, es decir, “*príncipe*”, pero terminó siendo una terrible derrota, después de tres años de lucha sangrienta, con la completa desaparición de Israel como estado nacional.

Según el historiador Dión Casio murieron unos 580.000 judíos, siendo arrasadas 50 ciudades fortificadas y más de 980 aldeas. La lucha terminó en el año 135 d.C. Tras la pérdida de Jerusalem, Simón bar Kojba y los mermados restos de su ejército se retiraron a la fortaleza de Betar, que sería sitiada y finalmente tomada.

El Imperio Romano llegó a prohibir enterrar a los muertos de entre los judíos caídos en Betar durante los siguientes diecisiete años, como escarmiento a los escasos hebreos que quedaron en la tierra.

Como hemos dicho, el emperador Adriano había intentado borrar todos los rasgos de identidad judíos prohibiendo el uso del calendario hebreo y mandando ejecutar a numerosos estudiosos y eruditos de entre el pueblo, ordenando también quemar todos los ejemplares que logró recopilar de las Sagradas Escrituras.

A diferencia de la “*Primera Guerra Judeo-Romana*”, el final del levantamiento de Simón bar Kojba produjo la muerte, esclavización o exilio de la mayoría de la población judía de la tierra de Israel. El acceso a Jerusalem quedó prohibido a los judíos, hasta los días del emperador Constantino I el Grande, quien autorizó a los hebreos a entrar a Jerusalem solamente una vez al año, en el día 9 del mes de Av, para lamentar su derrota y llorar a sus muertos.

La Diáspora del pueblo hebreo se prolongaría nada menos que hasta el año 1948. Aquel sería el más dilatado exilio del pueblo israelita en toda su turbulenta historia. Cientos de miles de judíos fueron vendidos como esclavos, aumentando el gran contingente de hebreos que ya estaban esparcidos por todas las tierras del Imperio Romano y más allá, por cuanto muchos no habían vuelto después de los anteriores exilios, sino que se habían establecido y acomodado en sus nuevas tierras.

El día 14 del mes de mayo de 1948 sería proclamado el nuevo Estado de Israel. La proclama oficial la realizaría David Ben-Gurión (1886-1973), quien sería el primero en ocupar el gobierno de Israel como primer ministro entre los años 1948 y 1954, y

de nuevo entre 1955 y 1963. Nacido en Rusia con el apellido "*Grün*", lo cambió por "*Ben-Gurión*", el nombre de uno de los generales de Simón Bar-Kojba.

Los hijos de Israel, tal como el Señor le había revelado a su siervo Moisés, fueron esparcidos por todas las tierras de este mundo, despreciados, insultados y perseguidos de lugar en lugar. Durante muchos siglos no tendrían descanso para la planta de sus pies.

La tierra de Israel y su capital Jerusalem quedaron devastadas. El colmo de las leyes decretadas por el emperador Adriano, en su proyecto de helenizar a los judíos, fue prohibirles la "*Brit Milá*", es decir, el "*pacto de la circuncisión*", la lectura de la *Torá*, el uso del calendario hebreo, la observancia del *Shabat*, las reuniones comunitarias en los "*bneit-kneset*", es decir, en las sinagogas, comer "*matzá*", "*pan sin levadura*" en *Pésaj*, la Pascua, tocar el "*shofar*" en la convocatoria de las festividades y cumplir las leyes de pureza de la familia.

También reconstruyó y transformó la ciudad de Jerusalem en una urbe romana, cambiándola incluso de nombre, y rebautizándola bajo el topónimo de "*Aelia Capitolina*", con un gran santuario dedicado a Júpiter, en el monte donde estuviera otrora el Templo, erigiendo en él dos estatuas descomunales, una dedicada a Júpiter y otra a sí mismo.

La muerte de Jesús de Nazaret había sido anticipada por Dios en sus planes eternos. Así lo reveló el Apóstol Pedro en su discurso en el día de Pentecostés, después de la Pascua y Resurrección de nuestro Señor:

Hechos 2:22-24: "Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por medio de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella."

El profeta Isaías, en su conmovedor capítulo 53, había predicho mucho antes los inmensos sufrimientos de la pasión de Jesús de Nazaret:

Isaías 53:3-5: "Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto... Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores... Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados."

En aquella colina del Gólgota, estercolero extramuros de Jerusalem, Dios demostró el *sacrificio*, la *gracia* y el *amor* de Jesús, y los enfrentó con los tres grandes deseos que residen en el corazón humano no regenerado de todos los hombres, y que son el *orgullo*, la *envidia* y la *crueledad*, características también de aquel Imperio Romano y de todos los imperialismos de todos los tiempos, hasta nuestro tiempo presente.

En el tercer día, cuando todo indicaba que el pecado había vencido irremediablemente, Jesús de Nazaret fue levantado por el Espíritu Santo, el mismo que había sembrado la simiente del Verbo, de la Palabra de Dios, en el vientre de María de Nazaret, quebrantado así el poder de la muerte.

En aquel día de Pentecostés, cuando el Apóstol Pedro predicó el Evangelio, los congregados fueron hechos conscientes de que a aquel Jesús a quien habían matado o consentido en su muerte era el Unigénito Hijo de Dios, el Mesías

esperado, y el Apóstol Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo las siguientes palabras:

Hechos 2:36-39: "Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho ('Kyrios kai Jristos'), Señor y Cristo. Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Pedro les dijo: Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare."

La respuesta fue inmediata, y unos tres mil judíos fueron bautizados en aquel día. Con el paso del tiempo, el orgullo por ser descendientes de Abraham cegó a muchos de los dirigentes del pueblo hebreo arrastrando a la incredulidad a muchos otros.

La transformación de la Iglesia de Cristo en una religión helenista tampoco ayudaría a que los hebreos pudieran ver en Jesús de Nazaret al Mesías Sufriente, quien vendrá en el día señalado por el Padre Eterno como Mesías Triunfante.

Preguntaron algunos de los sabios antiguos de Israel por el buen camino al que el hombre debe adherirse para entrar por él en el mundo venidero.

Algunos discípulos dijeron que ese camino es el buen ojo, otros dijeron que un buen compañero. Para otros, fue una buena mujer, e incluso algunos afirmaron que el buen camino era la previsión de las consecuencias de las acciones.

Pero alguien afirmó que el camino para entrar en el mundo venidero es un buen corazón respecto a los cielos, a las criaturas y a los Mandamientos, porque en aquello estaban incluidas todas las demás opciones.

¿HA DESECHADO DIOS A SU PUEBLO?

El rechazo del Evangelio por parte de la mayoría de los judíos, seguido de su esparcimiento por todas las naciones de la tierra, podría llevarnos a concluir que Dios había rechazado definitivamente a su pueblo antiguo. De hecho, muchos cristianos en el curso de la historia de la Iglesia han pensado y siguen pensando que así ha sido. Semejante creencia, llevada hasta sus últimas consecuencias, se encuentra en la base de las persecuciones sufridas por los judíos, y el monstruoso episodio del Holocausto de la Segunda Guerra Mundial.

La pregunta es lógica, y el propio Apóstol Pablo reflexiona así al respecto de esta cuestión en su Epístola a los Romanos 11:1-2, 5:

“Digo, pues, ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció... Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia.”

Aunque como nación representada en sus dirigentes, Israel había vuelto la espalda al Mesías Sufriente, había miembros del pueblo de Dios, representantes del remanente de Israel, que habían respondido a la invitación a recibir el Evangelio del Reino, como aquellos que habían escuchado al Apóstol Pedro en aquel día de Pentecostés y muchos más. No olvidemos que la Iglesia nació absolutamente hebrea, hasta la entrada en aluvión de los gentiles en su seno.

Romanos 11:5: “Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia.”

La llamada de Dios a los gentiles, a los pueblos no hebreos, se extendió de manera inesperada, como demuestra la historia. De manera masiva fueron llamados los gentiles a conocer al Dios de Israel para todas las naciones, y en muy pocos años el número de gentiles que entraban en la Iglesia nacida judía era de un auténtico aluvión.

Pablo les declaró a los judíos de Antioquía las palabras que hallamos registradas en el pasaje de Hechos 13:42-48:

“Cuando salieron ellos (Pablo y Bernabé) de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente día de reposo (en el griego original ‘sabbatón’, ‘sábado’, forma griega del hebreo ‘shabat’. No entendemos ¿o sí? porqué no se respeta el original) les hablasen de estas cosas. Y despedida la congregación, muchos de los judíos y de los prosélitos piadosos siguieron a Pablo y a Bernabé, quienes hablándoles, les persuadían a que perseverasen en la gracia de Dios. El siguiente día de reposo (de nuevo ‘sabbatón’, ‘sábado’) se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos, y rebatían lo que Pablo decía, contradiciendo y blasfemando. Entonces Pablo y Bernabé, hablando con denuedo, dijeron: A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz a los gentiles, a fin de que seas para salvación hasta lo último de la tierra. Los gentiles, oyendo esto, se

regocijaban y glorificaban la palabra del Señor, y creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna.”

Es evidente que el pueblo recibió el Evangelio de Jesucristo con gozo, tanto judíos como prosélitos, pero las autoridades fueron quienes se llenaron de celos.

Frente a la doctrina errónea de la sustitución de Israel por la Iglesia, el testimonio bíblico señala claramente el injerto de los gentiles en Cristo Jesús dentro del *buen olivo de Israel*, cuya raíz, el Mesías, es santa.

Pasamos a ser parte del pueblo escogido de Dios, alcanzándonos la promesa del Padre a Abraham y su simiente. Así podemos comprender las palabras del Apóstol Pablo a los Gálatas 3:26-29:

“Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa.”

A esto, el Apóstol Pedro agrega las palabras que hallamos en su Primera Carta Universal, donde cita la profecía de Oseas. Vamos a leer esta profecía para después hacerlo en el texto petrino:

Oseas 2:19-23: “Y te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia, juicio, benignidad y misericordia. Y te desposaré conmigo en fidelidad, y conocerás a YHVH. En aquel tiempo responderé, dice YHVH, yo responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra; y la tierra responderá al trigo, al vino y al aceite, y ellos responderán a Jezreel (esto es ‘Dios siembra’). Y la sembraré para mí en la tierra, y tendré misericordia de Lo-ruhama (esto es ‘no compadecida’); y diré a Lo-ammi (esto es ‘no mi pueblo’): Tú eres pueblo mío, y él dirá: Dios mío.”

1ª Pedro 2:9-10: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”

En Romanos 11, el Apóstol Pablo presenta a Israel como el *olivo bueno* del que Dios ha cortado las ramas estériles y las ha reemplazado por ramas de acebuches, de olivo silvestre, injertándolas en el tronco original, para que ahora reciban la rica savia del árbol padre.

Romanos 11:11-24: “Digo, pues: ¿Han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración? Porque a vosotros hablo, gentiles. Por cuanto yo soy apóstol a los gentiles, honro mi ministerio, por si en alguna manera pueda provocar a celos a los de mi sangre, y hacer salvos a algunos de ellos. Porque si su exclusión es la reconciliación del mundo, ¿qué será su admisión, sino vida de entre los muertos? Si las primicias son santas, también lo es la masa restante; y si la raíz es santa, también lo son las ramas. Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad

ciertamente para con los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?"

Es digno de notar que tanto para Israel como para los gentiles, la respuesta al llamamiento divino sigue siendo limitada al hombre –varón y mujer- de forma personal, de manera que el principio del remanente sigue aplicándose, como siempre lo fue y hasta nuestros días.

Siempre habrá un número de escogidos por haber respondido al llamamiento al arrepentimiento y a la fe de Jesucristo. Y las condiciones de aceptación de parte de Dios seguirán siendo la fe entendida como obediencia, no mera creencia al estilo de la filosofía griega, sino respuesta a la llamada de obediencia a la fe, tal como lo fue para Abraham, padre de la fe.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que la diligencia en el estudio de las Sagradas Escrituras conduce a la inocencia, la inocencia a la pureza, la pureza a la santidad, la santidad a la humildad, la humildad al temor al pecado, el temor al pecado a la piedad, la piedad al espíritu de santidad, y el espíritu de santidad a la resurrección de entre los muertos.

EL REGRESO DE ISRAEL.

Las comunidades judías han cubierto todos los mapas, desde Asiria, Babilonia y Roma, llevando al pueblo hebreo de un lugar a otro: El *Sacro Imperio Romano-Germánico, Francia, Italia, Alemania, Sefarad* (es decir, *la Península Ibérica*), *Polonia, Inglaterra*, sufriendo persecuciones y matanzas a manos de inicuos alentados primeramente por la Roma de los Césares y después por la Roma de los Papas y su Santo Oficio de la Inquisición.

La idea de un nuevo estado judío promovida por el químico bielorruso *Jaim Weizman* (1874-1952), en la Rusia bajo los zares, y quien llegaría a ser el primer Presidente del Estado de Israel; la publicación del libro "*El Estado Judío*", del periodista y escritor húngaro *Teodoro Herzl* (1860-1904) en 1896, y el *Primer Congreso Sionista*, en el año 1897, fueron claves hacia el retorno del pueblo judío a su solar patrio.

Después aumentaron los asentamientos de familias hebreas en la tierra de Israel durante el tiempo en que ésta estuvo bajo mandato turco, y que el mundo sigue dominando con la designación que le dio el antiguo Imperio Romano, de "*Siria Palestina*". Por cierto, no entendemos por qué razón las Sociedades Bíblicas siguen empleado semejante denominación en los mapas con que suelen acompañar a sus ediciones de las Sagradas Escrituras, en lugar de referirse al solar patrio de Israel con el nombre dado por el propio Dios, es decir, Israel.

El mandato británico, después de la Primera Guerra Mundial, permitió que regresaran más familias judías. La represión del "*cabo Hitler*" creó una presión irresistible en Europa y provocó una cadena de acontecimientos que, tras la *Shoá*, el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial, con el asesinato de más de seis millones de inocentes -hombres, mujeres y niños judíos- fueron sucesos que condujeron al establecimiento del Estado de Israel en el año 1948.

Desde entonces, no hay casi un solo día en que el nombre del pequeño estado de Israel no aparezca en los medios sociales de comunicación. ¿Por qué tal importancia?

Seguramente recordaremos la *crisis de Suez* de 1956, la *Guerra de los Seis Días*, en 1967, la *Guerra de Yom Kippur*, en 1973, la *invasión de Líbano*, en 1984. Nunca una nación fue expulsada sistemáticamente de su territorio nacional, sobrevivió durante veinte siglos de desarraigo, y regresó a la vida en sus antiguos feudos con un vigor tan excepcional, incluso habiendo resucitado la antigua lengua hebrea, sacándola de las Sagradas Escrituras, los escritos rabínicos y el culto sinagoga, para convertirla en un idioma vivo, moderno y dinámico, para el uso en todos los ámbitos y esferas de la vida en la tierra de Israel, tanto en el mundo de la ciencia como en el de las letras, así como en la cotidianidad de la calle.

Debemos preguntarnos cuál es el sentido de todo esto. ¿Se trata de una coincidencia un tanto fantástica que el pueblo judío haya sobrevivido cuando otras muchas naciones y pueblos han desaparecido? Creemos que hay una respuesta clara y sencilla, y se halla en las propias Sagradas Escrituras, en el libro de [Deuteronomio 30:1-5](#):

“Sucederá que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado YHVH tu Dios, y te convirtieres a YHVH tu Dios, y obedecieres a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, entonces YHVH hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido YHVH tu Dios. Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá YHVH tu Dios, y de allí te tomará; y te hará volver YHVH tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres.”

El retorno de Israel no es un accidente casual de la historia, sino un acto deliberado del Dios amoroso y misericordioso que no puede olvidar a su pueblo, ni sus promesas hechas a los padres en la fe, sin el cumplimiento de las cuales no habría habido fe cristiana.

Los textos proféticos al respecto son muchos y hermosísimos. Vamos a ver algunos ejemplos:

Jeremías 30:11: “Porque yo estoy contigo para salvarte, dice YHVH, y destruiré a todas las naciones entre las cuales te esparcí; pero a ti no te destruiré, sino que te castigaré con justicia; de ninguna manera te dejaré sin castigo.”

Recordemos aquí que *“castigo”* y *“condenación”* no son sinónimos. Es más, nuestro Señor ha revelado que su castigo va dirigido a quienes ama, precisamente para que no seamos condenados:

Hebreos 12:5-8: “Habéis ya olvidado la exhortación que como a hijos se os dirige, diciendo: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?”

Apocalipsis 3:19: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo.”

1ª Corintios 11:32: “Somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo.”

Jeremías 31:3-5: “YHVH se manifestó a mí hace ya mucho tiempo, diciendo: Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia. Aún te edificaré, y serás edificada, oh virgen de Israel; todavía serás adornada con tus panderos, y saldrás en alegres danzas. Aún plantarás viñas en los montes de Samaria; plantarán los que plantan, y disfrutarán de ellas.”

Ezequiel 36:23-28, 34-35: “Y santificaré mi grande nombre, profanado entre las naciones, el cual profanasteis vosotros en medio de ellas; y sabrán las naciones que yo soy YHVH, dice YHVH el Señor, cuando sea santificado en vosotros delante de sus ojos. Y yo os tomaré de las naciones, y os recogeré de todas las tierras, y os traeré a vuestro país. Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra. Habitaréis en la tierra que di a vuestros padres, y vosotros me seréis por pueblo, y yo seré a vosotros por Dios... Y la tierra assolada será labrada, en lugar de haber permanecido assolada a los ojos de todos los que pasaron. Y dirán: Esta tierra que era assolada ha venido a ser como huerto del Edén; y estas

ciudades que eran desiertas y asoladas y arruinadas, están fortificadas y habitadas."

Ahora es lógico y lícito que nos preguntemos por qué querrá Dios llevar al pueblo hebreo de regreso a su tierra promisoría. ¿Cuál será su propósito al respecto?

La respuesta es el advenimiento del Reino de Dios, hoy latente entre nosotros, y en el Gran Día de Dios hecho patente con la Segunda Venida de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, nuestra esperanza bienaventurada, es decir su Segundo Adviento.

De ahí que podamos afirmar que la restauración del Israel histórico es una figura anticipativa de la nueva tierra que Dios creará con los nuevos cielos después de que los redimidos pasemos el Milenio en los cielos con Cristo, en las moradas de la casa del Padre, donde Jesús prepara lugar para nosotros, conforme a su promesa:

Juan 14:1-3: "No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis."

Recordemos ahora algunas palabras del mensajero Gabriel a la doncellita judía *Myriam de Nazaret*, latinizada "*María*", la que posteriormente sería madre de Jesús, y que suelen pasarnos inadvertidas con frecuencia:

Lucas 1:30-33: "Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamará su nombre Jesús (hebreo 'Yeshúa', 'Salvación'). Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin."

Preguntémonos si reinó Jesús sobre el pueblo de Jacob, es decir, Israel, durante el tiempo que estuvo en carne en esta tierra.

Preguntémonos si nuestro Señor Jesucristo aceptó alguna iniciativa por nombrarle rey.

Recordemos el momento en que después de haber multiplicado cinco panes de cebada y dos peces entre cinco mil, la multitud asombrada y agradecida quiso nombrarle rey:

Juan 6:14-15: "Aquellos hombres entonces, viendo la señal que Jesús había hecho, dijeron: Este verdaderamente es el profeta que había de venir al mundo. Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo."

Lo cierto es que jamás pretendió Jesús de Nazaret ser un rey al estilo de los de este mundo, si bien fue ejecutado por el poder imperial romano por ser "*Rey de los Judíos*". Pero Jesús fue levantado a una vida inmortal, lo que implica que la profecía de Gabriel demanda que un Mesías inmortal regrese a Jerusalem, donde estuvo el trono de David, y gobierne sobre todo el pueblo de Dios, los hebreos y también los gentiles injertados en el olivo bueno.

Es en este contexto en el que podemos aproximarnos a las palabras de nuestro Señor Jesucristo dadas a Pedro, Santiago, Juan y sus compañeros antes de la ascensión de Jesús al seno del Padre, a la gloria indescriptible que tuvo con Él antes de su encarnación:

Lucas 22:28-30: "Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí, para que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino, y os sentéis en tronos juzgando a las doce tribus de Israel."

Jesús ha prometido volver, y volverá. Por mucho que una parte importante de la Iglesia haya olvidado su promesa y se haya metido en los intereses de este mundo, llegando incluso a unir la *"espada y la cruz"*, el *"altar y el trono"*, las palabras de nuestro bendito Señor y Salvador siguen llamándonos a la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro Redentor Amado y Fiador Eterno. De ahí que nos repugne la vinculación del cristianismo institucionalizado a los poderes de este mundo y sus raíces en esta tierra.

No tenemos necesidad de experimentar turbación en nuestros corazones. Jesucristo ha prometido venir otra vez, y cumplirá su palabra, por cuanto Él es el Camino, y la Verdad, y la Vida, y nadie puede ir al Padre Eterno sino por Él.

La profecía del Segundo Adviento de Jesucristo, hecho Señor y Mesías, viene de antiguo, y la podemos hallar por primera vez registrada en las palabras de *Enój* (*'Enoc'*), quien no pasó por la muerte, como aconteció al profeta Elías, y seguramente a otros que no nos han sido revelados, porque Dios lo arrebató a los cielos, y que se encuentra recogida en la breve Epístola Universal de Judá, versículos 14 y 15, erróneamente llamado *"Judás"*:

"De éstos (los hombres impíos que convierten en libertinaje la gracia de Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo; los seguidores del camino de Caín; los que mancillan su carne con vicios contra naturaleza y se rebelan contra las autoridades espirituales delegadas por el Señor) también profetizó Enoc, séptimo desde Adam, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él (contra Dios)."

Este breve relato de la vida de Enoc, que hallamos en el libro de Génesis 5:24, donde sencilla y escuetamente se nos dice que *"caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció"* (literalmente en hebreo: *'y ya no estuvo más'*), *"porque le llevó Dios"*, ha dado origen a un amplio *corpus literario* conocido por la designación de *"literatura enóquica"* redactada entre los siglos III a.C. y III d.C., en clave apocalíptica la mayoría de tales escritos, pero también otros de naturaleza mística, compuestos durante el período talmúdico.

Los textos apocalípticos narran lo que le aconteció a Enoc después de que éste fuera arrebatado por Dios y trasladado al Cielo, especialmente los sorprendentes secretos astronómicos que le fueron revelados, así como los referentes a los hijos de Elohim y sus acciones en la tierra.

Los libros apocalípticos, como Enoc I, Enoc II y el Libro de los Jubileos fueron vinculados por los sabios antiguos de Israel como pertenecientes a la tradición antigua y a los Esenios, literatura separada de la aceptada como canónica por las autoridades del Templo de Jerusalem por cuestiones de naturaleza política.

Hoy sabemos que entre los siglos III a.C. y I a.C. existió una secta hebrea conocida como *"judaísmo enóquico"* que tenía en consideración a Enoc por encima de Moisés, y cuya obra literaria fue ordenada en cinco volúmenes, como una copia de la Torá. Una parte importante de esta literatura enóquica fue hallada entre los Rollos del Mar Muerto, descubiertos en el año 1947.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que la falta de humildad lleva a la discordia, la discordia a la violencia, la violencia a la agresividad, y la agresividad al derramamiento de sangre.

La falta de humildad crea una cadena de inquietudes que no permiten gozar de la paz.

El corazón se llena de temores y la mente no puede permanecer tranquila y sosegada.

Dijeron también los sabios que los perros no son dañinos cuando sus amos son humildes.

EXAMINEMOS EL FUTURO.

¿Nos permiten las Sagradas Escrituras subir el telón de la historia y ver la secuencia de los sucesos que acontecerán cuando el gobierno de Dios reemplace a los gobiernos actuales de este mundo?

Creemos que sí, aunque al acometer esta labor hemos de tener muy presente nuestra regla de hablar donde la Biblia habla, y callar donde ésta calla.

Creemos que el pueblo judío deberá experimentar una renovación espiritual para estar en condiciones de recibir a Jesucristo glorificado, su propio Mesías Triunfante, en el Gran Día de Dios, cuando nuestro Redentor, hecho Señor y Mesías Vencedor, venga a buscar a los que le esperemos, le obedezcamos con santo temor reverente y le amemos. Lo mismo, exactamente lo mismo, precisa la Iglesia de Cristo. Ni más ni menos.

Recordemos que judíos y cristianos somos los únicos pueblos que esperamos el advenimiento del Mesías de Israel y Deseado de todas las naciones. Somos dos pueblos en peregrinaje ascendiendo por dos laderas de la misma montaña. El encuentro acontecerá en la cumbre.

El cambio de corazón poco tiene que ver con las esperanzas de *"avivamiento"* que pululan hoy por muchos círculos cristianos, frecuentemente basadas en lo que algunos denominamos *"teología ficción"*, *"show"* y *"espectáculo"*. Como decimos en castizo: *"Mucho ruido y pocas nueces"*.

Ese cambio de corazón siempre ha sido y seguirá siendo el elemento fundamental para que verdaderamente seamos pueblo de Dios que vive en la obediencia de la fe, la santidad y la esperanza. De ahí las palabras proféticas que hallamos en Ezequiel 36:25:

"Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré."

Por el profeta Malaquías sabemos que el profeta Elías será enviado de nuevo, como lo fue Juan el Bautista con la misma unción que reposó sobre Elías, para preparar al pueblo de Dios para la venida de Cristo Jesús glorificado.

Recordemos que Elías no pasó por la muerte, sino que fue trasladado vivo por el Señor, por lo que no está durmiendo a la espera del Mesías y la resurrección general, sino que se encuentra en los cielos, reservado para el momento en que sea enviado de nuevo a la tierra para esa labor de avivamiento:

Malaquías 4:4-5: *"Acordaos de la ley de Moisés mi siervo, al cual encargué en Horeb ordenanzas y leyes para todo Israel. He aquí, yo os envío el profeta Elías, antes que venga el día de YHVH, grande y terrible."*

Sólo una minoría responderá al llamamiento de Dios, tal y como ha venido siendo a través de los tiempos. Recordemos, frente a los triunfalismos de muchos actuales vendedores de religión, falsos profetas y fraudulentos obreros, las palabras de nuestro único Señor y Salvador, Redentor y Maestro, Jesucristo:

Mateo 22:14: "Porque muchos son llamados, y pocos escogidos."

Lucas 12:32: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el reino."

Mateo 7:13-14: "Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan."

Continúa la profecía de Malaquías diciéndonos cuál será el destino de los impíos, es decir, de los que no vivieron la piedad, por muy religiosos que se considerasen:

Malaquías 4:1: "Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho YHVH de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama."

En esos mismos términos profetiza el Apóstol Pablo en la Primera Epístola a los Tesalonicenses 5:1-3:

"Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad, hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán."

¿Y dónde estará el pueblo hebreo en medio de todos estos acontecimientos?

El Apóstol Pablo nos da la respuesta en la Carta a los Romanos:

Romanos 11:25-27, 32: "Porque no quiero hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados... Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos."

El Apóstol Pablo profetiza sobre la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo en su Primera Carta a los Tesalonicenses 4:13-18:

"Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor."

Y escribiendo a los cristianos de Corinto, el Apóstol Pablo les dice así:

1ª Corintios 15:51-54: "He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta (el 'shofar', el 'cuerno de convocar a las tribus'), y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y

esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria.”

Esto acontecerá en el Gran Día de Dios, con la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo con poder y gran gloria, cuando se cumplirá lo profetizado por nuestro Señor en el Evangelio según Juan 5:28-29:

“No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz (la del Hijo de Dios); y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.”

En Apocalipsis 20:1-10, Juan nos da una de las visiones que recibió de parte de nuestro Señor estando en la isla de Patmos, deportado por la policía del emperador Domiciano, por cuanto predicar a Jesucristo siempre hará que los estados imperialistas y los poderes oligárquicos se sientan amenazados:

vv. 1-5a: “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo. Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca en sus frentes ni en sus manos; y vivieron (luego estas almas estaban muertas, es decir, durmiendo) y reinaron con Cristo mil años. Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años.”

Los muertos en Cristo participarán de la primera resurrección, arrebatados por nuestro Señor junto con los fieles vivos, para ser trasladados a las moradas celestiales en la Casa del Padre, donde Jesús prepara lugar para nosotros:

Apocalipsis 20:5b-6: “Esta es la primera resurrección. Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años.”

Juan nos comparte la visión que Dios le dio en Patmos por medio de un ángel sobre las bodas del Cordero en los cielos, después de la primera resurrección, el gran encuentro de todos los redimidos de todas las edades con el Deseado de todas las naciones:

Apocalipsis 19:7-9: “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria (al Señor); porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos. Y el ángel me dijo: Escribe: Bienaventurados los que son llamados a la cena de las bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son palabras verdaderas de Dios.”

El juicio del sistema mundial toca a su fin cuando termine el período de los mil años:

Apocalipsis 20:5a, 7-8: “Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años... Cuando los mil años se cumplan, Satanás será suelto de su prisión, y saldrá a engañar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, a fin de reunirlos para la batalla; el número de los cuales es como la arena del mar.”

Esta profecía de la visión de Juan en Apocalipsis la hallamos también en el Salmos 2:1-6:

“¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra YHWH y contra su Ungido ('Cristo'), diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi Rey sobre Sión, mi santo monte.”

También Isaías profetiza sobre aquel Gran Día de Dios nuestro Señor, y se refiere a la ciudad de Jerusalem con la designación profética de “*Ariel*”, uno de los nombres de la urbe en su sentido escatológico, cuyo significado es “*León de Dios*”, símbolo de la tribu de Judá, aplicado también al Templo de Jerusalem:

Isaías 29:1-8: “¡Ay de Ariel, de Ariel, ciudad donde habitó David! Añadid un año a otro, las fiestas sigan su curso. Mas yo pondré a Ariel en apretura, y será desconsolada y triste; y será a mí como Ariel. Porque acamparé contra ti alrededor, y te sitiare con campamentos, y levantaré contra ti baluartes. Entonces serás humillada, hablarás desde la tierra, y tu habla saldrá del polvo; y será tu voz de la tierra como la de un fantasma (el original hebreo emplea la voz ‘ob’ [‘álef’, ‘vav’ y ‘bet’], que mejor sería traducir por ‘espiritista’, cuya voz solía y suele ser un susurro como proveniente de una oquedad, ya que este vocablo también significa ‘odre’) y tu habla susurrará desde el polvo. Y la muchedumbre de tus enemigos será como polvo menudo, y la multitud de los fuertes como tamo que pasa; y será repentinamente, en un momento. Por YHWH de los ejércitos serás visitada con truenos, con terremotos y con gran ruido, con torbellino y tempestad, y llama de fuego consumidor. Y será como sueño de visión nocturna la multitud de todas las naciones que pelean contra Ariel (‘Jerusalem’), y todos los que pelean contra ella y su fortaleza, y los que la ponen en apretura. Y les sucederá como el que tiene hambre y sueña, y le parece que come, pero cuando despierta, su estómago está vacío; o como el que tiene sed y sueña, y le parece que bebe, pero cuando despierta, se halla cansado y sediento; así será la multitud de todas las naciones que pelearán contra el monte de Sión.”

Ensoberbecidos por haber vuelto a vivir, creyéndose inmortales, desconociendo que su resurrección no será para vida sino para destrucción, los impíos organizados en esas dos confederaciones de naciones denominadas *Gog* y *Magog*, se levantarán dirigidas por Satanás -¡Dios le reprenda!- para tomar la Nueva Jerusalem, que habrá descendido del cielo, de Dios, y el campamento de los santos, y entonces será cuando venga su fin:

Apocalipsis 20:9-10: “Y subieron sobre la anchura de la tierra, y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y de Dios descendió fuego del cielo, y los consumió. Y el diablo que los engañaba fue lanzado al lago de fuego y azufre, donde estaban la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.”

Dijeron los sabios antiguos de Israel que la Torá es como unguento:

Cantar de los Cantares 1:2: “¡Oh, si él me besara con besos de su boca! Porque mejores son tus amores que el vino. A más del olor de tus suaves unguentos, tu nombre es como unguento derramado.”

Así como el óleo perfumado es agradable para el cuerpo y la cabeza, así también las palabras de la Torá son agradables para el cuerpo y la cabeza, porque está escrito: “Lámpara de aceite para mis pies son tus palabras, y lumbrera a mi camino”. (Salmo 119:105).

Cuando tienes en tu mano una copa de aceite perfumado a rebosar, por cada gota derramada hay una palabra de la Torá que se derrama y entra en nuestro corazón. Y por cada palabra de la Torá que penetra en nuestro corazón, hay una palabra de frivolidad que sale de nuestro interior. Por el contrario, por cada palabra vana que entra en nuestro corazón, hay una palabra de la Torá que sale.

ISRAEL, OLIVO DE DIOS.

Oseas 14:4-6: “Yo sanaré su rebelión, los amaré de pura gracia; porque mi ira se apartó de ellos. Yo seré a Israel como rocío; él florecerá como lirio, y extenderá sus raíces como el Líbano. Se extenderán sus ramas, y será su gloria como la del olivo, y perfumará como el Líbano.”

Romanos 11:24: “Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?”

El profeta Oseas estaba familiarizado con el olivo, hebreo “*zait*”, plural “*zeitim*”, y el “*aceite*”, “*zait shemen*”, abundante entonces y hoy en la tierra de Israel y en toda la cuenca mediterránea. De ahí que aparezca en las Sagradas Escrituras 199 veces.

En nuestra lengua castellana, el “*aceite*” nos ha llegado del árabe “*azzait*”, cuyo significado literal es el de “*jugo de aceituna*”.

Hay un mito griego que cuenta cómo una paloma trajo una rama de olivo desde Fenicia hasta Atenas, donde fue plantada en la Acrópolis y llegó a ser el primer olivo de Grecia. De ahí que fuera dedicado a la diosa Atenea.

Quizá ese mito legendario se inspirara en el texto bíblico que hallamos en Génesis 8:10-12, donde leemos lo que Noé hizo antes de salir del arca con su familia y los animales:

“Esperó (Noé) aún otros siete días, y volvió a enviar la paloma fuera del arca. Y la paloma volvió a él a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra. Y esperó aún otros siete días, y envió la paloma, la cual no volvió ya más a él.”

La tradición de Israel afirma que Noé liberó a las aves por la ventana del arca. La paloma es símbolo del alma, por eso retorna al origen trayendo el mensaje del descenso de las aguas del juicio divino, hasta también encontrar su fundamento en el nuevo mundo.

Noé quita la cubierta; el camino hacia arriba es liberado. El mensaje que la paloma trae es la hoja de olivo, cuyo fruto según la tradición de Israel es amargo. Pero la paloma toma sobre sí el camino del amor. De ahí que la presión traerá consigo el aceite, por cuanto las aceitunas han de ser pisadas o prensadas para que desprendan su jugo.

Para los sabios antiguos de Israel hay una estrecha relación entre “*shemen*”, “*aceite*”, y “*shmoná*”, el numeral “*ocho*”, símbolo del Redentor, el Mesías, el Ungido con el Santo Espíritu de Dios, del que el aceite de la unción es figura emblemática.

Por eso Jesús descansa en el *Shabat*, en el séptimo día, en el sepulcro, para resucitar glorioso en el primer día de la semana, el cual también es el octavo día, por cuanto sigue al séptimo. Eso representa el paso de un mundo a otro, del mismo modo que el arca en el Diluvio de los días de Noé representa el mundo que pasa de

un estado nocturno, es decir, de la oscuridad de la noche más profunda, a un estado de luz diurna que señala hacia la alborada de un nuevo día.

Pero *"shemen"*, *"aceite"* y *"shmoná"*, *"ocho"*, también están relacionados con *"shamayim"*, *"cielos"*, por lo que el aceite empleado para la unción indica que en lo esencial existe un parentesco entre el aceite como forma de manifestación y el concepto *"cielos"*: *El Mesías es el Ungido por los Cielos*, es decir, por el Dios Altísimo.

El octavo hijo de Jacob es Asher. Al nacer, su madre Lea exclama las palabras que hallamos registradas en Génesis 30:13:

"Y dijo Lea: Para dicha mía; porque las mujeres me dirán dichosa; y llamó su nombre Aser (de 'Ashrei', esto es, 'Feliz')."

En la bendición de Jacob a Asher, leemos así: Génesis 49:20:

"El pan de Aser será substancioso (esto es, 'aceitoso') y él dará deleites al rey."

Lo *"aceitoso"* se acentúa todavía más en la bendición de Moisés:

Deuteronomio 33:24: "A Aser dijo: Bendito sobre los hijos sea Aser; sea el amado de sus hermanos, y moje en aceite su pie."

No en vano, *"Asher"* es también una voz cuyo significado como sustantivo común es *"planta del pie"*.

Solemos olvidar que cada cosa es expresión de algo esencial, y que lo esencial se deja encontrar en la palabra y en el signo que la precede. De ahí que la voz *"shamayim"*, *"cielos"*, puede ser vista como forma doble, la forma *"ayim"* de *"sham"*. Y *"sham"* es el adverbio de lugar *"allá"*, que señala hacia un lugar determinado.

El individuo puede encontrarse en *"aquel lugar"*, *"allá"*, y no en otro. El otro lugar muestra justamente que existe una oposición. Pero en la expresión *"cielos"*, los opuestos, las alternativas, vuelven a ser *"uno"*. Lo opuesto no existe más en los Cielos, por cuanto *"allá"* ha llegado a ser unidad. Todo alcanza su unidad en Dios.

Así es como la voz *"shamayim"*, *"cielos"*, también puede ser vista como la combinación de *"esh"*, *"fuego"* y *"mayim"*, *"aguas"*, destacándose los opuestos. Por ello los Cielos son la morada de Dios, el lugar en el que se encuentra la Unidad Original de todas las cosas.

"Shemen", *"aceite"*, y *"shemoná"*, *"ocho"*, muestran un estrecho parentesco con *"shamayim"*, *"cielos"*.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que el aceite simboliza la esencia destilada de todo, y por tanto, es por un lado distinto y separado de todo, por cuanto si estuviera limitado a cualquier otro objeto en particular, no podría ser al mismo tiempo el aspecto esencial de todas las cosas.

Sin embargo, y simultáneamente, por el hecho de ser esencia, también debe imbuirlo todo y encontrarse dentro de todo, por cuanto la esencia por definición existe y se encuentra en todas partes.

De ahí que se compare a la Torá, pues, por un lado, el aceite no se mezcla con ningún líquido, pero a su vez penetra en toda materia.

EL OLIVO EN LAS TIERRAS BÍBLICAS Y SU INJERTO.

El árbol que conocemos como "olivo", "*olea europaea*", hebreo "zaif", griego "elaia", es un árbol de hoja perenne que puede llegar a alcanzar los cinco metros de altura.

Sus raíces se extienden enormemente para absorber la humedad en las secas condiciones en las que habitualmente se desarrolla. De ahí que se planten bastante separados unos de otros.

No florecen los olivos hasta cumplir al menos cinco o seis años, y su fruto no es provechoso hasta pasados entre cuarenta y cincuenta años.

Dios les prometió a los hebreos muchas cosas por las que no habrían trabajado, comprendidas ciudades, casas, cisternas, viñedos y olivares que ellos no habrían plantado:

Deuteronomio 6:10-12: "Cuando YHVH tu Dios te haya introducido en la tierra que juró a tus padres Abraham, Isaac y Jacob que te daría, en ciudades grandes y buenas que tú no edificaste, y casas llenas de todo bien, que tú no llenaste, y cisternas cavadas que tú no cavaste, viñas y olivares que no plantaste, y luego que comas y te sacies, cuídate de no olvidarte de YHVH, que te sacó de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre."

Esto indica que el olivo ya era cultivado por las tribus cananeas con anterioridad al Éxodo de los hebreos, en el siglo XIII a.C.

La tierra promisoría fue descrita por nuestro Señor en Deuteronomio 8:8 como "tierra de trigo y cebada, de vides, higueras y granados; tierra de olivos, de aceite y de miel."

La región de Samaria y sus colinas, al igual que la *Sefela*, voz que significa "tierra baja" o "valle", entre la cadena central y la llanura de la costa, tiene colinas de entre 150 y 250 metros de altura. Sus valles son muy fértiles y siempre fueron ricos en olivares. En la época bíblica, éstos fueron generalmente pequeños, del tamaño de los huertos.

Una excepción sería, entre otros, el Monte de los Olivos, que es mencionado en 2º Samuel 15:30, cuando Absalom trató de usurpar el trono:

"Y David subió la cuesta de los Olivos; y la subió llorando, llevando la cabeza cubierta y los pies descalzos."

Nuestro Señor Jesucristo frecuentemente se retiró a este Monte de los Olivos para refugiarse entre los árboles y entrar en comunión profunda con su Padre y Padre nuestro, incluso inmediatamente antes de la Pascua:

Lucas 21:37: "Y (Jesús) enseñaba de día en el templo; y de noche, saliendo, se estaba en el monte que se llama de los Olivos."

Después de la cena de la última Pascua, Jesús se retiró igualmente, como era su costumbre, a orar al Monte de los Olivos:

Lucas 22:39: "Y saliendo, se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos también le siguieron."

Marcos 14:32: "Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro."

"*Getsemaní*" es nombre toponímico cuyo significado es "*almazara*", es decir, "*molino de aceite*", voz castellana tomada directamente del árabe.

Para la tradición de Israel, el Monte de los Olivos fue el lugar desde el cual nuestro Señor Jesucristo ascendió al seno del Padre Eterno, de donde había venido, para recibir la gloria que había gozado con Él antes de su encarnación para redimirnos:

Hechos 1:12: "Entonces volvieron a Jerusalem desde el monte que se llama de los Olivos, el cual está cerca de Jerusalem, camino de un día de reposo." (El original dice "Sabbátou", "camino de un Sábado", lo que equivale a un kilómetro, aproximadamente).

Según Lucas 24:49-51, Jesús convocó a los apóstoles y discípulos en Betania para su despedida antes de su ascensión:

"He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto. Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo."

Aquí no hay ninguna contradicción, por cuanto Betania se encuentra justo detrás del Monte de los Olivos, es decir, en la otra vertiente.

Recordemos también la profecía de Zacarías respecto al Día del Segundo Adviento de nuestro Señor Jesucristo:

Zacarías 14:3-4: "Se afirmarán sus pies (los pies de YHVH) en aquel día sobre el Monte de los Olivos que está en frente de Jerusalem al oriente."

El injerto de buenos olivos cultivados en olivos silvestres, "*acebuches*", voz del árabe andalusí "*zabbúg*", a su vez tomada del berebere norteafricano "*azebbúj*", ha sido una práctica antigua con el fin de obtener una rápida propagación de la variedad deseada de olivo cultivado.

Conocido también como "*zambullo*", de la misma raíz árabe, y como "*oleastro*", del latín "*oleum*", "*aceite*", el olivo silvestre es antecesor del cultivado. Es de aspecto de arbusto, sus ramas son espinosas y sus hojas más redondeadas que las del olivo cultivado. Su fruto, las "*olivas achebuchinas*", se emplean como forraje para el ganado.

En el texto del Apóstol Pablo en la Carta a los Romanos 11:17-24, el argumento paulino compara a Israel, el pueblo escogido por Dios para ser luz a las naciones, con un olivo cultivado, símbolo de riqueza espiritual, del cual Dios ha desgajado algunas ramas, y en su lugar ha injertado nuestro Señor ramas de olivo silvestre, representativas de los gentiles, para que participemos de la raíz que es santa y de la rica sabia del buen olivo:

"Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica sabia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. Pues las ramas, dirás, fueron desgajadas para que yo

fuese injertado. Bien; por su incredulidad fueron desgajadas, pero tú por la fe estás en pie. No te ensoberbecas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, a ti tampoco te perdonará. Mira, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad ciertamente para los que cayeron, pero la bondad para contigo, si permaneces en esa bondad; pues de otra manera tú también serás cortado. Y aun ellos, si no permanecieren en incredulidad, serán injertados, pues poderoso es Dios para volverlos a injertar. Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?"

Pablo afirma que los gentiles hemos sido injertados "*contra naturaleza*" en el olivo bueno de las tribus de Israel. El injerto natural es del buen olivo cultivado en el acebuche, con el fin de que éste llegue a convertirse en un olivo cultivado que dé buenas aceitunas.

Sin embargo, el injerto de las ramas de olivo silvestre en el olivo bueno es una analogía que nos muestra las riquezas de la gracia de Dios al injertar a los gentiles en el pueblo de la promesa, con su magno propósito de extender la salvación a todos los pueblos, naciones y tribus de esta tierra. Ese es el gran propósito divino y la tarea encomendada a Israel como Luz a las naciones.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que el aceite simboliza la “jojmá”, es decir, la “sabiduría”, que es el más elevado estadio de los atributos del alma.

Por eso es que en la historia de la Janucá, los griegos contaminaron todo el aceite del Templo de Jerusalén, excepto un pequeño jarrito precintado con el sello del Sumo Sacerdote, que fue hallado en un recoveco del muro, con el cual pudieron volver a consagrar la Casa de Santidad.

Aquel aceite puro fue el símbolo de la pureza de vida a la que ha sido llamado el pueblo hebreo, basándose en la Torá como expresión divina de la luz interior, la espiritualidad y el testimonio de la presencia divina en el mundo.

LA BIBLIA REZUMA ACEITE.

Las almazaras solían estar situadas cerca de los olivares con el fin de evitar tener que trasladar el fruto a largas distancias.

Estos molinos empleaban una gran piedra vertical movida por la acción del hombre o por las bestias sobre una barra horizontal.

Tratándose de bestias, éstas solían ser camellos o burros a los que se les vendaban los ojos para evitar el mareo.

La pulpa se ponía en cestos de esparto apilados para ser prensados o pisados.

En el libro del profeta Miqueas (737-690 a.C.), coetáneo de Oseas e Isaías, hay una referencia a la extracción del aceite empleada como analogía para anunciar los males que sobrevendrían a la nación de Israel por haber abandonado los Mandamientos de Dios y haber caído en la injusticia social y la explotación del pueblo:

Miqueas 6:9-15: “La voz de YHVH clama a la ciudad: Es sabio temer a tu nombre. Prestad atención al castigo, y a quien lo establece. ¿Hay aún en casa del impío tesoros de impiedad, y medida escasa que es detestable? ¿Daré por inocente al que tiene balanza falsa y bolsa de pesas engañosas? Sus ricos se colmaron de rapiña, y sus moradores hablaron mentira, y su lengua es engañosa en su boca. Por eso yo también te hice enflaquecer hiriéndote, assolándote por tus pecados. Comerás, y no te saciarás, y tu abatimiento estará en medio de ti; recogerás, mas no salvarás, y lo que salvarés, lo entregaré yo a la espada. Sembrarás, mas no segarás; pisarás aceitunas, mas no te ungirás con el aceite; y mosto, mas no beberás el vino.”

Pequeñas cantidades de aceite se hacían machacando las olivas:

Éxodo 27:20: “Y mandarás a los hijos de Israel que te traigan aceite puro de olivas machacadas, para el alumbrado (del tabernáculo), para hacer arder continuamente las lámparas.”

Para este fin, el aceite empleado había de ser especialmente puro:

Levítico 24:1-4: “Habló YHVH a Moisés, diciendo: Manda a los hijos de Israel que te traigan para el alumbrado aceite puro de olivas machacadas, para hacer arder las lámparas continuamente. Fuera del velo del testimonio, en el tabernáculo de reunión, las dispondrá Aarón desde la tarde hasta la mañana delante de YHVH; es estatuto perpetuo por vuestras generaciones. Sobre el candelero limpio pondrá siempre en orden las lámparas delante de YHVH.”

Las lámparas que los arqueólogos encuentran con frecuencia en la tierra de Israel son pequeños ejemplares de arcilla con un orificio superior para verter el aceite en su interior, y un pequeño pitorro frontal para introducir la mecha.

En el exterior, las lámparas eran en forma de antorcha de madera con andrajos de tela que se empapaban en aceite justamente antes de prenderse. Esas son las lámparas a las que hace referencia la parábola de nuestro bendito Salvador en el Evangelio, conocidas también como “*antorchas nupciales*”:

Mateo 25:1-13: “Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas, y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir.”

El aceite era la base de los perfumes y de los ungüentos, como se desprende de varios pasajes bíblicos, como es el caso del texto de Isaías 1:6, donde el Señor le muestra al profeta la condición de desobediencia y maldad de su pueblo:

“Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga; no están curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.”

El Salmista David también hace referencia al aceite al hablar del aderezo de la mesa y de la unción del pelo:

Salmo 23:5: “Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando.”

El aceite constituía una parte esencial en la dieta en los tiempos bíblicos, así como elemento referencial de la prosperidad, como se desprende del trío tan frecuente del “*grano, mosto y aceite*”:

Deuteronomio 7:12-13: “Y por haber oído estos decretos, y haberlos guardado y puesto por obra, YHVH tu Dios guardará contigo el pacto y la misericordia que juró a tus padres. Y te amará, te bendecirá y te multiplicará, y bendecirá el fruto de tu vientre y el fruto de tu tierra, tu grano, tu mosto, tu aceite, la cría de tus vacas, y los rebaños de tus ovejas, en la tierra que juró a tus padres que te daría.”

Deuteronomio 11:13-15: “Si obedeciereis cuidadosamente a mis mandamientos que yo os prescribo hoy, amando a YHVH vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón, y con toda vuestra alma, yo daré la lluvia de vuestra tierra a su tiempo, la temprana y la tardía; y recogerás tu grano, tu vino y tu aceite. Daré también hierba en tu campo para tus ganados; y comerás, y te saciarás.”

Durante la construcción del Templo de Jerusalem, Salomón envió a Hiram de Tiro cada año grandes cantidades de trigo y cebada, así como de vino y aceite:

2º Crónicas 2:10: “Y he aquí, para los trabajadores tus siervos, cortadores de madera, he dado veinte mil coros de trigo en grano, veinte mil coros de cebada, veinte mil batos de vino, y veinte mil batos de aceite.”

Para que nos hagamos idea de la cantidad de olivos de la tierra de Israel en aquellos días, tengamos en cuenta que veinte mil batos, a 22 litros por bato, representaban nada menos que 440.000 litros de aceite. De modo que a una media de 48 olivos por hectárea, aquella debió de ser la producción de más de 2.000 hectáreas de olivares.

Compararon los sabios antiguos de Israel a la Torá con el aceite, especialmente su parte interna.

La Torá Revelada, hebreo “niglé”, incluye el Código de las Leyes Judías, el Talmud, sus comentarios, y se considera el “cuerpo” de la Torá; pero también enseñaron los sabios la parte Interna de la Torá, hebreo “nistar-pnimit HaTorá”, y que recibe también la designación de “alma de la Torá”, donde se ubica el “Jasidut”; es decir, el estudio de la dimensión espiritual de la Torá, que acompañado de la tradición hebrea, crea una sinergia de cuerpo y alma que acerca la realidad de Dios, y la vuelve tan relevante como el aire que respiramos y la comida que ingerimos.

Así como el alma, es decir, la mente, y el cuerpo se corresponden entre sí, del mismo modo hay una correspondencia entre la Torá Revelada y la Torá Interior.

EL SIMBOLISMO DEL ACEITE Y DE SU UNCIÓN.

Salmo 23:5: "Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando."

La unción con aceite de personas y de objetos tiene una larga historia y un hondo significado espiritual. La primera mención en las Sagradas Escrituras la hallamos en la vida de Jacob, a quien YHVH cambió su nombre por el de "*Israel*", después de haber luchado con el Ángel de YHVH, es decir, con el Verbo antes de su encarnación en Jesucristo.

La clave para constatar que aquel varón con quien luchó Jacob era el Ángel de YHVH, es decir, el Verbo Preencarnado, la hallamos en un texto del libro de los Jueces ("*Softim*", "*Libertadores*", "*Garantes de la Libertad*"), donde Manoa, el padre de Sansón, le formula la misma pregunta que Jacob le hace respecto a su nombre. Y en la respuesta del Ángel de YHVH tenemos la revelación de quién se trata:

Jueces 13:17-18: "Entonces dijo Manoa al Ángel de YHVH: ¿Cuál es tu nombre, para que cuando se cumpla tu palabra te honremos? Y el Ángel de YHVH respondió: ¿Por qué preguntas por mi nombre, que es Admirable?"

Como podemos constatar en la profecía de Isaías respecto al Verbo Encarnado, "*Admirable*" es uno de los títulos del Mesías que había de venir:

Isaías 9:6-7: "Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro, y se llamará su nombre Admirable Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de YHVH de los ejércitos hará esto."

Vayamos ahora a la escena del encuentro de Jacob con el Ángel de YHVH:

Génesis 32:22-30: "Y se levantó (Jacob) aquella noche, y tomó sus dos mujeres, y sus dos siervas, y sus once hijos, y pasó el vado de Jacob. Los tomó, pues, e hizo pasar el arroyo a ellos, y a todo lo que tenía. Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba. Y dijo: Déjame, porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices. Y el varón le dijo: ¿Cuál es tu nombre? Y él respondió: Jacob. Y el varón le dijo: No se dirá más tu nombre Jacob, sino Israel ('El que lucha con Dios' o 'Dios lucha'); porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido. Entonces Jacob le preguntó, y dijo: Declárame ahora tu nombre. Y el varón respondió: ¿Por qué me preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel ('El Rostro de Dios'); porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma."

Es curioso el hecho de que este pasaje conocido en las tradiciones hebrea y cristiana como "*la lucha de Jacob con el Ángel de YHVH*" no contenga la voz "*maláj*", "*ángel*", sino sencillamente "*hombre varón*", si bien este vocablo es el que se emplea en varias ocasiones para referirse a los visitantes espirituales enviados por el Dios Altísimo, como es el caso recogido en el capítulo 18 de Génesis, de los

tres varones que visitan a Abraham para darle el anuncio del nacimiento de su hijo Isaac con Sara, su mujer anciana.

La pelea entre Jacob y este desconocido se asemeja a una lucha grecorromana, en la que los contrincantes no se golpean, sino que se abrazan y enredan entre sí tratando de derribarse. Para muchos comentaristas esta pelea combina elementos de hostilidad y compañerismo simultáneamente, como entre amigos y hermanos, en esa rivalidad frecuente entre ellos. Es curioso también el hecho de que la voz "rivalidad" tenga su origen latino en el vocablo "río", y que precisamente esta escena acontezca en la otra orilla del vado de Jacob.

"El encaje del muslo" en que el mensajero divino descoyunta el muslo de Jacob es el hebreo "kaf ierej", y corresponde a la concavidad pelviana que conocemos por "acetábulo", en la que encaja la cabeza del fémur. El hebreo "kaf" es también la "palma de la mano", y en ocasiones se emplea como "mano". Aquí se emplea como "hueco", "concavidad", "oquedad", es decir, "lugar del encaje de una articulación".

Lo más sorprendente de este pasaje es la petición de bendición que Jacob requiere del mensajero divino, con quien ha peleado y sufrido una herida perenne.

¿Quién es este varón para Jacob? ¿Es una manifestación de Dios? ¿Es lo que nosotros denominamos una "teofanía"? ¿Un ángel? ¿Su hermano? La identidad "hombre-ángel" ha sido y continúa siendo objeto de diversas interpretaciones. Para unos se trata de un espíritu del río, un ángel guardián de su hermano, el propio Esaú, e incluso una lucha consigo mismo. Lo que queda claro es que este personaje intenta por todos los medios evitar (¿convencer?) a Jacob para que no regrese a Canaán.

El encuentro con el mensajero al cruzar el vado del río es parte inseparable del reencuentro con su hermano. El mensajero divino hace los papeles de presencia de Dios, del hermano separado y de la propia conciencia de Jacob. Se trata de una visión profética dramatizada. La recepción de un nombre nuevo es la confirmación del destino de Jacob.

La bendición del Ángel de YHVH contiene un cambio de nombre. Jacob será a partir de ese momento también "Israel". Los estudiosos continúan discutiendo acerca del sentido etimológico del nombre "Israel". De tantas interpretaciones como han llegado hasta nosotros en el curso de los siglos, tanto de los sabios antiguos hebreos como de la patrística cristiana, nos quedamos con dos que nos parecen de gran interés y que concuerdan con todo el testimonio bíblico. La primera es la que hallamos en las propias Escrituras, concretamente en el texto de Oseas 12:4-6:

"Venció al ángel, y prevaleció; lloró, y le rogó; en Bet-el le halló, y allí habló con nosotros. Mas YHVH es Dios de los ejércitos; YHVH es su nombre. Tú, pues, vuélvete a tu Dios; guarda misericordia y juicio, y en tu Dios confía siempre."

Y la segunda es la que nos llega de Filón de Alejandría (c. 13 a.C. – c. 50 d.C.), quien entendía la voz "Israel" como la contracción de "Ish Raa El", es decir, "El hombre que ha visto a Dios", y lo hizo siguiendo la frase que hallamos en Génesis 32:30:

"Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel ('El Rostro de Dios'); porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma."

Como dato curioso, la primera mención de Israel fuera de las Sagradas Escrituras se halla en la estela del faraón Merneptah, datada en el siglo XIII a.C.

Ahora podemos aproximarnos con más luz a la escena de Jacob derramando aceite sobre la roca:

Génesis 28:15-19: “He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fuere, y volveré a traerte a esta tierra, porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente YHVH está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el (‘Casa de Dios’), aunque Luz (‘Almendra’) era el nombre de la ciudad primero.”

Después el Señor volvió a hablar a Jacob en el mismo lugar, y Jacob de nuevo vertió aceite sobre la peña:

Génesis 35:14-15: “Y Jacob erigió una señal en el lugar donde había hablado con YHVH, una señal de piedra, y derramó sobre ella libación, y echó sobre ella aceite. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar donde Dios había hablado con él, Bet-el.”

Más adelante vemos a Moisés respondiendo al llamamiento divino de ungir el Tabernáculo de Reunión con aceite preparado para tal uso, así como su mobiliario, utensilios y todo su contenido, mezclando el aceite de las olivas con mirra, canela aromática, cáalamo aromático y casia:

Éxodo 30:25-30: “Y hará de ello el aceite de la santa unción; superior unguento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa. Con él ungirá el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios, y la fuente y su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos y los consagrarás para que sean mis sacerdotes. Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Este será mi aceite de la santa unción por vuestras generaciones.”

En el libro de Levítico 8:10-11 hallamos a Moisés poniendo en práctica todas las instrucciones dadas por YHVH al respecto de la unción:

“Y tomó Moisés el aceite de la unción y ungió el tabernáculo y todas las cosas que estaban en él, y las santificó. Y roció de él sobre el altar siete veces, y ungió el altar y todos sus utensilios y la fuente y su base, para santificarlos.”

A lo largo y ancho de las Sagradas Escrituras hebreas vemos que la unción con aceite de los objetos y personas significa la separación para Dios nuestro Señor y la autoridad derivada de su función. Recapitulando, Primeramente, hallamos la unción de la cabeza o del cuerpo como rito social:

Mateo 6:17: “Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.”

En segundo lugar, se habla del aceite como elemento para la iluminación del hogar:

Mateo 25:1: “Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo.”

Y en tercer lugar como producto alimenticio y como ingrediente en la confección del pan:

1º Reyes 17:12: “No tengo pan cocido; solamente un puñado de harina tengo en la tinaja, y un poco de aceite en una vasija.”

A cada uno de estos usos le corresponde una equivalencia en el orden espiritual. Respecto al uso en la unción social, el Señor nos muestra su sentido de investidura de autoridad y de poder:

Éxodo 29:1, 7: “Esto es lo que harás para consagrarlos (a Aarón y a sus hijos como sacerdotes), para que sean mis sacerdotes... Tomarás el aceite de la unción, y lo derramarás sobre su cabeza, y le ungirás.”

Respecto a la iluminación, el Señor nos muestra el sentido del aceite para ser testigo de la vida y de la verdad divina:

Juan 8:12: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

Y respecto al sentido comestible del aceite, se nos revela en la comunión divina:

2ª Corintios 3:18: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor.”

En Mateo 3:16-17 se nos relata que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo fue bautizado con el Espíritu Santo cuando salió de las aguas del bautismo, y la voz del Padre Eterno se hizo escuchar desde los cielos confirmando la unción de Jesús de Nazaret, y de ese modo confirmando su naturaleza y carácter mesiánicos:

“Y Jesús, después que fue bautizado, subió luego del agua y he aquí los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que descendía como paloma, y venía sobre él. Y hubo una voz de los cielos que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia.”

Y en el Evangelio según Lucas 4:18, el propio Señor Jesús afirma haber sido ungido con el Espíritu Santo para iniciar la predicación pública del Evangelio Eterno:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.”

En la Carta a los Hebreos 1:9, se describe la unción con aceite como “*óleo de gozo*”:

“Has amado la justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros.”

Esta descripción de la comisión sacerdotal conferida por el Padre Eterno a nuestro Señor Jesucristo, Sumo Sacerdote del Orden de Melquisedec, es la forma análoga a la unción sacerdotal derramada sobre Aarón en el Pacto Antiguo, figura y sombra temporal del sacerdocio eterno del Verbo Encarnado en la persona de Jesús de Nazaret.

En ambos casos se trata de una unción de autoridad y poder para realizar la obra sacerdotal, es decir, las funciones medianeras como intercesores, así como para interpretar la voluntad perfecta de Dios para su pueblo.

Es, pues, la unción visible con aceite figura de la impregnación invisible del Santo Espíritu de Dios en el corazón y la mente de todo creyente fiel.

Ahora conviene que reparemos en la realidad de dos clases de aceite para la unción, en función del propósito al que se destine. Así vemos que el aceite

empleado en la unción sobre la cabeza de Aarón era un ungüento formado por cuatro especias añadidas al aceite de las olivas.

En Éxodo 30:23-24 se nos dice que al aceite había de añadirse *mirra, canela aromática, cálamo aromático y casia*.

El uso de este ungüento quedaba restringido para la unción del tabernáculo de reunión, su mobiliario, el arca del testimonio, el candelero, los altares, la fuente, todos sus utensilios, el Sumo Sacerdote y sus hijos:

Éxodo 30:26-30: "Con él ungirás el tabernáculo de reunión, el arca del testimonio, la mesa con todos sus utensilios, el candelero con todos sus utensilios, el altar del incienso, el altar del holocausto con todos sus utensilios y la fuente y su base. Así los consagrarás, y serán cosas santísimas; todo lo que tocare en ellos, será santificado. Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los consagrarás para que sean mis sacerdotes."

Por el contrario, el aceite empleado para la unción de los reyes había de ser puro de oliva:

1º Samuel 10:1: "Tomando entonces Samuel una redoma de aceite, la derramó sobre la cabeza de Saúl, y lo besó, y le dijo: ¿No te ha ungido YHVH por príncipe sobre su pueblo Israel?"

Aquí conviene que observemos que la palabra profética por medio de Samuel no denomina a Saúl "*Mélej*", "*Rey*", ni tampoco "*Nasi*", que sería príncipe como hijo del rey, sino "*Naguíd*", voz que significa "*príncipe*" en el sentido primigenio del vocablo, es decir, como "*principal*", "*capitán*", "*jefe*". Y de esto se desprende la clara advertencia de parte de YHVH a Saúl para que jamás olvide que él no sería "*Señor*" plenipotenciario sobre Israel, sino un mayordomo, un administrador, a quien le era encargado el cuidado del pueblo de Dios, y de cuya labor habría de rendir cuentas al Señor, como todos nosotros habremos de hacerlo respecto a nuestra mayordomía de la vida y de los talentos recibidos del Eterno, por cuanto sólo YHVH es Rey de su pueblo, hoy y siempre.

Como todos sabemos, el final de los días de Saúl representan la definitiva demostración de que tristemente no siguió los pasos que Dios le encargó que diera, sino que se dejó desviar y caer por los deslizaderos de la corrupción de los monarcas y déspotas de todos los tiempos, dentro y fuera de las Sagradas Escrituras.

No se dice en la Biblia que todas las unciones fueran según la perfecta voluntad divina, sino que algunas fueron acometidas por iniciativa humana, por voluntad de intereses personalistas vergonzosos, o por la crasa estratagema de los hombres. Esta fue y sigue siendo una tendencia a la desobediencia y la rebelión que brota de la vieja naturaleza carnal que es común a toda la humanidad caída. Sin embargo, el estudio cuidadoso de las Sagradas Escrituras nos muestra que algunas unciones fueron efectivamente actos de la voluntad divina.

También se empleaba la unción con aceite puro de la oliva para la unción sacerdotal para la purificación de los leprosos:

Levítico 14:17: "Y de lo que quedare del aceite que tiene en su mano pondrá el sacerdote sobre el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica, sobre el pulgar de su mano derecha y sobre el pulgar de su pie derecho, encima de la sangre del sacrificio por su culpa. Y lo que quedare del aceite que tiene en su mano, lo pondrá sobre la cabeza del que se purifica; y hará el sacerdote expiación por él delante del Señor."

Como podemos apreciar, esta unción para la purificación de los leprosos es similar a la unción por los enfermos, como se nos describe en la práctica de la iglesia naciente, en la Epístola Universal de Santiago Apóstol, y en ambos casos claramente tipifica la presencia sanadora del Santo Espíritu de Dios nuestro Señor:

Santiago 5:14-16: "¿Está alguno enfermo entre vosotros? Llame a los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si hubiere cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo puede mucho."

Igualmente podemos ver que se empleaban dos tipos de aceite en el Tabernáculo de Israel, como se desprende de lo que se nos dice respecto del candelero de oro. Se ponía aceite puro de las olivas, sin aditivos, en los depósitos del candelero, de la *menorá*, para iluminar el Lugar Santo:

Éxodo 27:20: "Y mandarás a los hijos de Israel que traigan aceite puro de olivas machacadas, para el alumbrado, para hacer arder continuamente las lámparas."

Sin embargo, el candelero propiamente dicho, la *menorá*, había de ser ungido con el mismo ungüento empleado en la unción sacerdotal de Aarón:

Levítico 8:12: "Y derramó el aceite de la unción sobre la cabeza de Aarón, y lo ungió para santificarlo."

Éxodo 30:25, 27: "El aceite de la santa unción; superior ungüento, según el arte del perfumador, será el aceite de la unción santa... Con él unguirás el candelero con todos sus utensilios."

Parte de la descripción que Juan nos da en el libro de Apocalipsis de la visión de nuestro bendito Señor que le fue revelada en la isla de Patmos, donde Juan había sido deportado por la policía del emperador Domiciano (51-96 d.C.) por predicar a Jesucristo, por cuanto todo estado imperialista siempre se ve amenazado cuando se proclama el Evangelio Eterno -no así cuando se trata de una religión pseudo-cristiana amañada y ajustada a los intereses de la oligarquía y sus instituciones- nos muestra el candelero como figura de Jesucristo y de su Iglesia:

Apocalipsis 1:12, 16, 20: "Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro... Tenía a su diestra siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza... El misterio de las siete estrellas que has visto a mi diestra, y de los siete candeleros de oro: Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto, son las siete iglesias."

Juan 8:12: "Otra vez Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida."

Por la unción del Santo Espíritu de Dios, los discípulos de Jesucristo somos llamados y capacitados para participar de la luz que nuestro Señor es:

Mateo 5:14: "Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder."

Comoquiera que la luz natural no penetraba en el Tabernáculo de Reunión, la luz del candelero era precisa para alumbrar sobre la mesa de los panes de la proposición, de los cuales solamente los sacerdotes podían comer. Por eso es que la expresión hebrea original para los "*panes de la proposición*" es "*léjem panim*", cuyo sentido literal es "*panes de la presencia*". Esto nos enseña que hoy igualmente

precisamos de la iluminación del Santo Espíritu de Dios nuestro Señor para que podamos asimilar las verdades divinas que tiene para nosotros.

En el Evangelio de Juan 16:13-15 dice nuestro Señor Jesucristo:

“Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber todas las cosas que habrán de venir. Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.”

Ambos, tanto el aceite para la unción como el aceite para la iluminación, tipifican la obra del Espíritu Santo. Por eso es que, como hemos visto, la unción del Tabernáculo de Reunión y de todo el mobiliario y sus utensilios, denota su consagración para el servicio santificado, mientras que la unción del siervo de Dios tipificada en la unción de Aarón, señala hacia la unción de poder para santidad que nuestro Señor tiene para sus siervos y siervas.

Esto derrama mucha luz sobre las palabras de nuestro bendito Señor Jesucristo, resucitado y presto para su ascensión a la gloria del Padre, que hallamos en el libro de los Hechos de los Apóstoles 1:4-5, 8-9:

“Y estando juntos, Jesús les mandó que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días... Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra. Y habiendo dicho estas cosas, viéndolo ellos, Jesús fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos.”

El aceite para la iluminación representa la naturaleza divina en el creyente fiel, quien ha nacido de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, es decir, del Espíritu Santo; quien habiendo sido redimido por la preciosa sangre de Jesucristo, ahora pertenece a la familia de Dios por adopción divina.

Esta nueva naturaleza de quien ha experimentado el nuevo nacimiento de la regeneración, se revela en un cambio de carácter, una vida nueva y transformada. Los Mandamientos Divinos, que nos parecían cargas pesadísimas, o bien los ignorábamos y despreciábamos, ahora, bajo la gracia divina, nuestros corazones regenerados anhelan andar por ellos, sabiendo que se trata de espléndidos regalos de Dios para sus hijos e hijas.

Esa transformación de carácter y comportamiento es el signo inequívoco de que efectivamente se ha producido un encuentro con Jesucristo el Señor; la señal certera de que se ha producido el encuentro y le hemos entregado nuestro corazón al que primeramente entregó el suyo por nosotros.

Es de importancia suma que comprendamos que Jesucristo no es el portador de la luz, como es el caso de Luzbel, el querubín protector que por su desobediencia llegó a ser el enemigo del Señor y de los hombres, Satanás, -¡Dios le reprenda!- sino que nuestro Señor Jesucristo *es la Luz*. Consideremos sus claras palabras al respecto:

Juan 3:19: “Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas.”

Juan 8:12: “Otra vez les habló Jesús, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.”

Juan 9:5: "Entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo."

Juan 12:35: "Entonces Jesús les dijo: Aún por un poco está la luz entre vosotros; andad entre tanto que tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas; porque el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va."

Juan 12:46: "Yo, la luz, he venido al mundo, para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas."

Jesucristo es la Luz, por cuanto Él es Dios manifestado en carne, y la Sagrada Escritura afirma en 1ª Juan 1:5 que "*Dios es Luz*".

La importancia de la Luz, y su relación simbólica con el aceite, se desprende claramente de la parábola de nuestro Señor Jesucristo sobre las diez doncellas que esperan al esposo, en la que las insensatas no hicieron provisión de aceite, y por lo tanto quedaron excluidas de la fiesta de bodas, porque mientras se fueron lejos en busca de algún lugar donde comprar aceite por haber esperado al último momento, llegó el esposo y dio comienzo la celebración nupcial.

El veredicto del esposo en la parábola para las insensatas que no estuvieron apercebidas a tiempo, fue "*de cierto os digo, que no os conozco.*" (Mateo 25:12).

También fue el aceite un ingrediente importante en las ofrendas durante el Antiguo Pacto:

Levítico 2:1: "Cuando alguna persona ofreciere oblación a YHVH, su ofrenda será flor de harina, sobre la cual echará aceite, y pondrá sobre ella incienso."

La *flor de harina*, el *aceite* y el *incienso* no pueden ser imágenes más claras de nuestro Señor Jesucristo.

Parte de la torta se destinaba a ser ofrenda como alimento para el nutrimento de los sacerdotes:

Levítico 2:3: "Y lo que resta de la ofrenda será de Aarón y de sus hijos; es cosa santísima de las ofrendas que se queman para el Señor."

Juan 6:47-51: "De cierto, de cierto os digo: El que cree en mí, tiene vida eterna. Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo."

La participación de la vida de Jesucristo, que nuestro Señor llama "*comer su carne y beber su sangre*", es absolutamente imprescindible para gozar de la vida eterna:

Juan 6:53-54: "Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero."

¿Cómo podemos participar del Pan Vivo que descendió del Cielo? Solamente mediante la obra de la bendita Persona del Espíritu Santo. Su voz convincente es quien nos conduce a los pies de Jesucristo, dándonos la vuelta de nuestra vana manera de vivir, facilitándonos el arrepentimiento y la fe en el Unigénito Hijo de Dios, y sumergiéndonos dentro del Cuerpo de Jesucristo en esta tierra, que es su Iglesia-Remanente, constituida por todos los redimidos de todos los tiempos:

1ª Corintios 12:13: "Porque por un solo Espíritu (Santo) fuimos todos bautizados (sumergidos) en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres."

De ahí se desprende que para que nuestra oración sea eficaz precisamos igualmente de la participación del Santo Espíritu de Dios:

Efesios 6:18: "Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu (Santo) y velando en ello con toda perseverancia y súplica."

Romanos 8:26-27: "Y de igual manera el Espíritu (Santo) nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu (Santo) mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu (Santo), porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos."

Para caminar por la senda de Jesucristo, en medio del laberinto de ideologías y religiones, precisamos la unción y dirección del Espíritu Santo:

Gálatas 5:16-17: "Digo, pues: Andad en el Espíritu (Santo), y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu (Santo); y el del Espíritu (Santo) es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis."

Por eso es que el Apóstol Pablo les dice a los fieles de Corinto que además de haber sido bautizados por un solo Espíritu (Santo) en un cuerpo, el Señor quiere llenarlos y llenarnos, bautizarnos y saturarnos con su Espíritu Santo hasta rebosar:

1ª Corintios 12:13: "Y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu (Santo)."

Los sabios antiguos de Israel dijeron que la voz “HaShemen”, “el aceite”, si se cambia el orden de las letras en la palabra, se obtiene el vocablo “neshamá”, que es “el alma”.

Si seguimos arreglando la disposición de las letras que forman esta palabra, obtenemos el término “shmoná”, es decir, el numeral “ocho”. Y durante ocho días ardió la pequeña porción de aceite puro, sin contaminar, que fue hallada en el muro del Templo de Jerusalem, para poder volver a consagrarlo al culto divino.

“Lámpara de YHVH es el espíritu del hombre, la cual escudriña lo más profundo del corazón.” (Proverbios 20:27).

LA MÍSTICA DE LA “MENORÁ”.

El candelero o candelabro que Dios mostró a Moisés en el monte, ordenándole que hiciera uno semejante para su instalación en el Tabernáculo, ha venido siendo el emblema de Israel por excelencia:

Éxodo 25:31-40: “Harás además un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo. Y saldrán seis brazos de sus lados; tres brazos del candelero a un lado, y tres brazos al otro lado. Tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, una manzana y una flor; y tres copas en forma de flor de almendro en otro brazo, una manzana y una flor; así en los seis brazos que salen del candelero; y en la caña central del candelero cuatro copas en forma de flor de almendro, sus manzanas y sus flores. Habrá una manzana debajo de dos brazos del mismo, otra manzana debajo de otros dos brazos del mismo, y otra manzana debajo de los otros dos brazos del mismo, así para los seis brazos que salen del candelero. Sus manzanas y sus brazos serán de una pieza, todo ello una pieza labrada a martillo, de oro puro. Y le harás siete lamparillas, las cuales encenderás para que alumbren hacia delante. También sus despabiladeras y sus platillos, de oro puro. De un talento (aproximadamente 34 kilogramos) de oro fino lo harás, con todos estos utensilios. Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.”

La hermosa simetría del candelero evoca la belleza del Dios Altísimo. Y, cuando después de una diáspora de diecinueve siglos, Israel recuperó su *status* de estado independiente, el pueblo escogió el símbolo de la *menorá* como emblema nacional.

Ahora bien, cuando consideramos detenidamente las minuciosas instrucciones dadas por el Señor para la construcción del candelero, resulta evidente que se trata de algo que va más allá de lo meramente decorativo. De ahí que para los sabios antiguos de Israel, se trata de un símbolo del propio Dios, y por ello lo denominaron “*Ner Elohim*”, es decir, “*Lámpara de Dios*”.

2º Samuel 22:26-29: “Con el misericordioso te mostrarás misericordioso, y recto para con el hombre íntegro. Limpio te mostrarás para con el limpio, y rígido serás para con el perverso. Porque tú salvas al pueblo afligido, mas tus ojos están sobre los altivos para abatirlos. Tú eres mi lámpara, Oh YHVH; mi Dios alumbrará mis tinieblas.”

Y el Salmista canta esta declaración de Dios en el Salmos 104:2:

“El que se cubre de luz como de vestidura, que extiende los cielos como una cortina.”

También David hace esa descripción del Dios Altísimo en el Salmos 19:8:

“Los mandamientos de YHVH son rectos, que alegran el corazón.” (Literalmente, el hebreo dice “que dan luz a los ojos”).

Y añade en el Salmos 119:105: “Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.”

Así es como la Palabra de Dios, el Verbo Eterno, actúa como lámpara que ilumina el camino del hombre que busca andar por los Mandamientos Divinos; como lámpara a los pies del caminante y como lumbrera que ilumina la vida humana, haciendo desaparecer toda oscuridad y confusión, temor, superstición, ignorancia e idolatría. Esa es la Luz Profética, sin la cual sólo hay perdición y destrucción:

Proverbios 29:18: "Sin profecía el pueblo se desenfrena; mas el que guarda la ley es bienaventurado."

El Proverbista añade estas palabras en el libro de Proverbios 6:23:

"Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz, y camino de vida las reprobaciones que te instruyen."

Esa es sin duda la Luz a la que se refiere el Apóstol Pedro cuando escribe su Segunda Epístola Universal:

2ª Pedro 1:19: "Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual estáis bien en estar atentos como a una antorcha que ilumina en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones."

A diferencia de los ídolos variopintos del paganismo, tanto el ancestral como el moderno, el Salmista presenta al Dios Eterno y Creador del Universo envuelto en Luz inaccesible. De ahí que no pueda hacerse imagen de la Divinidad, del mismo modo que no es posible esculpir la luz.

La luz en las Sagradas Escrituras siempre se asocia al conocimiento y a la sabiduría. De ahí que la *menorá* se vincule siempre al estudio, a la comprensión y a la razón. Por eso es que Dios ordena que el candelero se construya de una sola pieza, y no de elementos sueltos para ser después ensamblados, con lo que se muestra que la verdad procede de una sola fuente.

Además, al mostrar la sabiduría en forma de luz que alcanza a cada rincón, simboliza que el conocimiento de Dios no va dirigido solamente a una élite de iniciados, sino que se abre a todos los hombres, por cuanto no depende de las distintas capacidades humanas para recibir la luz, sino que antes bien es la luz la que capacita a todos los hombres para acoger la instrucción divina.

También puede apreciarse la similitud entre la *menorá* y la figura de un árbol, no por el capricho de un artista, sino como respuesta al diseño divino. De ahí que los sabios antiguos de Israel afirmaran que la *menorá* representaba originalmente al "*árbol de la vida*".

Proverbios 3:18: "Ella (la sabiduría) es árbol de vida a los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen."

Por eso se nos dice claramente en el libro de Apocalipsis quiénes son los que tienen derecho a acceder al "*árbol de la vida*":

Apocalipsis 22:14: "Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad (la Jerusalem Celestial)."

También es de sumo interés la vinculación entre las figuras del árbol y el fuego en el llamamiento de Moisés en la zarza ardiente que no se consumía, y que hallamos en el libro del Éxodo 3:2:

"Y se le apreció el Ángel de YHVH en una llama de fuego en medio de una zarza; y él miró, y vio que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía."

Para muchos de los comentaristas de la antigüedad pudiera haber sido esta la primera manifestación del rico simbolismo de la *menorá* al profeta que llevaría la Luz de Dios, es decir la libertad y el Decálogo, a los hijos de Israel, y en Jesucristo a toda la humanidad.

En el texto de las bendiciones de Moisés a las doce tribus de Israel, al llegar a la bendición dada a José, leemos las siguientes palabras:

Deuteronomio 33:16: "Y con las mejores dádivas de la tierra y su plenitud; y la gracia del que habitó en la zarza venga sobre la cabeza de José, y sobre la frente de aquel que es príncipe entre sus hermanos."

La expresión "*la gracia del que habitó en la zarza*" es una clara referencia a la teofanía que Moisés había contemplado en su llamamiento, cuando la voz del Señor salió del fuego del arbusto desde donde le fue manifiesta la luz de la Santa Palabra de Dios.

La semejanza de la *menorá* con el "*árbol de la vida*" se manifiesta también en las palabras de patriarca Job al presentar la esperanza mesiánica y la resurrección en uno de los más antiguos pasajes de las Sagradas Escrituras, alejado del mito griego de la inmortalidad del alma que tristemente penetró en la Iglesia desde muy temprana edad:

Job 14:7-12, 14-15: "Porque si el árbol fuere cortado, aún queda de él esperanza; retoñará aún, y sus renuevos no faltará. Si se envejeciere en la tierra su raíz, y su tronco fuere muerto en el polvo, al percibir el agua reverdecerá, y hará copa como planta nueva. Mas el hombre morirá, y será cortado; perecerá el hombre, ¿y dónde estará él? Como las aguas se van del mar, y el río se agota y se seca, así el hombre yace y no vuelve a levantarse; hasta que no haya cielo, no despertarán, ni se levantarán de su sueño... Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré, hasta que venga mi liberación. Entonces llamarás, y yo te responderé; tendrás afecto a la hechura de tus manos."

Job 19:25-27: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de deshecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo. Y mis ojos lo verán, y no otro, aunque mi corazón desfallece dentro de mí."

Eclesiastés 9:5-6,10: "Porque los que viven saben que han de morir; pero los muertos nada saben, ni tienen más paga, porque su memoria es puesta en olvido. También su amor y su odio y su envidia fenecieron ya; y nunca más tendrán parte en todo lo que se hace debajo del sol... Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas; porque en el Seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría."

Y nuestro Señor y Salvador Jesucristo compara la muerte del hombre con el dormir del sueño:

Juan 5:28-29: "Nos os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz (del Hijo de Dios e Hijo del Hombre); y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación."

Juan 11:11-13: "Dicho esto, les dijo después: Nuestro amigo Lázaro duerme; mas voy para despertarle. Y dijeron entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Pero Jesús decía esto de la muerte de Lázaro; y ellos pensaron que hablaba del reposar del sueño. Entonces Jesús les dijo claramente: Lázaro ha muerto."

Para los sabios antiguos de Israel, la *menorá* también representó la Luz a las naciones a que Dios llamó a su pueblo a ser, como se desprende del texto del profeta Isaías:

Isaías 42:6: “Yo YHVH te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz de las naciones.”

Isaías 49:6: “Poco es para mí (dice YHVH) que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación (hebreo: ‘Yeshúa’, ‘Jesús’) hasta lo postrero de la tierra.”

También vieron los sabios antiguos en la *menorá* el símbolo de la radiación de la Luz Divina extendiéndose del testigo central para iluminar las ramas o brazos del candelero, representantes de todos los pueblos de la tierra, y así comprendieron muchos que Israel no era un fin en sí mismo, sino el siervo que prende la Luz en los corazones de los gentiles.

Aquí es donde, frente a tantos teólogos que han optado por seguir el camino errado de creer que Dios ha rechazado a su pueblo Israel, substituyéndolo y reemplazándolo por la Iglesia, nosotros decididamente optamos por creer que nuestro Señor Jesucristo, el judío Yeshúa, ha continuado y llevado a efecto la obra encomendada por Dios a Israel de ser Luz a las naciones, labor que continúa hasta el día de hoy por medio de la Persona del Santo Espíritu del Padre y del Hijo.

Además, tenemos la palabra apostólica que nos asegura que “no ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció... Digo, pues, ¿han tropezado los de Israel para que cayesen? En ninguna manera; pero por su transgresión vino la salvación a los gentiles, para provocarles a celos. Y si su transgresión es la riqueza del mundo, y su defección la riqueza de los gentiles, ¿cuánto más su plena restauración?” (Romanos 11:2, 11-12).

Cuando nuestro bendito Salvador ordenó a sus primeros discípulos, diciéndoles “vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:14-16), por mucho que nos cueste aceptarlo, Jesús no estaba diciéndoles absolutamente nada nuevo, sino recordándoles el sentido y propósito del pueblo hebreo, la vocación de Israel, para con todos los demás pueblos de la tierra.

Jesús estaba comisionándoles para llevar a cabo el ministerio encomendado a Israel. El propio Jesús se había presentado ante ellos afirmando “*Yo soy la Luz del mundo*” (Juan 8:12), y “*entre tanto que estoy en el mundo, luz soy del mundo*” (Juan 9:5), tal y como había sido profetizado por Simeón en el día en que José y María habían entrado en el Templo de Jerusalem para la presentación de Jesús niño:

Lucas 2:27-32: “Y movido por el Espíritu (Santo), Simeón vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él lo tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra: Porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos: Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel.”

La palabra apostólica de Pablo escribiendo a los cristianos de Filipos nos hace recordar el sentido profundo del candelero, haciéndonos ver que nuestras vidas han

de ser en este mundo como pequeños candeleros personales para alumbrar en medio de un mundo de oscuridad a causa del pecado:

Filipenses 2:15: "Para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminarias en el mundo."

Hemos de reconocer que, infortunadamente, tanto en la historia como en la vida personal de los cristianos, muchas veces nuestra existencia no se ha caracterizado por la luz, sino que nuestras lámparas han estado apagadas o a punto de que se extinguiera su fuego. A veces por no haber espabilado sus mechas, permitiendo que se acumulara la carbonilla y la llama no ardiera adecuadamente; a veces por haber buscado luces extrañas, ajenas a la voluntad divina; y en ocasiones por haber desatendido el cuidado de nuestro candelero, olvidando que su luz ha de ser perenne, marcando el paso del día a la noche y su vuelta al amanecer.

La gracia barata que conduce al libertinaje ha causado que muchas vidas sean hoy candeleros a punto de apagarse, o bien luminarias escondidos bajo el almud, donde la falta de aire también procurará su extinción.

Sin embargo, la bondad y la misericordia divina nos aseguran que si estamos dispuestos a ponernos en la corriente del Santo Espíritu de Dios, su hálito hará que nuestra llama vuelva a arder e iluminar nuestros pasos y nuestro camino. Entonces será cuando otros caminantes, compañeros del viaje de la vida, querrán unirse a nosotros para realizar la caminata juntos y unánimes, dirigidos por la Luz Eterna del Mesías Sufriente que vino, el que también vendrá como Mesías Triunfante en el Gran Día de Dios.

Isaías 42:3-4: "No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley."

Dijeron los sabios antiguos de Israel que la Santa Ley de Dios es como unguento agradable para el cuerpo y para la cabeza, delicioso para todo nuestro ser. Y por cada gota del aceite de la unción divina que entra en nuestro corazón, salen varias gotas de frivolidad, de necesidad y pecado.

LA UNCIÓN CON ACEITE Y EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO.

La unción con aceite se asocia en las Sagradas Escrituras con el derramamiento del Santo Espíritu de Dios.

1º Samuel 16:13: "Y Samuel tomó el cuerno del aceite, y lo ungió (a David) en medio de sus hermanos; y desde aquel día en adelante el Espíritu de YHVH vino sobre David."

Isaías 61:1: "El Espíritu de YHVH el Señor está sobre mí, porque me ungió YHVH; me ha enviado a predicar buenas nuevas ('Evangelio') a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de YHVH."

Veamos esta relación entre la unción con el aceite, como figura del Santo Espíritu de Dios, en el testimonio de la Iglesia naciente:

Hechos 10:38: "Como Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y como éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él."

Nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo nos ha prometido esa unción a todos cuantos le entregan su corazón con arrepentimiento, recibéndole como único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente.

Cuando un corazón ha sido regenerado por la sangre de Cristo Jesús, mediante el arrepentimiento y la fe que el Espíritu Santo obra en las vidas de los hombres, y está dispuesto a ser bautizado con la unción del Espíritu Santo, a ser llenado hasta rebosar, nuestro Señor obra conforme a la promesa divina. Escuchemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo resucitado en el Evangelio de Lucas:

Lucas 24:49: "Entonces Jesús les abrió el entendimiento para que comprendieses las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalem. Y vosotros sois testigos de estas cosas. He aquí, yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros; pero quedaos vosotros en la ciudad de Jerusalem, hasta que seáis investidos de poder desde lo alto."

De entre todas las gloriosas promesas de nuestro Señor para los fieles, ésta es destacada como *"la Promesa del Padre"*. Y en los Hechos de los Apóstoles, en el día de la Ascensión de nuestro Señor, estas fueron las palabras de nuestro Señor Jesucristo al respecto del bautismo con el Espíritu Santo de la promesa:

Hechos 1:4-5: "Y estando juntos, les mandó que no se fueran de Jerusalem, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí. Porque Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días."

De ahí la profecía del Apóstol Pedro en aquel Día de Pentecostés, después de la Pascua de nuestro Señor y su ascensión gloriosa a la diestra del Padre, para recibir la gloria que tuvo con Él antes de la encarnación:

Hechos 2:39: "Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare."

Si Dios te ha llamado a nacer de nuevo en Jesucristo, para ti es también la promesa del Padre.

Yo te invito en este día y hora, querido lector, a arrepentirte de tu vida vana y a entregar tu corazón a Jesucristo, quien primeramente entregó su corazón por ti...

A volver a la comunión con Cristo Jesús y la comunidad cristiana, si es que te has alejado de nuestro Señor y de su pueblo...

Y a abrir tu corazón al Santo Espíritu, al Consolador Eterno, la promesa del Padre, y experimentar la llenura del bendito Paráclito hasta rebosar.

La santa unción, el óleo de los Cielos, es para quien rinde su vida al Señor Jesucristo, el Unigénito del Padre, Uno con Él, en la Unidad perfecta del Espíritu Santo.

Probablemente no haya ningún otro texto en el Nuevo Testamento que retrate con mayor exactitud la maduración del cristiano que las palabras del Apóstol Pablo a los discípulos de las comunidades de Corinto:

2ª Corintios 3:18: "Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la imagen misma, como por el Espíritu del Señor."

Sin el ingrediente fundamental del aceite en la ofrenda del sacerdocio levítico, jamás hubieran saboreado el pan consagrado. Del mismo modo, conforme a esta figura y sombra de los bienes venideros, sin la presencia del Santo Espíritu de Dios nuestro Señor, jamás habiéramos podido discernir la realidad de nuestro pecado, la necesidad de nuestro arrepentimiento genuino, ni habiéramos sido conducidos por el camino de la fe a los pies de Jesucristo nuestro Redentor, Salvador y Señor.

Nuestro amado Salvador Jesucristo terminó su labor por nosotros en esta tierra exclamando "*¡Consumado es!*", pero su Santo Espíritu, el Espíritu del Padre y del Hijo, a quien nuestro Señor Jesucristo glorificado ha enviado para no dejarnos huérfanos, no puede exclamar que su labor ha sido consumada, sino que continúa y continuará hasta el Gran Día de Dios, con el Segundo Adviento de Cristo Jesús, intercediendo por todos los redimidos por la sangre del Pacto Eterno.

La obra del Santo Consolador continúa y seguirá obrando hasta la consumación del tiempo de la Gracia, hasta que el Hijo mismo se sujete al Padre Eterno y entregue todas las cosas en sus manos. Hasta entonces seguirá el Santo Espíritu perfeccionándonos en santidad: Primeramente, la perfección de nuestra justificación en y por medio de la bendita Persona de Jesús de Nazaret, el Verbo Encarnado, y en segundo lugar por la obra de santificación que lleva adelante el Santo Espíritu en todos los redimidos por la preciosa sangre de Cristo Jesús derramada para nuestra redención.

Esa gran obra del Espíritu del Señor será, como dijo el pastor bautista Charles Haddon Spurgeon (1834-1892), anticipándose al gran avivamiento Pentecostal que comenzaría muy poco después de su muerte, las siguientes palabras:

“Cuando dentro de unos pocos años –no sé cuándo ni cómo- el Espíritu Santo será derramado en forma muy diferente a como lo es hoy. La hora se aproxima cuando el Espíritu Santo se derramará de una forma tan maravillosa que muchos irán de acá para allá, y aumentará el conocimiento, y este conocimiento del Señor cubrirá la tierra como las aguas cubren la superficie de los abismos.” (“Twelve Sermons on the Holy Spirit”, (“Doce Sermones sobre el Espíritu Santo”), Charles H. Spurgeon, Baker Book House, Grand Rapids, Michigan, USA, 1973).

El poder del Espíritu Santo es nuestro baluarte, y su omnipotencia es nuestra defensa.

Ningún enemigo ni arma forjada por él podrá vender sobre la omnipotencia divina.

Ningún opositor podrá enfrentarse ante la Deidad sin buscarse su propia ruina.

El poder del Espíritu Santo es el que Dios pone a disposición de los discípulos de Jesucristo.

Su fuerza es nuestra fuerza...

Su aceite es nuestro combustible, nuestra medicina y nuestra alegría.

Amén.

Dijeron los sabios antiguos que hemos de ser flexibles como el junco en lugar de ser rígidos como el roble centenario; porque la caña, cuando el viento sopla sobre ella, no se resiste, sino que opta por danzar moviéndose al compás del viento, y cuando éste se calma, el junco permanece en su lugar, como si nada hubiera acontecido.

Sin embargo, el roble no permanece en su lugar cuando el viento recio lo desarraiga y lo tumba. A pesar de su impresionante prestancia, del viejo roble no quedará nada más que leña cuando los hombres vengán a cortarlo en pedazos para aprovechar su madera y quemar sus ramas en el fuego.

PÉSAJ, FIESTA DE LIBERTAD.

Por la triste ruptura con la fe de Israel, la mayoría de los cristianos gentiles estamos acostumbrados a ver equivocadamente muchas de las enseñanzas del Mesías Jesús como elementos de una nueva religión. Nada más alejado de la realidad.

Para empezar, Jesús de Nazaret no puede clasificarse dentro del ámbito de los fundadores de sistemas religiosos, por grandes que sean los esfuerzos y equilibrios malabares que algunos realicen al respecto, sino que el Verbo fue hecho carne como Maestro de espiritualidad, como Revelador del rostro humano de Dios. De ahí que el Verbo, quien es Dios, fuera hecho carne y habitara entre nosotros como uno de nosotros, para dar su vida por nosotros. Olvidar el propósito de la encarnación es un gravísimo error muy extendido en la cristiandad nominal.

Dos de los ejemplos más sencillos que podemos considerar son el bautismo introducido por el gran profeta Juan el Bautista, el cual, visto desde la perspectiva hebrea no es ningún elemento "nuevo", sino uno establecido siglos atrás, por lo que el "bautismo", se realizaba como "mikveh", rito bautismal de purificación, al sur del Templo de Jerusalem, cerca de las puertas de Huldá, y data de los días de Jesús entre nosotros. Y el segundo ejemplo es la celebración de la mesa eucarística, el memorial de acción de gracias, que no es sino parte de la festividad de la Pascua.

Este estanque estuvo cubierto por tierra hasta que fue descubierto y excavado. Esta prueba arqueológica demuestra incuestionablemente que el bautismo no comenzó con la predicación de Juan el Bautista.

El "mikveh" era utilizado para varios lavamientos rituales diferentes, pero ninguno para quitar la inmundicia de la carne, sino para una buena conciencia delante de Dios:

1ª Pedro 3:21: "El bautismo que corresponde a esto ahora nos salva (no quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios) por la resurrección de Jesucristo, quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos ángeles, autoridades y potestades."

El "mikveh" no fue inventado por el hombre, sino por ordenación divina, y había varios "bautismos", como, por ejemplo, para las mujeres al completar su ciclo menstrual. Este "mikveh" podía realizarse en casa, y es el origen de las tinajas para agua empleadas en el rito de la purificación, en las que nuestro Señor Jesucristo convirtió el agua en vino en aquella boda a la que asistió invitado junto a su madre y a los primeros discípulos, donde realizó su primera señal y marcó el comienzo de su ministerio público:

Juan 2:6: "Y estaban allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros."

La voz hebrea "mikveh" hace referencia a la reunión de todas las aguas, y es un término que surge del registro de la Creación del Universo, cuando Dios juntó las aguas:

Génesis 1:9: "Dijo también Dios: Júntense las aguas que están debajo de los cielos en un lugar, y descúbrase lo seco. Y fue así."

Por eso los sabios antiguos de Israel enseñaron que cuando el pueblo de Israel cruzaron el Mar Rojo en el camino de la tierra prometida, aquello fue un "mikveh".

Esta es la razón por la que cuando un gentil quería abrazar la fe de Israel, tenía que someterse al "mikveh" como señal de que estaba cruzando las aguas que separan a la gentilidad de la pertenencia al pueblo de la promesa, de los ídolos mudos al Dios Creador del Universo, de la vida vana a la vida plena en Dios.

Cada converso debía hacer la misma confesión que hiciera Rut: "*Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios*" (Rut 1:16). Por consiguiente, el bautismo neotestamentario tiene su origen en el "mikveh" hebreo.

Del mismo, la última cena pascual de nuestro Señor Jesucristo en esta tierra no es sino la celebración de *Pésaj*, la Pascua, en la que Jesús como Cordero traería la salvación. ¿Acaso puede haber algo en la fe cristiana que no tenga su origen en las raíces hebreas?

1ª Corintios 11:26: "Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga."

1ª Corintios 5:7-8: "Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura, como sois, porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad."

Dijeron los sabios antiguos de Israel que en este mundo todo es pasajero, como la marcha del pueblo a través del desierto hacia la meta del octavo día. Por eso todo en este mundo está en constante cambio, como las siete semanas entre la Pascua y Pentecostés, entre el Éxodo de Egipto y la revelación de Dios.

Recordemos que al cabo de las siete semanas el cereal es segado de la tierra. Es el rostro del séptimo día, en el cual todo fluye, todo pasa, porque es el día en que la persona atraviesa de un mundo a otro, y simultáneamente se cumple en él la unificación.

EL SENTIDO DE LAS FIESTAS DE DIOS PARA ISRAEL.

Aunque en este capítulo vamos a centrarnos en *Pésaj*, la Pascua, Fiesta de Libertad, creemos que es imprescindible tratar primeramente del sentido de las festividades dadas por Dios a su pueblo.

Todas las fiestas solemnes de YHVH fueron establecidas primeramente para Israel, pero también todas ellas poseen un sentido universal, comenzando fundamentalmente con el *Shabbat*, Día de Reposo, el Séptimo Día, que encabeza la relación de las solemnidades en Levítico 23, por cuanto se trata del signo o señal del Pacto de la Creación. De ahí su alcance universal.

Para el Rabí Shaul, latinizado Saulo, y cuyo nombre romano era Paulus, por el que todos le conocemos castellanizado como Pablo, nos dice en Colosenses 2:16-17 que las viandas, las fiestas del Mesías, los días de luna nueva y el *Shabbat* son sombras de lo porvenir:

“Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo.”

Observemos que Pablo no dice “sombra de lo que ya ha venido”, sino “de lo que ha de venir”. Bajo la gracia del Mesías y la dirección de su presencia en nosotros por la bendita Persona del Espíritu Santo, podemos observar que todas las fiestas solemnes de Dios dan testimonio del Mesías Sufriente, que ya vino, y apuntan al Mesías Triunfante que habrá de venir. Es decir, de Jesús de Nazaret, quien ya vino, y quien vendrá como Cristo Glorificado en el Gran Día de Dios, nuestra esperanza bienaventurada y su manifestación gloriosa como Mesías de Israel y Deseado de las naciones.

Ahora bien, por desgracia en la cristiandad gentil se nos ha acostumbrado a contemplar la “sombra” como algo negativo, como si nos privara de ver lo que vendrá, cuando se trata de lo más contrario y opuesto. Por eso es que en las Sagradas Escrituras, cuando la sombra es de parte de Dios, ésta tiene más que ver con el anuncio de lo que vendrá, como cuando el sol alumbró a nuestras espaldas y nuestra sombra toca la tierra detrás de nosotros.

Aquí conviene tener presente que en hebreo hay dos palabras que traducimos al castellano y las demás lenguas occidentales como “fiesta”.

En Levítico 23:2, la voz que se traduce por “fiesta” es “moed”, cuyo sentido es el de “una cita, un ciclo o año, una asamblea, un tiempo señalado, una hora o un tiempo exacto”. Por eso los sabios antiguos de Israel entendieron que mediante estas solemnidades Dios estaba estableciendo una cita con todos cuantos quisieran honrar Su Nombre. La fiesta es, antes que una celebración, un momento de encuentro con el Señor como Dios de la historia.

No es un hecho casual ni fortuito que cuando Jesús llega al mundo, cuando el Verbo, “*Davar de Elohim*”, la Palabra de Dios “*fue hecha carne y habitó entre*

nosotros" (Juan 1:14), se cumpliera el tiempo de Dios, por lo que el acontecimiento sucedió en el momento exacto y preciso, preestablecido por el Dios Eterno desde antes de la constitución del Universo:

Gálatas 4:4: "Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley."

La segunda palabra hebrea para "fiesta" es la que aparece en Levítico 27:7, y es "jag", que se deriva del verbo "jagag", y cuyo significado es "moverse en círculo, desfilar en procesión, conmemorar, danzar y celebrar un acontecimiento con gran solemnidad".

Es evidente que Dios nuestro Señor da las fiestas como ciclos para que sean observadas todos los años con la finalidad de que al cumplir dichos ciclos podamos ver el plan de redención del Eterno para el mundo, el papel de *HaMashiaj*, el Mesías, en esa redención, y al mismo tiempo nuestra relación personal con el Bendito.

Dios nunca dio las fiestas solemnes con la intención de que al guardarlas obtuviéramos méritos para la salvación del juicio venidero sobre los hijos de desobediencia, por cuanto ésta viene por la *emuná*, es decir, por la fidelidad y obediencia al Señor.

¿De qué serviría cumplir todas las festividades si nuestro corazón no estuviera redimido?

¿De qué serviría que fuéramos oidores de la Ley pero no hacedores de ella?

¿De qué serviría alabar a Dios con nuestros labios, si nuestro corazón estuviera alejado de Él?

Es evidente que Dios da las fiestas solemnes para aportar historicidad a nuestra fe, no mediante voluminosos tratados teológicos, que no suelen ser sino mera filosofía humana, que sólo alcanzarían a unos pocos privilegiados y dotados de capacidad para el estudio profundo, sino que dicha historicidad nos es dada a través de celebraciones populares, sencillas y accesibles festividades para todos los hombres y mujeres.

De ese modo todos podemos comprender el plan redentor de nuestro Padre Eterno, nuestra vida puede tomar un nuevo sentido, y vincular la historicidad de la fe a la Creación y la Naturaleza en el seguimiento del ciclo anual.

De acuerdo con *Va-Yikrá* ("Y llamó...") Levítico 23, las fiestas solemnes son las que veremos a continuación. Pero antes vamos a considerar algunos aspectos del calendario hebreo para poderlas ubicar correctamente en nuestro calendario gregoriano.

El calendario hebreo es *solilunar* o *lunisolar*, es decir, que se basa tanto en el ciclo de la Tierra alrededor del Sol, completando un año, como en el de la Luna al rodear a la Tierra, completando un mes. Igualmente conviene que tengamos presente que el día, según Dios, comienza con la caída del Sol, y culmina con la caída del día subsiguiente, tomándose como medida la aparición de las tres primeras estrellas en el firmamento, mientras que en el calendario gregoriano la medida del día es de medianoche a medianoche.

Esta concepción del día que comienza con la tarde y termina con la tarde del día siguiente, es decir, de puesta de sol a puesta de sol, se desprende del relato de la Creación según el libro de Génesis, donde se nos dice repetidamente después de los actos creadores de cada uno de los días de la semana original "y fue la tarde y

la mañana un día", etc., excepto tratándose del *Séptimo Día*, el "*Shabbat*", del cual no se dice que tenga fin:

Génesis 2:1-3: "Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército ('constelaciones') de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación."

El año según el calendario hebreo, inspirado en el babilónico, comprende un ciclo completo de las cuatro estaciones, y a su vez debe contar con el número exacto de meses lunares. Por consiguiente, el año hebreo puede tener doce meses, como el año del calendario gregoriano, denominándolo "*año simple*", o bien trece meses, es decir, "*año bisiesto*" o "*embolismal*", término que hace referencia a añadir un período de tiempo para hacerlo coincidir con otro. Literalmente en hebreo se denomina "*año preñado*".

Acontece este año bisiesto siete veces en el ciclo de diecinueve años. Tiene trece meses en lugar de los doce meses usuales, de tal manera que el año esté alineado con las estaciones solares. Doce meses lunares hacen un total de 354 días, es decir, aproximadamente once días menos que el ciclo solar, que tiene 365,25 días. El mes que se agrega en el año bisiesto se llama "*Adar I*", y se inserta antes del mes de "*Adar II*", que en los años bisiestos se denomina "*Adar II*".

El mes del calendario hebreo se basa en el ciclo completo de la Luna. A nuestra vista se trata de cuatro fases o estadios principales de nuestro satélite: *Luna Nueva*, *Cuarto Creciente*, *Luna Llena* o *Plenilunio*, y *Cuarto Menguante*. Dicho ciclo tiene una duración aproximada de 29 días y medio.

Familiaricémonos con el calendario hebreo antes de acometer la visión de las fiestas dadas por Dios a Israel y registradas en las Sagradas Escrituras:

Año Sagrado: 1 – Mes Hebreo: Abib (Nisán) – Año Civil: 7 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Marzo / Abril – Mes Babilónico: Nisanu.

Estación Agrícola: Lluvias del fin de la Primavera. Comienza la cosecha de la cebada.

1: Luna Nueva; 14: La Pascua; 15: Santa Convocatoria; 16: Semana de los Panes sin Levadura; 21: Santa Convocatoria.

Año Sagrado: 2 – Mes Hebreo: Iyar (Zif) – Año Civil: 8 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Abril / Mayo – Mes Babilónico: Aiaru.

Estación Agrícola: Cosecha de la Cebada: 1: Luna Nueva.

Año Sagrado: 3 – Mes Hebreo: Siván – Año Civil: 9 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Mayo / Junio – Mes Babilónico: Simanu.

Estación Agrícola: Cosecha del Trigo:

1: Luna Nueva; 6-7: Fiesta de las Semanas.

Año Sagrado: 4 – Mes Hebreo: Tamuz – Año Civil: 10 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Junio / Julio – Mes Babilónico: Duzo.

Estación Agrícola: Terminación de la Cosecha del Trigo: 1: Luna Nueva.

Año Sagrado: 5 – Mes Hebreo: Ab - Año Civil: 11 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Julio / Agosto – Mes Babilónico: Abu.

Estación Agrícola: Maduración de los Higos y las Olivas – 1: Luna Nueva.

Año Sagrado: 6 – Mes Hebreo: Elul – Año Civil: 12 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Agosto / Septiembre – Mes Babilónico: Ululu.

Estación Agrícola: La Vendimia – 1: Luna Nueva.

Año Sagrado: 7 – Mes Hebreo: Tishri (Etanim) – Año Civil: 1 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Septiembre / Octubre – Mes Babilónico: Tashritu.

Estación Agrícola: Lluvias tardías – Tiempo de arar.

1: Luna Nueva; Día de Año Nuevo; Fiesta de las Trompetas; 10: Día de Expiación; 15-22: Fiesta de los Tabernáculos.

Año Sagrado: 8 – Mes Hebreo: Marsheshvan (Bul) – Año Civil: 2 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Octubre / Noviembre – Mes Babilónico: Arahsammu.

Estación Agrícola: Tiempo de la Siembra de la Cebada y del Trigo - 1: Luna Nueva.

Año Sagrado: 9 – Mes Hebreo: Kislev – Año Civil: 3 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Noviembre / Diciembre – Mes Babilónico: Kislimu. 1: Luna Nueva.

Año Sagrado: 10 – Mes Hebreo: Tebet – Año Civil: 4 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Diciembre / Enero – Mes Babilónico: Tebetu.

Año Sagrado: 11 - Mes Hebreo: Sebat – Año Civil: 5 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Enero / Febrero – Mes Babilónico: Shabatu.

Año Sagrado: 12 – Mes Hebreo: Adar – Año Civil 6 – Equivalencia en el Calendario Gregoriano: Febrero / Marzo – Mes Babilónico: Addaru.

Estación Agrícola: Floración de los Almendros.

Veamos las fiestas de nuestro Señor, comenzando por *"Pésaj"*, la *"Pascua"*:

Levítico 23:4-5: "Estas son las fiestas solemnes de YHVH, las convocaciones santas, a las cuales convocaréis en sus tiempos: en el mes primero, a los catorce del mes, entre las dos tardes, pascua es de YHVH."

"Pésaj", *"La Pascua"*, tiene su tiempo de celebración el día 14 del mes de Nisán (Marzo-Abril), y su aspecto histórico es la Liberación de la esclavitud de Israel en el Egipto faraónico. Su aspecto mesiánico es la muerte del Mesías Sufriente en la cruz romana.

"Jag Matzot", la *"Fiesta de los Panes sin Levadura"*:

Levítico 23:6: "Y a los quince días de este mes es la fiesta solemne de los panes sin levadura a YHVH; siete días comeréis panes sin levadura."

Tiene su tiempo de celebración entre los días 15 al 21 de Nisán (Marzo-Abril). Su aspecto histórico es la conmemoración de la salida de Egipto, y su aspecto mesiánico es la simbología del entierro del Mesías Sufriente.

"Yom Bikurim", "Día de los Primeros Frutos":

Levítico 23:10-11: "Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega. Y el sacerdote mecerá la gavilla delante de YHVH, para que seáis aceptos; el día siguiente del día de reposo la mecerá."

Su celebración es la mañana siguiente del "*Shabbat Jag Ha-Matzot*", es decir, del "*Sábado de la Fiesta de los Panes sin Levadura*". Su aspecto histórico es la conmemoración de la Travesía del Mar Rojo, y su aspecto mesiánico es la simbología de la Resurrección del Mesías Sufriente.

"*Jag Shavuot*", "*Fiesta de las Semanas*", es la celebración que nos ha llegado a la cristiandad como "*Pentecostés*", forma griega de "*Cincuenta Días*":

Levítico 23:15-16: "Y contaréis desde el día que sigue al día de reposo, desde el día en que ofrecisteis la gavilla de la ofrenda mecida; siete semanas cumplidas serán. Hasta el día siguiente del séptimo día de reposo contaréis cincuenta días; entonces ofreceréis el nuevo grano a YHVH:"

Su celebración tiene lugar cincuenta días después de la *Fiesta de los Primeros Frutos*. Su aspecto histórico es la celebración de la entrega del Decálogo en Sinaí. Su aspecto mesiánico es el Derramamiento del Espíritu Santo para grabar la Santa Ley de Dios en nuestros corazones.

"Yom Teruah", denominada también "Rosh Ha-Shaná", "Día de las Trompetas" y "Cabeza del Año", es decir, su comienzo:

Levítico 23:24: "Habla a los hijos de Israel y diles: En el mes séptimo, al primero del mes tendréis día de reposo, una conmemoración al son de trompetas, y una santa convocación."

Su celebración acontece el día 1 del mes de Tishrei (Septiembre-October). Su aspecto histórico destaca el toque del "*Shofar*", el "*cuerno de carnero*", y su aspecto mesiánico es el símbolo de la resurrección de los muertos a la llegada del Mesías Triunfante. Anticipa la era mesiánica, es decir, el comienzo del milenio que hemos de celebrar en las alturas, a donde seremos trasladados por el Mesías Triunfante en su Segundo Adviento, a las moradas en la Casa del Padre, donde Jesucristo ha ido a preparar lugar para nosotros.

"Yom Kipur", "Día del Perdón" o "Día de la Expiación":

Levítico 23:27: "A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas, y ofreceréis ofrenda encendida a YHVH."

Su celebración tiene lugar el día 10 del mes de Tishrei (Septiembre-October). Su aspecto histórico corresponde al día en que el Sumo Sacerdote de Israel entraba en el Lugar Santísimo del Templo de Jerusalem para efectuar la limpieza de los pecados del pueblo. Su aspecto mesiánico es la entrada de Jesucristo, el Mesías Triunfante, en el Tabernáculo Celestial para presentarse como sacrificio vivo ante el trono de la Majestad en las alturas e interceder por nosotros hasta el día establecido en la sola potestad del Padre en que Jesucristo glorificado vendrá a resucitar a cuantos vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica, y a transformar a los fieles vivos, para trasladar a ambos a la Casa del Padre, donde Jesucristo ministra su intercesión sacerdotal por nosotros.

"*Sukot*", "*Cabañas*", fiesta que nos ha llegado a la cristiandad con el nombre de "*Fiesta de los Tabernáculos*":

Levítico 23:33-34: "Y habló YHVH a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y díles: A los quince días de este mes séptimo será la fiesta solemne de los tabernáculos a YHVH por siete días."

Su celebración tiene lugar entre los días 15 y 21 del mes de Tishrei (Septiembre-October), y tiene su aspecto histórico en la entrada en la tierra promisoría, pero también señala al hecho histórico de la primera venida del Verbo Encarnado; es decir, cuando "*aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros*". Tengamos presente que el griego original "*skénosen*", traducido por "*habitó*", es literalmente "*tabernaculizó*"; es decir, "*levantó su "cabaña" o "tienda de campaña" entre nosotros*", convertido en tabernáculo de carne.

Las primeras cuatro festividades (*Pésaj*, *Matzot*, *Yom Bikurim* y *Shavuot*) enseñan sobre el Primer Adviento del Mesías, como Mesías Sufriente, mientras que las tres restantes nos instruyen acerca de los acontecimientos de los tiempos del Segundo Adviento del Mesías, como Mesías Triunfante.

El Mesías se presenta como "*la lluvia temprana y la tardía*". Su Primera Venida en carne humana se presenta como la "*lluvia temprana*", primaveral, mientras que la Segunda Venida de Cristo Glorificado se presenta como la "*lluvia tardía*", otoñal:

Oseas 6:3: "Y conoceremos, y proseguiremos en conocer a YHVH; como el alba está dispuesta su salida, y vendrá a nosotros como la lluvia, como la lluvia tardía y temprana a la tierra."

Joel 2:23: "Vosotros también, hijos de Sión, alegraos y gozaos en YHVH vuestro Dios; porque os ha dado la primera lluvia a su tiempo, y hará descender sobre vosotros lluvia temprana y tardía como al principio."

Así podemos ver el ciclo perfecto que nos instruye acerca de nuestra relación con Él, representado en el ciclo anual de la tierra. Por eso creemos que el estudio de las fiestas solemnes dadas por Dios a su pueblo es de gran importancia para todo el pueblo de Dios. Es cosa tristísima que la cristiandad gentil no haya recibido semejante herencia de nuestros padres en la fe.

Infortunadamente, por la insistencia en el enfrentamiento entre la Ley y la Gracia, especialmente al no distinguir entre la *Ley de Dios, perfecta y que convierte al alma* (*Salmo 19:7*), y la *Ley del pecado y de la muerte* (de la que efectivamente hemos sido liberados por el sacrificio de Jesucristo en nuestro lugar), y la ruptura entre los seguidores de Jesucristo y la fe de Israel, olvidando que la fe de Jesús es la fe hebrea, hemos sido inducidos a pensar erróneamente que las fiestas solemnes dadas por Dios a su pueblo fueron eliminadas por la Gracia en la que vivimos.

Sin embargo, cuando analizamos meticulosamente el sentido de las fiestas solemnes dadas por Dios, podemos fácilmente constatar que todas ellas fueron otorgadas para nuestra instrucción sobre la historia de la salvación: La muerte, sepultura y resurrección del Mesías Sufriente; el derramamiento del Espíritu Santo; la resurrección de los muertos; la tribulación y el Segundo Adviento de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo como Mesías Triunfante; su coronación y nupcias en la Cena de Bodas del Cordero, así como el establecimiento de su Reino en toda plenitud, hasta la consumación de los siglos, cuando Dios será todo en todos:

1ª Corintios 15:28: "Pero luego que todas las cosas le estén sujetas (a Cristo), entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas (es decir, al Padre), para que Dios sea todo en todos."

El inicio de *Pésaj* está en Egipto, bajo cuyo imperio faraónico las tribus hebreas se convirtieron en pueblo cautivo. Clamaron al Eterno pidiéndole se acordara de las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob. El Padre Eterno escuchó la súplica del pueblo y llamó y envió a un Libertador, *Moshé*, Moisés, es decir, “*extraído de las aguas*”, y en egipcio antiguo sencillamente “*hijo*”, por cuanto todo hijo es extraído de las aguas maternas. Así fue como la promesa hecha a los patriarcas y matriarcas le fue reivindicada.

Curiosamente, la primera petición que Dios le ordena a Moisés que presente a Faraón fue simplemente que les permitiera salir al desierto tres días de camino para ofrecer sacrificios al Creador Eterno:

Éxodo 3:18: “Y oirán tu voz; e irás tú, y los ancianos de Israel, al rey de Egipto, y le diréis: YHVH el Dios de los hebreos nos ha encontrado; por tanto, nosotros iremos ahora camino de tres días por el desierto, para que ofrezcamos sacrificios a YHVH nuestro Dios.”

El Faraón se negó a esta petición, después vinieron las plagas, y a duras penas accedió a dejarlos salir. Ellos marcharon con los despojos de los egipcios, llegaron a las orillas del Mar Rojo el día 16 de Aviv (Nisán), es decir, tres días después de *Pésaj*. El cordero de la Pascua había sido sacrificado el día 14 de Aviv (Nisán), y el pueblo había salido de Egipto antes de la medianoche, en la tarde del día 15, después de que el ángel exterminador golpeará a los primogénitos de los egipcios. Entonces fue cuando Faraón, al ver que el pueblo de Israel estaba atrapado frente al mar optó por aniquilarlos y envió a su ejército a perseguirlos:

Éxodo 14:1-9: “Habló YHVH a Moisés, diciendo: Di a los hijos de Israel que den la vuelta y acampen delante de Pi-hahiroth, entre Migdol y el mar hacia Baal-zefón; delante de él acamparéis junto al mar. Porque Faraón dirá de los hijos de Israel: Encerrados están en la tierra, el desierto los ha encerrado. Y yo endureceré el corazón de Faraón para que los siga; y seré glorificado en Faraón y en todo su ejército, y sabrán los egipcios que yo soy YHVH. Y ellos lo hicieron así. Y fue dado aviso al rey de Egipto, que el pueblo huía; y el corazón de Faraón y de sus siervos se volvió contra el pueblo, y dijeron: ¿Cómo hemos hecho esto de haber dejado ir a Israel, para que no nos sirva? Y unció su carro, y tomó consigo su pueblo; y tomó seiscientos carros escogidos, y todos los carros de Egipto, y los capitanes sobre ellos. Y endureció YHVH el corazón de Faraón rey de Egipto, y él siguió a los hijos de Israel; pero los hijos de Israel habían salido con mano poderosa. Siguiéndolos, pues, los egipcios, con toda la caballería y carros de Faraón, su gente de a caballo, y todo su ejército, los alcanzaron acampados junto al mar, al lado de Pi-hahiroth, delante de Baal-zefón.”

Naturalmente, los hijos de Israel se sintieron amedrentados, pero Moisés les dijo las palabras registradas en *Shemot*, “*las Palabras*”, Éxodo 14:13-14:

“Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación (‘yeshuat’) que YHVH hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. YHVH peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos.”

Por el poder inmenso del Dios Eterno, el Mar Rojo se dividió en dos, señal inequívoca de “*pacto*”, hebreo “*brit*”, y los hijos de Israel cruzaron en seco. Precisamente “*partir en dos mitades y pasar por en medio*” es el origen de la voz “*brit*”, es decir, “*pacto*” o “*alianza*”.

Todos aquellos egipcios que les perseguían perecieron ahogados:

Éxodo 14:26-28: “Y YHVH dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre el mar, para que las aguas vuelvan sobre los egipcios, sobre sus carros, y sobre su caballería. Entonces Moisés extendió su mano sobre el mar, y cuando amanecía, el mar se

volvió en toda su fuerza, y los egipcios al huir se encontraban con el mar; y YHVH derribó a los egipcios en medio del mar. Y volvieron las aguas, y cubrieron los carros y la caballería, y todo el ejército de Faraón que había entrado tras ellos en el mar; no quedó de ellos ni uno."

Éxodo 15:4-10: "Eché en el mar los carros de Faraón y su ejército; y sus capitanes escogidos fueron hundidos en el Mar Rojo. Los abismos los cubrieron; descendieron a las profundidades como piedra. Tu diestra, oh YHVH, ha sido magnificada en poder; tu diestra, oh YHVH ha quebrantado al enemigo. Y con la grandeza de tu poder has derribado a los que se levantaron contra ti. Enviaste tu ira; los consumió como a hojarasca. Al soplo de tu aliento se amontonaron las aguas; se juntaron las corrientes como en un montón; los abismos se cuajaron en medio del mar. El enemigo dijo: Perseguiré, apresaré, repartiré despojos; mi alma se saciará de ellos; sacaré mi espada, los destruirá mi mano. Soplaste con tu viento; los cubrió el mar; se hundieron como plomo en las impetuosas aguas."

La Sagrada Escritura nos dice que *"la diestra del Todopoderoso destruyó a los egipcios."* (Éxodo 15:6, 12). Aquí es interesante considerar que *"la diestra"* o *"la mano derecha"* es un hebraísmo para referirse al Mesías. Su uso es muy frecuente en los Salmos y en los Profetas:

Salmos 44:3: "Porque no se apoderaron de la tierra por su espada, ni su brazo los libró; sino su diestra, y tu brazo, y la luz de tu rostro, porque te complaciste en ellos."

Salmo 63:8: "Está mi alma apegada a ti; tu diestra me ha sostenido."

Salmo 89:13: "Tuyo es el brazo potente; fuerte es tu mano, exaltada tu diestra."

Salmo 98:1: "Cantad a YHVH cántico nuevo, porque ha hecho maravillas; su diestra lo ha salvado, y su santo brazo."

Salmo 110:1: "YHVH dijo a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies."

Salmo 118:16: "La diestra de YHVH es sublime; la diestra de YHVH hace valentías."

Salmo 138:7: "Si anduviere yo en medio de la angustia, tú me vivificarás; contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano, y me salvará tu diestra."

Isaías 41:10: "No temas porque yo estoy contigo; no desmayes, porque yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia."

Isaías 62:8: "Juró YHVH por su mano derecha, y por su poderoso brazo: Que jamás daré tu trigo por comida a tus enemigos, ni beberán los extraños el vino que es fruto de tu trabajo."

El hebraísmo de la *diestra divina* se halla también en el Nuevo Testamento, muy vinculado a la Persona y la Obra del Santo Espíritu de Dios:

Hechos 2:32-36: "A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor; siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo."

Hechos 5:30-32: “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole de un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen.”

Hebreos 1:1-3: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos.”

Recordemos que el pueblo de Israel había llegado a Egipto en los días de José, cuando se había producido una terrible hambruna en Israel. Pasó el tiempo, y las tribus hebreas crecieron y prosperaron en Egipto, llegando a convertirse a los ojos del imperio faraónico en una posible amenaza. Esa fue la causa por la que el estado imperialista faraónico decidió someterlos bajo esclavitud y un plan de exterminio de sus hijos, así como de explotación inhumana mediante trabajos forzados.

Hablando desde una perspectiva espiritual, el Faraón es una figura de Satanás - ¡Dios le reprenda!- al igual que todos los déspotas, tiranos y dictadores que se han levantado en el curso de la historia, hasta nuestros días. Por eso es que la muerte y resurrección del Mesías, prefigurada por el Cordero Pascual, rompe la propiedad del maligno sobre nuestras vidas, y somos libres para entrar en la tierra promisoría para gozar de las promesas divinas:

Juan 1:29: “El siguiente día vio Juan (el Bautista) a Jesús que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” (vv. 35-36).

Jesús de Nazaret es nuestra Pascua, como ya hemos visto en 1ª Corintios 5:7, y los discípulos de Jesús de Nazaret somos la casa del Eterno, quien no habita en templos hechos de manos humanas.

Hebreos 3:6: “Pero Cristo como Hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.”

Los postes y el dintel de nuestra casa son nuestros corazones. Egipto es la figura del ámbito en el que Satanás reina, de ahí su nombre en el hebreo de la Biblia: *Mitsrayim*, es decir, un *estrecho congosto*, de la raíz “*meitzar*”, cuyo significado literal es “*estrecheces*, y figuradamente “*angustias*”, “*sufrimientos*” y “*penurias*”.

Allí los hijos de Israel sufrieron opresión, sin la posibilidad de hacer ni de reflexionar en su propia vida. Así es como funcionan todas las dictaduras de todos los tiempos, mediante métodos más o menos sofisticados, pero siempre reduciendo al hombre mediante el terror hasta borrar sus rasgos humanos como entidades pensantes. El miedo al castigo les quitaba a los hebreos toda posibilidad de pensar o actuar de otra forma que no fuera la obligada por sus amos egipcios y su sistema diabólico. Insistimos en que así es como funcionan todos los sistemas imperialistas de cualquier época, se llamen como se llamen.

También “*Mitsrayim*” son los límites físicos que nos arrastran al materialismo, que nos esclavizan a los apegos. Por eso es que la libertad es darle al alma la posibilidad de salir y agregar a nuestra existencia la parte espiritual que permite al ser humano elevarse a alturas de mayor dignidad y nobleza. Y es por medio de la *emuná*, es decir, la fe obediente, alejada de la gracia barata, como la sangre

derramada por Jesús de Nazaret limpia nuestros corazones de pecado y nos libera del yugo de Satanás.

Esta estrecha relación entre la liberación, el perdón y la fe se desprende muchos pasajes de las Sagradas Escrituras. Son tantos, que sólo vamos a dar unos ejemplos:

Levítico 17:11: "Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona."

Gálatas 4:3-7: "Así también nosotros, cuando éramos niños, estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo."

Efesios 1:7: "En quien tenemos redención por su sangre (la de Cristo Jesús), el perdón de los pecados, según las riquezas de su gracia."

Colosenses 1:9-14: "Por lo cual también nosotros, desde el día que lo oímos (vuestro amor en el Espíritu Santo, v. 8), no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis cómo es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios; fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad; con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz; el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados."

1ª Pedro 1:18-19: "Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación."

1ª Juan 1:7: "Pero si andamos en luz, como él (Dios) está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todos pecados."

Apocalipsis 1:5: "Jesucristo, el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre."

Las referencias de los Evangelios muestran claramente que Jesús celebró la Pascua. En Lucas 2:41-42 se desprende que María y José tenían la costumbre de celebrarla, como toda familia hebrea hasta hoy:

"Iban sus padres todos los años a Jerusalem a la fiesta de la Pascua; y cuando (Jesús) tuvo doce años, subieron a Jerusalem conforme a la costumbre de la fiesta."

En Juan 2:13-17, cuando se aproxima la Pascua, Jesús encuentra el Templo de Jerusalem, al que se refiere como "Casa", contaminado por los comerciantes y los cambistas, y les echa fuera:

“Estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalem, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume.” (Salmo 69:9).

Por el texto de Marcos 11:15-17, se desprende que al limpiar el atrio de los gentiles, donde estaban los comerciantes y los cambistas, y referirse al *Templo* como *Casa de su Padre*, Jesús estaba considerando dicho atrio como parte integrante del Templo, lo que realmente había sido olvidado por las autoridades del mismo, quienes en su espíritu nacionalista habían descuidado el hecho de que aquella edificación había sido levantada para ser *Casa de Santidad* y *Casa de Oración* para todos los pueblos:

“Vinieron, pues, a Jerusalem; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones.”

Nosotros, como discípulos del Santo Mesías, somos templo del Creador Eterno, como se afirma claramente en el Nuevo Testamento:

1ª Corintios 3:16-17: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es.”

2ª Corintios 6:16: “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y será su Dios, y ellos serán mi pueblo.”

Estos textos muestran el cumplimiento de la promesa divina en el Antiguo Testamento:

Levítico 26:11-12: “Y pondré mi morada en medio de vosotros, y mi alma no os abominará; y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo.”

Ezequiel 37:27-28: “Estará en medio de ellos mi tabernáculo, y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y sabrán las naciones que yo YHWH santifico a Israel, estando mi santuario en medio de ellos para siempre.”

Evidentemente, el santuario al que Dios se refiere no es la construcción hecha de manos humanas, sombra y figura temporal del verdadero, el que está en los cielos, no hecho de manos, y no perteneciente a esta creación.

1ª Timoteo 3:14-15: “Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad.”

1ª Pedro 2:4-5: “Acercándoos a él (Jesucristo), piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo.”

Estando cerca la Pascua, Jesús se revela claramente como el Pan de la Vida:

Juan 6:27, 32-35: "Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece, la cual el Hijo del Hombre os dará; porque a éste señaló Dios el Padre... De cierto, de cierto os digo: No os dio Moisés el pan del cielo, mas mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da vida al mundo. Le dijeron: Señor, danos siempre este pan. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás."

En el momento de celebrar su última Pascua en la tierra, Jesús relaciona la celebración de *Pésaj* con el día en que beberá el fruto de la vid en la celebración de la Cena de Bodas del Cordero en los cielos con todos los que vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica:

Marcos 14:25: "De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios."

Cuando celebramos la Fiesta de la Pascua recordamos todas estas cosas, y cuantas el Santo Espíritu pone en nuestro corazón:

La redención histórica del pueblo de la esclavitud bajo la garra opresora del imperio faraónico.

La redención espiritual de nuestras vidas por el sacrificio pascual de nuestro Señor Jesucristo.

Y la profecía de la redención de las dos casas de Israel al final de los tiempos, cuando todo Israel será salvo, misterio que el Apóstol Pablo nos recuerda escribiendo en la Carta a los Romanos:

Romanos 11:25-27, 32: "Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados... Porque Dios sujetó a todos en desobediencia, para tener misericordia de todos."

El Dios Eterno dio sus fiestas solemnes a Israel como parte de su plan de constituir al pueblo hebreo como luz a todas las demás naciones. La persona, vida, obra, palabra, muerte y resurrección de nuestro Señor Jesucristo no anula todo lo anterior, sino que lo cumple y lleva hasta sus consecuencias finales, con el derramamiento del Espíritu Santo y la Segunda Venida de Cristo Jesús como Mesías Triunfante en el Gran Día de Dios.

De todas esas fiestas solemnes, quizá *Pésaj*, la Pascua, sea la que con más claridad nos hace ver prefiguradamente el sacrificio del Mesías, de ahí que sea la única de la que se nos dice que *"nuestra Pascua es Cristo"*.

Celebrada fuera de la tierra de Israel, en Egipto, nos habla también del alcance del sacrificio pascual para las primicias y también para las ramas injertadas en el olivo cuya raíz es santa.

Éxodo 12:37-38: "Partieron los hijos de Israel de Ramesés a Sucot, como seiscientos mil hombres de a pie, sin contar los niños. También subió con ellos grande multitud de toda clase de gentes, y ovejas, y muchísimo ganado."

La mención a la presencia de *"toda clase de gente"* entre los hebreos en el camino de la liberación nos muestra la presencia de gentiles entre ellos, como figura

anticipativa de la gentilidad injertada en el olivo bueno por la sangre derramada por nuestro Señor Jesucristo.

Y siguiendo el consejo del Rabí Shaul, latinizado Paulus, y conocido entre nosotros como Pablo, no hemos de jactarnos ante nuestros hermanos mayores en la fe, el pueblo de Israel. ¡Qué diferente hubieran sido las relaciones entre la Iglesia e Israel si se hubiera tenido en cuenta esta clara palabra apostólica!

“No te jactes contra las ramas (desgajadas); y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti... No te ensoberbecas, sino teme... porque Dios es poderoso para volverlos a injertar... Porque si tú fuiste cortado del que por naturaleza es olivo silvestre, y contra naturaleza fuiste injertado en el buen olivo, ¿cuánto más éstos, que son las ramas naturales, serán injertados en su propio olivo?” (Romanos 11:18, 20, 23-24).

El injerto que brotó en el corazón de Dios desde la eternidad, es el que comenzó en la historia, en esta convergencia del tiempo y del espacio, en aquella Pascua, cuando se nos dice que *también subió con los hijos de Israel grande multitud de toda clase de gentes*.

Por eso reza la Haggadá de Pésaj (el Relato de la Pascua) que “en toda generación, cada uno de nosotros debemos vernos a nosotros mismos en la celebración de Pésaj como si personalmente hubiéramos salido de Egipto.”

Ahora bien, el hecho de recordar simplemente que fuimos esclavos no nos libera. La liberación que se nos ofrece gratuitamente en Cristo Jesús tiene un propósito también para nuestras vidas, más allá del mero recuerdo, de la sola celebración festiva. Su dimensión histórica, en este caso como en todos los demás, es mostrarnos que el Dios que obró antaño es el mismo que actúa hoy.

Dios liberó a su pueblo y a los que salieron con ellos para recibir el Decálogo y poder elegir entre el bien y el mal. Del mismo modo, en Cristo Jesús, el Santo Espíritu de Dios graba los Mandamientos Divinos en nuestros corazones.

En el seguimiento del Mesías podemos exclamar que nosotros también salimos de la estrechez de Egipto con los hijos de Israel. Así es como la dimensión histórica trasciende al tiempo y al espacio.

El Dios Eterno hará realidad la promesa bíblica de los nuevos cielos y la tierra nueva, tal y como se anticipa en el libro de los Salmos y en las palabras de nuestro Señor Jesucristo en las Bienaventuranzas:

Salmo 37:11: “Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz.”

Mateo 5:5: “Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.”

El propósito de Dios para con Israel, ser luz a las naciones, se habrá cumplido en la bendita persona de Jesucristo, Mesías de Israel y Deseado de todos los pueblos.

Ya no habrá más pecado ni pecadores. Todo el Universo estará limpio. Una pulsación eterna de alegría y paz llenará toda la Creación.

Y como dice 1ª Corintios 15:28: “Pero luego que todas las cosas le estén sujetas (a Cristo), entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas (al Padre), para que Dios sea todo en todos.”

Hemos hecho hasta aquí un recorrido a vuelo de pájaro sobre el pueblo hebreo que Dios constituyó para ser luz a las naciones, y de quien nos vino Jesucristo, quien encarna al Dios de Israel para todas las naciones, y al Israel de Dios.

Génesis 12:2-3: "Haré de ti una nación grande y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren y a los que te maldijeren maldeciré. Y serán benditas en ti todas las naciones de la tierra."

Jeremías 31:35-37: "Así ha dicho YHVH, que da el sol para luz del día, las leyes de la luna y de las estrellas para luz de la noche, que parte el mar, y braman sus ondas; YHVH de los ejércitos (hebreo: 'tzebaot', 'constelaciones') es su nombre. Si faltaren estas leyes delante de mí, dice YHVH, también la descendencia de Israel faltará para no ser nación delante de mí eternamente. Así ha dicho YHVH: Si los cielos arriba se pueden medir, y explorarse abajo los fundamentos de la tierra, también yo desearé toda la descendencia de Israel por todo lo que hicieron, dice YHVH."

Como dijo Simeón, tomando en sus brazos a Jesús a sus ocho días de edad, para presentarlo a Dios, "ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación ('Yeshúa'), la cual has preparado en presencia de todos los pueblos: Luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel." (Lucas 2:29-32).

Pero no podemos concluir sin que cada uno de vosotros, amables lectores, respondáis a la pregunta de si estamos preparados para el encuentro con nuestro Señor, el que dio su vida por nosotros, llevando nuestro pecado sobre su cuerpo bendito en aquella Cruz del Calvario.

Si Él viniera en este día, ¿podríamos recibirle con alegría y gratitud?

Si nunca entregaste tu corazón a Jesucristo, quien primeramente entregó su corazón por ti, yo te invito en este día y hora a que lo hagas...

Si un día lo hiciste, pero te has alejado de la comunión con Jesucristo, yo te invito a que renueves tu entrega a nuestro Señor en este momento.

Jesús ha dicho: "Venid a mí todos... El que a mí viene, yo no lo echo fuera."

Dijeron los sabios antiguos de Israel que el esclavo es el que viste a su señor, pero el Santo -¡bendito sea!- es quien viste a Israel, como está escrito:

“Y pasé otra vez junto a tí, y te miré, y he aquí que tu tiempo era tiempo de amores; y extendí mi manto sobre tí, y cubrí tu desnudez; y te di juramento y entré en pacto contigo, dice YHWH el Señor, y fuiste mía. Te lavé con agua, y lavé tus sangres de encima de tí, y te unguí con aceite; y te vestí de bordado, te calcé de tejón, te ceñí de lino y te cubrí de seda. Te atavié con adornos, y puse brazaletes en tus brazos y collar a tu cuello. Puse joyas en tu nariz, y zarcillos en tus orejas, y una hermosa diadema en tu cabeza. Así fuiste adornada de oro y de plata, y tu vestido era de lino fino, seda y bordado; comiste flor de harina de trigo, miel y aceite; y fuiste hermozada en extremo, prosperaste hasta llegar a reinar. Y salió tu renombre entre las naciones a causa de tu hermosura; porque era perfecta, a causa de mi hermosura que yo puse sobre tí, dice YHWH el Señor. Pero confiaste en tu hermosura, y te prostituiste a causa de tu renombre, y derramaste tus fornicaciones a cuantos pasaron; suya eras.”

(Ezequiel 16:8-15)

UN REMANENTE FIEL.

Después de leer el texto de Ezequiel con que ilustramos el encabezamiento de este capítulo, y tras el recorrido a vista de pájaro que hemos hecho de Israel en la época bíblica como olivo bueno, cuya raíz es santa, y en el cual ha hecho Dios el injerto de los gentiles contra naturaleza, no resulta difícil identificar el paralelismo entre la historia de nuestros padres en la fe y el desarrollo de la Iglesia Cristiana institucionalizada en sus diversas formas.

Al igual que Jerusalem, emblema del pueblo de Dios, también el renombre de la Iglesia salió entre las naciones a causa de la hermosura de Dios con que nuestro Señor la adornó. Pero confió en sus atributos, como si fueran suyos propios o los mereciera, y se prostituyó a causa de su renombre, y derramó sus fornicaciones en su infidelidad, entrando en maridajes desiguales con los poderes de este mundo; es decir, dejándose sobornar y prostituir por la oferta del maligno a nuestro bendito Señor y Salvador. Y donde Él venció en su fidelidad a su Padre y Padre nuestro, y a la Sagrada Escritura, la Iglesia institucionalizada se construyó lugares altos en los que se desnudó y fornicó sobre ellos con sus diversos patrocinadores. Por no querer tener un solo Señor, cayó en las redes viscosas de muchos señores engañosos y maltratadores.

Por eso continúa el texto del profeta Ezequiel diciendo estas palabras:

“Tomaste asimismo tus hermosas alhajas de oro y de plata que yo te había dado, y te hiciste imágenes de hombre y fornicaste con ellas; y tomaste tus vestidos de diversos colores y las cubriste; y mi aceite y mi incienso pusiste delante de ellas. Mi pan que yo también te había dado, la flor de la harina, el aceite y la miel, con que yo te mantuve, pusiste delante de ellas para olor agradable; y fue así, dice YHVH el Señor.” (Ezequiel 15:17-19).

La Iglesia, como Israel, pronto olvidó sus orígenes al llegar el tiempo de su prosperidad, cuando reinó, legisló, dominó sobre los estados poniendo y deponiendo reyes y emperadores, decretó matanzas, organizó cruzadas y se convirtió en un reino de oscuridad y sangre.

Es desde ese contexto de donde podemos aproximarnos al capítulo 14 del libro de Apocalipsis, donde hallamos los mensajes de los tres ángeles de Dios antes de que ocurra la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo con poder y gran gloria.

Estos mensajeros del Altísimo no están hablando solamente a la Iglesia de los últimos tiempos, sino a todos los pueblos de la tierra, comprendido el de Israel. Son los mensajes últimos antes del cumplimiento de la Esperanza Bienaventurada y Manifestación gloriosa de nuestro Gran Dios y Salvador Jesucristo:

Apocalipsis 14:6-13: “Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su fornicación. Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, él también beberá del vino de la ira de Dios, que ha sido vaciado puro en el cáliz de su ira; y

será atormentado con fuego y azufre delante de los santos ángeles y del Cordero; y el humo de su tormento sube por los siglos de los siglos. Y no tienen reposo ni de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre. Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús. Oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen.”

Nadie quedará sin la oportunidad de escuchar estos mensajes de los tres ángeles del final de los tiempos, antes del Segundo Adviento de Jesús el Cristo. Los que respondan a este llamamiento final serán quienes constituyan o pasen a constituir la Iglesia Remanente fiel, la que siempre ha resistido todos los ataques del maligno, a veces muy sangrientos y en otras ocasiones, como acontece en la actualidad en diversas partes del mundo, por medio de hostigamientos extremadamente sutiles y sofisticados refinamientos de la maldad.

Cuantos no lo hagan, quedarán dentro de la iglesia apóstata, dividida y fragmentada entre sí en medio de la enramada de denominaciones que responden al orgullo de quienes las pretendieron perpetuar y continúan en semejante actitud hasta el día de hoy; los que olvidaron el movimiento del Espíritu Santo que inició sus orígenes, para después pasar al olvido y en muchos casos para tergiversar el propósito con que nuestro Señor produjo el despertamiento con que nacieron; la mayoría de las cuales habrán salido del tronco romanista para después volver a su antiguo cauce, como acontece con todas las corrientes de las aguas.

De acuerdo con el *“Dictionary of Christianity in America”, “Diccionario de la Cristiandad de América”,* publicado por la editorial protestante *Intervarsity Press*, edición del año 1990, en el año 1980 David B. Barret había identificado nada menos que 20.800 denominaciones protestantes en su libro *“Denominationalism”, “Denominacionalismo”,* cuya fuente principal fue la famosa *“Oxford World Christian Encyclopedia”, “Enciclopedia Oxford de la Cristiandad Mundial”,* edición del año 1982.

El Dr. David B. Barrett, fallecido en el año 2011, dedicó una buena parte de su vida a la investigación sociológica del cristianismo. Formado originalmente como ingeniero aeronáutico, abandonó su carrera en la industria aeroespacial para estudiar teología y sociología, fue ordenado sacerdote de la Iglesia de Inglaterra y sirvió como misionero en África para después hacerlo como consultor de la Convención Bautista del Sur de los Estados Unidos.

Según la estadística de las *Naciones Unidas*, el número de denominaciones cristianas –dentro del *catolicismo*, de la *ortodoxia* y del *protestantismo*- ha subido por encima de las 23.000. Así puede verificarse en el *“World Census of Religious Activities”, “Censo Mundial de Actividades Religiosas”,* publicado por el *Centro de Información de las Naciones Unidas*.

En 1985, el Dr. David B. Barret contabilizó la cifra de 22.150 iglesias o denominaciones en todo el mundo. Nuevamente, citando la *“Oxford World Christian Encyclopedia”,* sobresalían 22.190 denominaciones cristianas. Desde entonces, la tasa de crecimiento de denominaciones o grupos de iglesias cristianas que compiten entre sí como empresas mercantiles, y con mucha frecuencia tristemente constituyen iglesias y agrupaciones eclesiásticas que se contradicen entre sí y se descalifican autoexcluyéndose, ha venido siendo nada menos que de 270 nuevas denominaciones al año, superando el número de sectas de diversas improntas que surgen anualmente en todo el mundo.

A estas escalofriantes cifras habría que añadir las sectas periféricas de impronta cristiana que nacen, crecen y se desarrollan como setas, si bien algunas son de muy corta duración, mientras que otras se arraigan para pasar a engrosar el número acumulativo de nuevos movimientos religiosos que hacen aumentar las filas de las organizaciones sectarias causantes de gran confusión en el complejo universo de las religiones organizadas.

Todos estos datos estadísticos provienen de entidades reconocidas como serias y dignas de confianza, como las citadas anteriormente, y responden a la definición de “denominación” en el sentido cristiano convencional del término: Como una organización religiosa que funciona con un nombre determinado, una estructura propia y/ o una doctrina común a todas sus iglesias componentes de la misma.

La gran mayoría de los cristianos pertenecemos a iglesias que, aunque aceptan en alguna medida la validez parcial de otros grupos, entienden la multiplicación de vertientes como un problema que necesita ser corregido. Creo que todos los cristianos que pensamos –tristemente los hay que no lo hacen, especialmente porque ellos mismos permiten que otros piensen por ellos- sabemos, aunque muchos no se atrevan a verbalizarlo ni a manifestarlo públicamente, que el fundamentalismo cristiano evangélico, particularmente de influencia norteamericana, con casas matrices en los Estados Unidos de América, muestra hoy día unos rasgos inequívocos de sectarismo que han traspasado el campo del estudio de la sociología religiosa, y no pueden ya ocultarse de la vista del público en general; si bien, como es natural, sigue habiendo incautos que se dejan arrastrar por las casas matrices de la otra orilla del Atlántico; principalmente por ser sus patrocinadores.

También hemos de decir que en bastantes casos este seguimiento no se debe sólo al patrocinio crematístico, que, como es de esperar, tiene capital importancia, sino al especial encanto que les produce a los acólitos ese sentido de pertenencia al mayor estamento generador de una burbuja alejada de la realidad de la vida y de la sociedad en que nos desenvolvemos.

Por una especie de correa de transmisión, se produce el fenómeno de convertir muchas de las denominaciones en réplicas en miniatura de las casas matrices, lo que distancia de la realidad contextual, impidiendo también el desarrollo de una teología propia, en nuestro caso *española*. Esto se ve agravado hoy día, cuando nos llegan tantos hermanos de Latinoamérica, ya contaminados por el evangelicalismo anglosajón que ha dominado en sus países de origen antes que en el nuestro. Al respecto de lo que venimos diciendo, recomendamos la lectura en www.ebenezer-es.org (Sección “Publicaciones”) del libro “*El Turismo Misionero y su Oscuro Transfondo*”.

Las divisiones más básicas del cristianismo contemporáneo ocurren entre el Catolicismo Romano, las Iglesias Ortodoxas y el enjambre de denominaciones Cristianas Evangélicas que tienen sus orígenes durante o después de la Reforma Protestante del siglo XVI.

Las principales diferencias entre la Ortodoxia y el Romanismo son de naturaleza cultural y de organización eclesiológica y jerárquica, mientras que respecto a las diferencias entre las denominaciones Protestantes, las más notables distinciones radican en sus aspectos teológicos y doctrinales. Por eso es que el estudio comparativo de los diferentes grupos denominacionales debe acometerse con mucha cautela para no errar en nuestras apreciaciones, ya que en algunos casos se tratará de una organización eclesiástica monolítica y piramidalmente jerarquizada, mientras que en otros casos cada una de las congregaciones funcionará como una organización autónoma independiente. En algunos casos, contarán como miembros tanto los adultos bautizados como los niños bautizados –como es el caso de las

iglesias de práctica paidobautista- mientras que en otros grupos denominacionales solamente contarán los fieles adultos bautizados, como es el caso de los Bautistas y otras iglesias, generalmente de gobierno congregacionalista, y libres de vinculación con el estado secular.

Queremos hacer aquí memoria de las sabias palabras del gran teólogo suizo Karl Barth (1886-1968):

“No existe ninguna justificación, ni teológica, ni espiritual, ni tampoco bíblica, para la existencia de una pluralidad de Iglesias genuinamente separadas en este camino, y que se excluyen mutuamente unas a otras interna, y, por lo tanto, externamente.

En este sentido, una pluralidad de Iglesias significa una pluralidad de Señores, una pluralidad de Espíritus, una pluralidad de Dioses.

No hay duda de que en tanto la cristiandad esté formada por Iglesias diferentes que se oponen entre sí, ella niega prácticamente lo que confiesa teológicamente: La Unidad y la Singularidad de Dios, de Jesucristo, del Espíritu Santo.

Pueden existir buenas razones para que se planteen esas divisiones.

Puede haber serios obstáculos para poder eliminarlas.

Puede haber muchas razones para explicar esas divisiones y para mitigarlas.

Pero todo eso no altera el hecho de que toda división, como tal, es un profundo enigma, un escándalo.”

Si tú, lector amigo, te sientes abrumado, confuso y estupefacto ante la sobrecogedora división del Cuerpo de Cristo, lo cual no es para menos, este pobre que escribe comparte contigo con estupor esta indignidad que nos hace inclinarnos a creer que esa será la amalgama de iglesias llamadas a sufrir el castigo divino a la llegada de nuestro Señor y Salvador; los que serán consumidos en el justo castigo, conforme a la Sagrada Escritura, por haber abaratado la gracia divina para acomodarse al mundo y tratar de ese modo, no ya de ganar adeptos, sino de frenar la rápida y constante salida de miembros; por haber convertido la gracia de Dios en libertinaje; por haberse acomodado al mundo y su sistema dirigido desde las sombras por el enemigo de Dios y de los hombres; el que mostró y ofreció a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo todos los reinos del mundo y su gloria si se postraba ante él para adorarle.

Naturalmente, nos referimos a los sostenedores y explotadores de este divisionismo aberrante, y no de los verdaderos cristianos que Dios conoce y que pueden estar, y de hecho lo están, dentro de dichas estructuras eclesiales de manera formal y nominal, aunque sus corazones nada tienen que ver con las artimañas del denominacionalismo que ha convertido a gran parte de la cristiandad en un comercio mercantilista competitivo al estilo de las empresas multinacionales de este mundo.

Judas 4-7: “Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo. Mas quiero recordaros, ya que una vez lo habéis sabido, que el Señor, habiendo salvado al pueblo sacándolo de Egipto, después destruyó a los que no creyeron (evidentemente, aquí ‘no creer’ es ‘no obedecer’). Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha guardado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día; como Sodoma y Gomorra y las ciudades vecinas, las cuales de la misma manera que aquéllos (los ángeles que no guardaron su dignidad), habiendo

fornicado e ido en pos de vicios contra naturaleza, fueron puestas por ejemplo, sufriendo el castigo del fuego eterno.”

Sigue el Apóstol Judá (*Judas*) diciendo en su Epístola Universal:

vv. 14-16: “De éstos también profetizó Enoc, séptimo desde Adam, diciendo: He aquí, vino el Señor con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos han hablado contra él. Éstos son murmuradores, querellosos, que andan según sus propios deseos, cuya boca habla cosas infladas, adulando a las personas para sacar provecho.”

Y termina el mensaje apostólico con las instrucciones según las cuales ha de vivir la Iglesia Remanente:

vv. 17-25: “Pero vosotros, amados, tened memoria de las palabras que antes fueron dichas por los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo; los que os decían: En el postrer tiempo habrá burladores, que andarán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones; los sensuales, que no tienen al Espíritu. Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna. A algunos que dudan, convencedlos. A otros salvad, arrebatándolos del fuego; y de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne. Y aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén.”

¿Cuál es la descripción que se nos da de la Iglesia Remanente?

Apocalipsis 14:12: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.”

Según este texto corto, claro y conciso, la Iglesia Remanente está formada por santos, la voz que en el Nuevo Testamento aparece unas sesenta veces para designar a los creyentes, es decir, los apartados para Dios y llamados a vivir en santidad.

Así es la Iglesia que nuestro bendito Señor y Redentor quiere, según la palabra apostólica:

Efesios 5:25-27: “Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.”

Ahora bien, si solamente Dios es Santo, ¿cómo podemos los creyentes ser llamados “santos”?

Apocalipsis 15:4: “¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? Pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado.”

La respuesta a esta pregunta la hallamos en la Carta a los Hebreos 12:7-10:

“Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos. Por otra parte tuvimos a

nuestros padres terrenales que nos disciplinaban, y los venerábamos. ¿Por qué no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos? Y aquéllos, ciertamente por pocos días nos disciplinaban como a ellos les parecía, pero éste para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad.”

Siendo santos por nuestra participación en la santidad de Dios, deberíamos ser llamados “*santificados*” y “*llamados a ser santos*”:

1ª Corintios 1:1-3: “Pablo, llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Sóstenes, a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro: Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.”

La santidad ha venido siendo la mayor necesidad del pueblo de Dios en el curso de los siglos. Esa santidad no fue alcanzada mediante la vinculación entre *el altar y el trono*, mediante la fusión de *la cruz y la espada*, ni a través de las grandes catedrales y otros edificios suntuosos de carácter religioso. Mucho menos pudo alcanzarse mediante la quema de supuestos infieles, cruzadas sangrientas contra los musulmanes, hogueras inquisitoriales y conversiones forzadas de judíos.

Recordemos cuál fue la petición de nuestro Señor Jesucristo por su Iglesia ganada por su sangre en su oración sacerdotal del capítulo 17 del Evangelio según Juan:

Juan 17:17: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.”

Aquí conviene tener presente que la santidad a la que nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo se refiere no se halla entre las tapas de un libro, sino que se trata de su Palabra, es decir, el Santo Espíritu, quien ha movido después a escribirla, es decir, la Palabra de Dios en su dimensión de Sagradas Escrituras; y esta Palabra de Dios encarnada en la Persona de Jesucristo. Cuando confundimos estos tres planos de la Santa Palabra de Dios –Espíritu Santo, Sagrada Escritura y Verbo Encarnado- siguen muchas otras confusiones que numerosos cristianos arrastran durante toda su vida para ventaja y provecho de sus explotadores:

Juan 6:63: “El Espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha; las palabras que yo os he hablado son Espíritu y son Vida.”

En el libro del Levítico 11:44 hallamos unas palabras sencillas y concretas de parte de Dios para que sepamos cuál es la vida que a Dios agrada y a nosotros nos conviene:

“Porque yo soy YHVH vuestro Dios; vosotros, por tanto, os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo.”

En el libro del Levítico 19:2, añade estas palabras nuestro Señor:

“Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo YHVH vuestro Dios.”

Y la palabra apostólica nos dice lo siguiente en la pluma de Pedro:

1ª Pedro 1:13-16: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.”

En el Evangelio según Juan 17:19, nuestro Señor Jesucristo ora al Padre Eterno y dice así:

“Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo. Y por ellos (yo) me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.”

La insistencia de nuestro Señor en el “yo” es una fórmula para hacernos reparar en la importancia de lo que está afirmando. Jesús no dice que Él se santifica ante Dios, ni ante la Santa Ley, ni siquiera dice que sea Dios Padre quien le santifique, sino que se santifica a sí mismos para que también sus discípulos seamos santificados.

¿Pero qué significa “santificarnos”, ser “santificados”? Nuestro Señor Jesucristo, que no piensa en conceptos filosóficos griegos sino en el hebreo de las Sagradas Escrituras, tras el término griego “*agiázo*”, “*santificar*”, nos transmite la idea del hebreo “*kadosh*”, que no significa llegar a una perfección moral, como lo entendieron los filósofos griegos, sino una “*separación*” de alguien o de algo respecto a otra cosa.

Es en la medida de nuestra separación que se hace posible la consagración. Jesús se separa a sí mismo de lo que sería una vida ordinaria, y se consagra a su misión encomendada por su Padre y Padre nuestro: La misión de darse por entero a los demás; la de entregarse hasta la muerte, y muerte de cruz romana.

El anhelo de santidad entendida como perfección que se ha dado en el entorno cristiano, acorde a la filosofía griega, ha sido resultado directo del desconocimiento del sentido original hebreo de la santificación, lo que ha llegado a producir posturas absurdas, enfermizas y radicalmente opuestas a dicho sentido original.

Lo que los humanos hemos considerado perfección nada tiene que ver con la cosmovisión bíblica. De ahí que el modo de actuar de Dios sea absolutamente incomprensible para los hombres.

Con prístina claridad lo expresa nuestro Señor por medio del profeta Isaías 55:8-9:

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo YHVH. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.”

La aceptación de su sacrificio en la Cruz del Calvario por parte de nuestro Señor Jesucristo entra de lleno en esta clase de comportamiento incomprensible desde un punto de vista natural y racional. No olvidemos el hecho de que nuestra mentalidad occidental está fraguada y estructurada por el pensamiento filosófico griego y sus abstracciones, y que muy poco tiene que ver con el pensar hebreo de las Sagradas Escrituras. de nuestro Salvador Jesucristo y de la cristiandad naciente.

Jesús se santificó a sí mismo entregándose por nosotros, los pecadores, sus hermanos menores, y de ese modo ofreció su vida el Justo por nosotros los injustos, para llevarnos a su Padre Dios, y Padre nuestro. De ese modo lo expresa la palabra apostólica de Pablo en su Carta a los cristianos de Éfeso:

Efesios 5:1-2: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.”

Cuentan los sabios antiguos de Israel que cuando el profeta Ezequiel recibió del Señor la visión del valle de los huesos secos (Ezequiel 37:1-14), todos aquellos huesos se levantaron excepto uno.

Entonces el profeta preguntó al Santo -¡bendito sea! - qué clase de hombre era aquel que no resucitaba como los demás. Y el Señor le respondió:

‘Uno que presta con usura, y por ello, no merece vivir entre sus hermanos.’

EL PRINCIPIO DE LA DEGENERACIÓN DE LA IGLESIA DE CRISTO.

Todos sabemos que la Iglesia de Cristo nació en Pentecostés. Al menos eso es lo que leemos en todos los manuales de historia eclesiástica. Sin embargo, todos sabemos, o deberíamos saber, que el pueblo de Dios no tiene su comienzo en la festividad de Pentecostés de los Hechos de los Apóstoles, después de la Pascua, Resurrección y Ascensión de nuestro Salvador.

Aquella comunidad mesiánica se organizó siguiendo las enseñanzas de Jesús de Nazaret, nuestro único Señor, Salvador y Maestro, viviendo como se nos describe en el Nuevo Testamento:

Hechos 2:41-47: “Así que, los que recibieron la palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.”

Hechos 4:32-35: “Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos. Así que no había entre ellos ningún necesitado; porque todos los que poseían heredades o casas, las vendían, y traían el precio de los vendidos, y lo ponían a los pies de los apóstoles; y se repartía a cada uno según su necesidad.”

Todos los comentarios bíblicos afirman que este sistema se derrumbó por su carácter utópico. Es natural que esta sea la interpretación que hacen de estos textos, por cuanto dichos comentaristas, al igual que las iglesias que han ido desarrollándose en el curso de la historia, tienen por patrocinadores a aquellos cuyos intereses no pueden ser más opuestos a la forma de vida comunitaria de la cristiandad naciente. Esto es aplicable hasta nuestros días.

El sistema de vida de aquellas primeras comunidades cristianas no se vino abajo por ser “*utópico*”, como les gusta definirlo a los comentaristas sostenidos por el sistema económico que se esconde detrás de las iglesias vendidas al poder, el cual las utiliza para la defensa sutil de sus intereses, sino que su desplome fue resultado, como todo lo demás, cuando en el año 70 el Imperio Romano entró a saco en Jerusalem, y los cristianos, junto con los judíos, fueron esparcidos por muchos lugares de toda la cuenca mediterránea.

En los años siguientes, siendo perseguida la Iglesia de Cristo, y casi exterminada, las comunidades cristianas conservaron bastantes de los rasgos originales, hasta llegar a los días del emperador Constantino el Grande (c. 272 – c. 306), fundador

de la dinastía que llevó su nombre, y bajo cuyo liderazgo se convocó el Concilio de Nicea, en el año 325, y en cual se determinó la universalidad de la Iglesia de Cristo, a expensas de cortar con la mayoría de sus raíces hebreas.

Dicha catolicidad, es decir, su pretendida universalidad, fue el golpe político-económico con el que se rompió la vinculación de la Iglesia con el pueblo hebreo. El resultado fue, y en muchos círculos actuales sigue siendo, que la inmensa mayoría de los cristianos gentiles desconocían que la Iglesia de Jesucristo había nacido entre hebreos que habían reconocido la mesianidad del judío Yeshúa, latinizado "*Iesus*", y castellanizado "*Jesús*"; el Mesías Sufriente de Israel, el Deseado de todas las naciones, y que vendrá en el día señalado como Mesías Triunfante para arrebatarse a su Iglesia, todos los redimidos de todos los tiempos; es decir, cuantos vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica, junto con los fieles presentes en dicho momento de gloria inimaginable, para trasladarnos a las moradas eternas que están en la Casa del Padre.

Podemos afirmar sin temer equivocarnos que todo señala a aquel momento histórico del Concilio de Nicea como el nacimiento de una nueva religión helenizada que conocemos como "*cristianismo*", y más precisamente en aquellos momentos como "*Religión Católica*", es decir, "*universal*", como aspiración máxima del Imperio Romano para el control de todos los pueblos.

Lejos comenzaba a situarse aquel movimiento religioso-estatal respecto a la cristiandad, el pueblo cristiano formado por judíos y gentiles. Muchas costumbres paganas penetraron en la Iglesia, trastocando o transformando, y principalmente suplantando incluso los propios Mandamientos de la Santa Ley de Dios nuestro Señor, como el caso de la substitución del Séptimo Día, el Sábado, por el Día del Sol, es decir, el Domingo, y la eliminación del Mandamiento que prohíbe hacer imágenes para honrarlas y adorarlas, para lo cual hubieron de dividir el último de los Mandamientos en dos, de tal manera que aparentaran seguir siendo diez. Millones desconocen estas cosas accesibles a cualquiera que se proponga descubrirlas.

No en vano, el emperador Constantino, siendo él mismo sacerdote mitraico, adorador de Mitra, dios solar, introdujo de manera muy sutil la adoración a dicha deidad, a la que pertenecían la mayoría de los altos oficiales del ejército imperial; culto que habían traído de Babilonia, y que de dicha manera fueron introduciendo en la Iglesia de Cristo, muy distanciada ya de sus raíces hebreas, mediante toda una serie de ritos y creencias paganas, como si fueran enseñanzas del Dios bendito que escogió a Israel para ser luz a las naciones.

Aquí conviene que consideremos el hecho de que la voz "*mitra*" es el tocado con el que cubren su cabeza los obispos de Roma y otras iglesias antiguas vinculadas o pretendiendo vincularse al estado secular, durante algunos altos oficios litúrgicos. También son mitrados los abades y abadesas que poseen semejante privilegio otorgado por los Papas. De ahí que el verbo "*mitrar*" signifique en castellano obtener un obispado, y "*mitral*" se aplique a todo cuanto tenga forma de "*mitra*".

La voz "*mitra*" deriva del latín "*mitrae*", que es el nombre con que se designa una cinta o faja para la cabeza, y cuya raíz proviene del latín antiguo en el que significa "*cable*", término tomado del griego. En el último análisis etimológico conocido, esta voz proviene del indoeuropeo "*mitro*", cuyo significado es "*todo aquello que liga o une*", y está formado por "*mi*" o "*me*", que es "*ligar*", "*vincular*", "*atar*", y por el sufijo "*tro*", es decir, "*instrumento*".

Del mitraísmo nos llegan también las "*ínfulas*", es decir, las cintas anchas que cuelgan de la parte posterior de la "*mitra*" de los obispos y de la tiara papal. Sin embargo, esta voz es mucho más antigua que el propio cristianismo romano. Los

sacerdotes de varias religiones europeas precristianas ya ceñían sus cabezas con una venda denominada "*infulae*", cuyos dos extremos caían hacia ambos lados de la cabeza.

Conviene que tengamos presente que en los días del emperador Constantino, después de que su política pacificara el ambiente religioso del momento, eran dos las principales religiones del Imperio Romano: El culto a Mitra y el Cristianismo. Este último contaba ya con más de 800 iglesias en Roma. Allí comenzó la costumbre de referirse al lugar de culto cristiano como "*iglesia*", algo absolutamente ajeno al uso del Nuevo Testamento, donde "*iglesia*" es exclusivamente el pueblo cristiano, no un lugar específico de reunión para la celebración del culto.

Si somos observadores, comprobaremos que en aquellas "*iglesias*", al igual que en muchas de la actualidad, hallamos una nave central, con filas de bancos a derecha e izquierda, un altar al frente y una bóveda alta, una disposición exacta a la de los templos dedicados a Mitra, donde se administraban los sacramentos, voz tomada de dicho culto, y curiosamente siete, al igual que en el Catolicismo Romano.

Mitra era una antigua deidad iraní del cielo y de la luz que, como hemos dicho, llegó de Babilonia a Roma, siendo abrazada por muchos funcionarios reales y oficiales de alto rango en los ejércitos imperiales. De ahí se deduce para muchos historiadores que el emperador Constantino se decantase a favor del cristianismo, pues pudo ver en él la posibilidad de atraer y unificar religiosamente a todos los pueblos del Imperio Romano, ya que la fe cristiana estaba siendo abrazada por las capas más inferiores de la sociedad. Esto le ofrecía la posibilidad de gestar una religión universal, máxima aspiración del Imperio.

Inmediatamente después del Concilio de Nicea, el culto a Mitra sería prohibido por decreto real. La fusión del culto a Mitra y el culto a Cristo hacía innecesaria la permanencia del primero. Sin embargo, cualquier observador puede percatarse de la herencia del mitraísmo en los rituales del Catolicismo Romano y en las vestiduras y gestos de los prelados hasta el día de hoy, también parcialmente presentes en las iglesias hereditarias del romanismo, formas absolutamente irreconciliables con la sencillez de la cristiandad naciente entre el pueblo hebreo.

Nace el cristianismo organizado, y la cristiandad comienza un declive que alcanza nuestros días en medio de una confusión en grado superlativo. Es el momento en que el cristianismo tiene por sede el mismo lugar que la capital del imperio, por cuanto se trata de la religión imperial. También es en ese momento histórico cuando el odio ancestral de los romanos hacia los hebreos, como deberíamos constatar en la propia muerte de nuestro bendito Señor y Salvador, quien pende de la Cruz del Calvario bajo el "*titulus*" que reza "*Jesús Nazareno Rey de los Judíos*", su delito ante el imperio, y comienza a gestarse el sentimiento ancestral de la gentilidad a los hebreos como pueblo aborrecible y execrable, una larga historia de mentiras e ignominias que desembocan en tiempos bastantes cercanos a nosotros, como es el caso del Holocausto Judío en los días de la Segunda Guerra Mundial. No debemos olvidar que hay alguien en cuyos propósitos y objetivos prima la erradicación del pueblo hebreo.

Con el establecimiento del cristianismo organizado en torno al imperio, los judíos van siendo desplazados hacia la categoría de "*pueblo deicida*", los "*asesinos de Dios*", condenados a vivir en constante destierro, siendo acusados de prestamistas para distraer a los pueblos que no se percataban de que la Iglesia de Roma era la única organización terrateniente y explotadora del mundo durante toda la Edad Media, y a la cual, efectivamente, los judíos se veían obligados a prestar dinero para poder apenas sobrevivir en paz y evitar mayores persecuciones y matanzas.

En el curso de los siglos, y a partir del Concilio de Nicea, los siguientes cónclaves cristianos fueron endureciendo la posición del cristianismo organizado respecto al pueblo hebreo; entraron en maridaje vergonzoso con los monarcas a quienes se les había obligado a la conversión a la religión imperial, en esa unión del *altar y el trono*, de la *cruz y la espada*, como nos gusta describirlo –perdón por nuestra insistencia- especialmente para que no nos olvidemos de ello, e incluso algunos puedan despertar. No hemos perdido la esperanza de que algunos se atrevan a pensar.

Así llegamos al punto máximo del Concilio de Viena, al menos así lo consideran muchos historiadores, en el año 1311, en el que se decretó que ningún judío debía ser admitido en lugares públicos. Nos preguntamos si será casual que el cabo Adolfo Hitler, de confesionalidad católica, fuera austriaco de nacionalidad, y que hasta el día de hoy se extienda el antisemitismo y la xenofobia a mayor ritmo en dicha nación que en otros estados de Europa.

Ahora bien, ya de antiguo, nos encontramos con algunos de los llamados “*Padres de la Iglesia*”, que fueron añadiendo sus propias aportaciones de odio y resentimiento hacia los judíos, como es el notabilísimo caso de Juan Crisóstomo (347-407), con fama de extraordinario orador, quien, entre otras barbaridades, dijo que *las sinagogas eran cuevas de ladrones en las que se adoraba al diablo; que Dios había aborrecido a los judíos, y siempre los aborrecería*, en absoluta contradicción respecto a lo que se nos dice en las páginas del Nuevo Testamento:

Romanos 11:1-2, 29: “Digo, pues: ¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció... Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.”

También son dignos de consideración los Concilios Tercero y Cuarto de Orleans (538 y 541 respectivamente), en los que la Iglesia de Roma decretó la prohibición a los judíos de salir en público durante las celebraciones cristianas y en los días más destacados del calendario litúrgico.

Cuando llegamos al siglo XVI, hallamos al fraile agustino Martín Lutero (1483-1546), heredero de una cultura europea antisemita, que paradójicamente traduce las Sagradas Escrituras a la lengua alemana, normalizando así dicho idioma, pone la Biblia en manos de su pueblo, y realiza una reforma de la iglesia pangermánica verdaderamente inimaginable –nunca pretendió una reforma universal de la Iglesia- si bien bajo el patronazgo de los príncipes electores de aquella región del Sacro Imperio Romano Germánico que presidía el emperador Carlos V, heredero de Carlomagno, quien a la sazón era rey de España bajo el título de Carlos I. Y decimos que aquello fue paradójico, por cuanto Martín Lutero simultáneamente arremetía contra los judíos con el mismo o superior espíritu antisemita al de Juan Crisóstomo, a quien ya hemos citado.

Transcurrieron siglos durante los cuales la Iglesia de Roma persiguió y asesinó a hombres, mujeres y niños del pueblo hebreo, obligándoles a bautizarse, a renegar de su fe y de su esperanza, expatriando a quienes se negaban a renunciar a sus raíces, apoderándose de todos sus bienes y cometiendo los actos más indignos y las ignominias más crasas contra el pueblo de Jesús de Nazaret.

Durante ese largo tiempo de oscuridad vinieron las Cruzadas y el Santo Oficio de la Inquisición, con sus hogueras en las que murieron muchos hombres y mujeres por pertenecer al pueblo del Mesías, junto con tantos otros acusados falsamente de brujería, hechicería y cualquier otro pretexto para apoderarse de las haciendas ajenas y engrosar las arcas de Roma, donde los Césares habían sido reemplazados por los Papas, en un mismo régimen de pompa, boato, corrupción y terror.

Tal fue el odio y desprecio de Martín Lutero a los hebreos, aunque muchos traten de ocultarlo, incluso los descendientes de aquellos que el fraile persiguió y contra quienes guerreó, que cuando el cabo Adolfo Hitler llega al poder (1933) – incomprensiblemente sin utilizar la fuerza de un golpe de estado, sino a través de las urnas en elecciones democráticas, con un resultado de un 33 por ciento de votos del pueblo alemán a favor de su partido *Nacional Socialista*- una de las primeras cosas que hizo fue ordenar la publicación y distribución gratuita en colegios, institutos y universidades de la obra tardía de Lutero titulada *“Contra los Judíos y Sus Mentiras”* (1543).

Con esta obra, el reformador alemán se adelantaba a *“Mein Kampf”*, *“Mi Lucha”*, de Adolfo Hitler, y *“El Judío Internacional”*, de Henry Ford. Esta herencia penetra en el Protestantismo, que en la Alemania de Hitler claudica ante el poder absolutista quedando a merced del régimen, lo que da lugar a una iglesia clandestina, de rasgos de remanente fiel, perseguida a espada y sangre, mientras la Iglesia institucional, tanto en sus versiones protestante como católica, miraba en otra dirección, a cambio de lo cual recibía prebendas del estado nazi.

Esta herencia hizo que durante muchos años la Iglesia Reformada enseñara la *“teología del reemplazo”*, descalificando a los judíos, negándoles implícitamente su derecho a la existencia, y reivindicando a la Iglesia como el verdadero Israel de Dios, depositario actual de todas las promesas del Señor para su pueblo antiguo. De ese modo, y hasta nuestros días, son muchísimos los cristianos que desconocen que el Pacto de Dios con Israel es, como todas las Alianzas del Eterno, perpetuo e inmutable. ¿Qué fundamento pueden tener para creer en la inmutabilidad de la Alianza en Jesucristo, si al mismo tiempo niegan el carácter perenne de la Alianza de nuestro Dios con su pueblo Israel?

Las raíces de Roma son más profundas de lo que la mayoría cree. La Reforma del siglo XVI llegó hasta el siglo IV aproximadamente, para cuando casi todas las invasiones de la filosofía griega ya se habían asentado en la doctrina del catolicismo romano. Sostenida por los príncipes electores, cuyo objetivo no era realmente la reforma de la Iglesia, sino tener un grado mayor de independencia dentro del Sacro Imperio Romano Germánico, algo semejante a lo que ocurriría en Inglaterra en los días del rey Enrique VIII, y atemorizados ante la posibilidad de la judaización, la versión eclesiástica de Lutero conservó el bautismo de los infantes para asegurarse de la membresía de sus fieles desde el mismísimo nacimiento, mantuvo el calendario establecido por Roma, en lugar de volver al calendario bíblico, y asumió la sincretización llevada a cabo en los siglos anteriores con las fiestas paganas que se conservan y mantienen hasta nuestros días, borrando las fiestas del Señor y substituyéndolas por las festividades dedicadas a su santoral.

La consideración del cambio del calendario arroja mucha luz sobre lo que venimos diciendo. Para los paganos convertidos al cristianismo, que nosotros diferenciamos de lo que significa convertirse a la fe de Jesús de Nazaret, el cambio del calendario no tenía la menor importancia, como es habitual entre los cristianos desinformados de nuestros días.

Sin embargo, quien escudriña las Sagradas Escrituras pronto repara en que el calendario bíblico no es un mero elemento más del acerbo cultural de Israel, sino que fue establecido por el propio Dios para su pueblo, de tal manera que la aceptación del mismo no puede atribuirse a la pertenencia a una determinada cultura, ni mucho menos a un capricho o inclinación sólo volitiva.

Las fiestas que algunos califican de *“judías”* no son tales, sino las *“Fiestas del Señor”*, establecidas directamente por el propio Dios, como hemos visto anteriormente, y con el claro propósito de que hagamos memoria, como elemento didáctico para vincular la historicidad de la fe con los acontecimientos vividos por el

pueblo. Por ejemplo, en conformidad con Éxodo 12:2, nuestro Señor estableció que los años comenzaran en el día uno del mes de Nisán:

“Este mes (‘Nisán’) os será principio de los meses; para vosotros será éste el primero de los meses del año.”

“Nisán” proviene de la voz “nitzán”, cuyo sentido es el de “floración”. En la tradición de Israel nos ha llegado con otros dos nombres: “Rosh Jodashim”, es decir, “el principal de los meses”, y “Jodesh HaAviv”, “el mes de la primavera”.

Tristemente, en este caso como en tantos otros, la Iglesia gentil le ha prestado poca atención y menos respeto a los Mandamientos de nuestro Señor. Ni el pueblo hebreo ni la Iglesia cristiana recuerdan este día como el primero de los meses del año y el comienzo del ciclo anual con sus festividades para el recuerdo de la historia de la salvación, y, por tanto, Nisán es el más importante de los meses anuales, pues en él se celebra la Pascua, para conmemorar la liberación que nuestro Dios hizo de las tribus hebreas, sometidas a esclavitud bajo la garra opresora del imperio faraónico; las plagas que vinieron sobre aquel orgulloso imperio; la sangre del cordero de la Pascua, figura de nuestro Señor Jesucristo, que protegió a los hebreos de la décima plaga; y la salida de Egipto en medio de grandes señales y milagros. De ahí que el mes de Nisán haya pasado a la historia de Israel como el “Mes de la Redención”.

Para los sabios antiguos de Israel, y considerando que su ortografía hebrea contiene dos letras “nun”, nuestra “ene”, Nisán ha sido denominado en la tradición de Israel como “nisai nisim”, lo que significa “milagro de milagros”.

Nosotros sabemos que la celebración de la Pascua fue y es una sombra y figura de lo que Dios haría al enviar a su Hijo Jesucristo, el Verbo Encarnado, como “Cordero Inmolado” desde antes de la fundación del mundo, y que dentro de la historia este hecho acontecería en la persona de Jesús de Nazaret. Así lo revela el Apóstol Pedro en su Primera Epístola Universal:

1ª Pedro 1:18-21: “Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha ni contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros, y mediante el cual creéis en Dios, quien le resucitó de los muertos y le ha dado gloria, para que vuestra fe y esperanza sean en Dios.”

Sin embargo, la Iglesia de Cristo celebra el comienzo del año en el día primero del mes de enero, siguiendo la enseñanza del papa Gregorio XIII (1502-1585), quien llamó al primer mes de su calendario solar con el nombre de “Enero”, es decir, el mes en honor al dios *Juno*, cuya imagen tiene dos caras, una hacia delante y otra hacia atrás, con lo que simboliza la terminación de un año y el comienzo de otro.

Naturalmente, esto pasa inadvertido a la mayoría de los cristianos que no han sido ni son instruidos en las raíces hebreas de la fe. ¿Cómo lo van a ser, si sus instructores son igualmente desconocedores o despreciadores del pueblo de Jesús de Nazaret? Esta celebración del Año Nuevo, como todas las celebraciones que responden al cambio del calendario dado por Dios, substituido y reemplazado por el diabólico, pasa su factura todos los años, saldándose con el resultado de los desmanes producidos por los abusos de alcohol en que muchos caen sin percatarse de su adoración a Dionisio, el dios griego del vino, perteneciente a las religiones históricas, inspirador de la locura ritual y el éxtasis, conocido también como Baco, es decir, el inductor de la “bakcheia”, es decir, el “frenesí” producido por el alcohol, agente desinhibidor de la conciencia y causante de tantos males. Muchos investigadores han llegado a la conclusión de que el culto a Baco tenía como

propósito acabar con el dolor y las preocupaciones de los hombres y facilitar la comunicación entre los vivos y los difuntos, clara evidencia de su naturaleza diabólica.

Tales cambios fueron realizados en honor del emperador Constantino, quien fue, como hemos visto, adorador del dios solar Mitra. De ahí incluso se desprende la forma de la hostia que emplea el Catolicismo Romano en su celebración eucarística, claramente simbólica del disco solar, guardada en la custodia y rodeada por rayos solares.

Aquí conviene que consideremos el texto del profeta Daniel, en el que nos advierte de los cambios que el sistema del anticristo realizará respecto a la Santa Ley de Dios y los tiempos establecidos por nuestro Señor:

Daniel 7:25: "Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley."

Otro de los grandes cambios fue la fecha de celebración de la Pascua, apartándose también de lo establecido por Dios nuestro Señor, y estableciendo la celebración aproximadamente una semana después de la ordenanza en las Sagradas Escrituras. Pero lo más terrible de este cambio es el hecho de que el decreto del cambio diera por causa y razón "*para no estar de acuerdo con los miserables judíos*", como consta en los documentos del Concilio de Nicea.

Paradójicamente, a pesar de las apariencias de tolerancia y ecumenismo de nuestros días, Roma sigue manteniendo este cambio hasta el presente. Creemos que la política de la *tabula rasa*, en este caso como en todos los demás, es la negación de la historia y nuestra autocondena a revivirla.

Sólo en el Pentateuco, la *Torá*, es decir, los cinco primeros libros de la Biblia, hallamos más de 150 veces la referencia a la Pascua del Éxodo, y siempre con el llamamiento divino a hacer memoria. Pero cuando el acontecimiento histórico queda olvidado o desfigurado, y en el creyente no se produce la experiencia de la conmemoración, todo queda en la paradoja de un recuerdo vacío de contenido. Por eso es que Dios no invita sólo a recordar, sino a celebrar.

Tal es la importancia que tiene esta celebración para Dios, que para quienes no han tenido la oportunidad de celebrar la Pascua en el primer mes del año, nuestro Señor les da la oportunidad de hacerlo en el mes segundo:

Números 9:4-14: "Y habló Moisés a los hijos de Israel para que celebrasen la Pascua. Celebraron la Pascua en el mes primero, a los catorce días del mes, entre las dos tardes, en el desierto de Sinaí; conforme a todas las cosas que mandó YHVH a Moisés, así hicieron los hijos de Israel. Pero hubo algunos que estaban inmundos a causa de muerto, y no pudieron celebrar la Pascua aquel día; y vinieron delante de Moisés y delante de Aarón aquel día, y le dijeron aquellos hombres: Nosotros estamos inmundos por causa de muerto; ¿por qué seremos impedidos de ofrecer ofrenda a YHVH a su tiempo entre los hijos de Israel? Y Moisés les respondió: Esperad, y oiré lo que ordena YHVH acerca de vosotros. Y YHVH habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel, diciendo: Cualquiera de vosotros o de vuestros descendientes, que estuviere inmundo por causa de muerto o estuviere de viaje lejos, celebrará la Pascua a YHVH. En el mes segundo, a los catorce días del mes, entre las dos tardes, la celebrarán; con panes sin levadura y hierbas amargas la comerán. No dejarán del animal sacrificado para la mañana, ni quebrarán hueso de él; conforme a todos los ritos de la Pascua la celebrarán. Mas el que estuviere limpio, y no estuviere de viaje, si dejare de celebrar la Pascua, la tal persona será cortada de entre su pueblo; por cuanto no ofreció a su tiempo la ofrenda de YHVH, el tal hombre llevará su pecado. Y si morare con vosotros extranjero, y celebrare la

Pascua a YHVH, conforme al rito de la Pascua y conforme a sus leyes la celebrará; un mismo rito tendréis, tanto el extranjero como el natural de la tierra.”

De nuevo vemos la inclusión de los extranjeros, lo que nos muestra el carácter universal, y no solamente hebreo, de la celebración.

Y cuando vamos al texto del profeta Ezequiel, allí vemos que en el Reino Mesianico esta festividad continuará celebrándose, por cuanto Dios no quiere que nosotros olvidemos el precio pagado por nuestra redención:

Ezequiel 45:21: “El mes primero (‘Nisán’), a los catorce días del mes, tendréis la Pascua, fiesta de siete días; se comerá pan sin levadura.”

Lo mismo podemos afirmar respecto a la pantomima mercantilista de la Navidad, celebrando el *Día del Sol*, el 25 de diciembre, e insistiendo en la celebración en ese día del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, cuando no hay un solo estudioso bíblico en nuestros días que no rechace tal pretensión.

Naturalmente, al no ser una fiesta establecida por nuestro Señor, sino mera tradición pagana sincretizada por el cristianismo paganizado, la festividad ha degenerado hasta convertirse en una celebración de luces y abusos de comida y bebida, totalmente en manos del comercio, en la cual ya pocos realmente saben qué es lo que están celebrando, y los más sólo se encuentran ante un recuerdo vacío de experiencia. No debe extrañarnos la sensación de desagrado ante esta festividad por parte de muchos cristianos que tratan de ser fieles a las enseñanzas de la Sagradas Escrituras frente a estas tradiciones espurias de oscuro origen.

El origen pagano de la Navidad es más que evidente. Desde los tiempos más remotos, todos los pueblos han celebrado el solsticio de invierno como noche del nacimiento de la luz, ocasión en que las tinieblas eran derrotadas por la luz solar. Los persas y los asirios, los egipcios y los fenicios, los griegos y los romanos, las tribus americanas precolombinas, los hindúes y muchos otros pueblos han venido celebrando el parto de la *“reina de los cielos”* y el nacimiento de su hijo, el *“dios solar”*, bajo las designaciones de *“Dionisio o Baco”*, *“Mitra o Apolo”*, *“Osiris”*, *“Krishna”*, *“Heracles”*, *“Buda”*, *“Attis”*, y todos ellos nacidos de una virgen, entre el 20 y el 25 de diciembre, es decir, en la celebración del solsticio de invierno, conocido también en muchas culturas como *“la puerta de los dioses”*.

En su afán por unir el paganismo y el cristianismo para formar una religión sincretista que satisficiera a todo el Imperio, antes bajo los césares y ahora bajo el papado, Roma no reparó en las trágicas consecuencias de desacreditar las Sagradas Escrituras enseñando falsamente que el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo había acontecido en la misma fecha en que habían nacido los dioses demoníacos solares de las diversas culturas de los pueblos del imperio. Y es que el maligno -¡Dios le reprenda!- siempre ha procurado contaminar la fe divina con sus remedos de la historia de la salvación.

Respecto a la fecha del nacimiento de nuestro Señor, igualmente mintieron haciendo a todos creer que Jesús de Nazaret había venido a este mundo en el primer año de la era cristiana. Aquí conviene recordar que los historiógrafos romanos fecharon los acontecimientos históricos partiendo de la fecha de la fundación de Roma.

Dionysius Exiguus, *“Dionisio el Exiguo”* (470-544 d.C.), o más literalmente *“Dionisio el Enano”*, por su baja estatura, monje escita, pueblo de origen iranio que habitó la región euroasiática que se extiende desde el Danubio hasta las costas septentrionales del Mar Negro, erudito en los conocimientos matemáticos de su época –cuando todavía no se disponía del *“cero”*- realizó el cálculo de la era cristiana o *“Anno Domini”*, *“Año del Señor”*, en substitución de la anterior *“era*

diocleciana", para determinar la fecha de la Pascua. El encargo le fue hecho por el Papa Juan I, que reinó entre los años 523 y 526 d.C., para determinar la fecha exacta del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Dionisio se equivocó entre 4 y 7 años, al datar el reinado de Herodes I el Grande, fundador de la dinastía, por lo que dedujo que nuestro Señor había nacido en el año 753 a.u.c. ("*an urbe condita*"), es decir, desde la fundación de Roma.

Ahora bien, Herodes murió en el año 750 de la fundación de Roma, es decir, el año 4 a.C., y el Nuevo Testamento nos dice que Jesús nació hacia el final del reinado de Herodes, es decir, hacia el 6 ó 7 a. C. No seamos incautos: El año "*cero*" sencillamente no ha existido.

El cambio más dramático de los realizados por la curia romana creemos que es la eliminación del *séptimo día* y su substitución por el llamado "*domingo*", el "*Día del Señor*"... ¿De qué "*Señor*" se trata? Evidentemente, no se trata del Dios Eterno y Creador de todos los Universos, sino del dios solar Mitra.

Todos los cristianos del primer siglo por "*Día del Señor*" habrían entendido el "*Séptimo Día*", el *Shabat*, el día que el propio Dios santificó, es decir, separó y apartó para sí, y dio como regalo a los hombres para que reposemos de nuestros trabajos y disfrutemos sabiendo que nosotros mismos somos parte de la Creación, y no "*señores*" de ella, sino "*lugartenientes*" de Dios en esta tierra, a quienes el Buen Dios nos ha encargado sojuzgar, es decir, ejercer dominio responsable sobre ella.

Génesis 2:1-3: "Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ejército de ellos. Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación."

El culto solar a Mitra tenía por día sagrado al primero de la semana, es decir, al día que nosotros conocemos por "*domingo*", cuya celebración era, naturalmente, anterior a la adopción del mismo por parte de la Iglesia Romana, del mismo modo que el día 25 de diciembre era la celebración romana del "*Deus Sol Invictus*", el "*Invencible Dios Sol*".

Este fue, sin duda, el hecho más notable en el distanciamiento de la Iglesia respecto a la Sinagoga. El aluvión de paganos que aceptaron el cristianismo, pero vinieron con el bagaje de su celebración del día dedicado al sol, fue enorme. El "*Día del Señor*" para aquellos gentiles había venido siendo el primero de la semana, particularmente para los fieles al dios Mitra y a las demás deidades solares.

Así fue como el "*Día del Sol*" se convirtió en el "*Día del Señor*" entre los cristianos procedentes de la gentilidad. La generalización de esta substitución del Séptimo Día fue creciendo en la medida en que las raíces hebreas de la fe cristiana iban reduciéndose con el paso del tiempo y la entrada de gentiles en las filas cristianas.

Desde la promulgación del conocido Edicto de Milán, en el año 313, por el cual se legalizaba la religión de los cristianos, el proceso de integración del cristianismo en la política del imperio fue en aumento. El emperador Constantino promulgó un estatuto particular para la Iglesia, participó en la construcción de muchos "*templos*", aportó grandes sumas de dinero a la Iglesia, puso a su disposición el Palacio de Letrán, y permitió que muchos cristianos ocuparan altos cargos especiales dentro del aparato del estado.

Sin embargo, pronto pudo constatarse que la Iglesia naciente había perdido a partir de aquella época constantiniana su independencia y espiritualidad, substituyendo la presencia del Espíritu Santo, con sus dones, ministerios y operaciones, por los poderes terrenales, especialmente el episcopado jerárquico que llegaría a la

gestación del papado, como ha venido ocurriendo en todos los casos en que se ha producido y se mantiene la dependencia de la Iglesia al estado secular. No tememos equivocarnos al afirmar que cuando no se da la separación de la Iglesia y el estado secular, vuelven a darse las mismas circunstancias de aquella época constantiniana que ha dejado huellas tan profundas en nuestra cultura occidental.

En el año 313, después de que se promulgara el edicto de Milán a principio del año, murió el emperador Diocleciano al llegar el verano, y Constantino permitió que el Senado Romano declarara divino al difunto, sin que se levantara ninguna voz de entre las filas cristianas en contra de semejante despropósito. La supuesta cristianización de Constantino no supuso que se diera por terminado el culto al emperador, sino que consiguió que aquel nuevo cristianismo organizado en torno al estado imperial aceptara semejante patraña y muchas más. Y lo más curioso es que el emperador Constantino se autoproclamara "*Pontifex Maximus*" de la Iglesia Cristiana, es decir, autoridad suprema de su propia Iglesia, de la cual, paradójicamente, ni siquiera era miembro por no haber sido todavía bautizado, a lo que esperó hasta estar en su lecho de muerte.

El propio Constantino el Grande convocó el Concilio de Nicea (20 de mayo al 5 de julio del año 325), quien acababa de imponer su dominio sobre la totalidad del Imperio Romano después de vencer a Licinio en el año 324 (Flavio Galerio Liciniano Licinio), (c. 250 – 325), con el propósito de poner fin a discrepancias doctrinales y problemas entre las iglesias, la mayoría de los cuales no eran sino el reflejo de las divisiones ideológicas del imperio en aquellos momentos, particularmente aquellos puntos que chocaban con las costumbres romanas de adoración y de moralidad.

En este Concilio, cuyas sesiones y debates el mismo emperador presidió, se introdujeron nuevas normas para resolver la controversia arriana, es decir, el debate en torno a la naturaleza de Jesucristo, junto con otras acomodaciones teológicas y políticas. Un sector de la cristiandad, representado por Alejandro, obispo de Alejandría, y su discípulo y sucesor Atanasio, defendía que Jesucristo tenía una doble naturaleza, humana y divina, y que, por lo tanto, Cristo Jesús era verdadero Dios y verdadero hombre; por el contrario, otro sector encabezado por el presbítero Arrio y el obispo Eusebio de Nicomedia, afirmaba que Cristo Jesús había sido la primera creación de Dios antes del comienzo de los tiempos, y que, por consiguiente, habiendo sido creado no podía tener una naturaleza humana y ser al mismo tiempo Dios.

Con anterioridad, el día 7 de marzo del año 321, se substituía oficialmente el día Sábado por el Domingo como día santo de reposo y culto, borrándose la herencia judía del día de reposo, y substituyéndolo por el día dedicado en honor a Mitra. Este es, pues, el origen del cambio del día establecido por Dios por el día en honor del Sol, sin que nadie pueda aportar ningún texto de las Sagradas Escrituras que muestre un fundamento bíblico para semejante transformación.

Ahora bien, no pensemos que se trata simplemente del cambio de un día por otro. Por mucho que se trate posteriormente de adornar el primer día de la semana con el descubrimiento de la tumba vacía –lo que demuestra en todo caso que el propio Jesús guardó el Sábado antes de su resurrección– el hecho de reunirse para partir el pan en el primer día de la semana, precisamente por ser feriado en el imperio en honor del Día del Sol, nada de esto cambia la realidad de las cosas. La santificación del Sábado, que Dios mismo hace desde la culminación de la Creación, es algo de lo que el Eterno no se arrepiente ni cambia en modo alguno. Todos los pactos divinos conllevan un signo o señal imborrable, y el emblema de la alianza creacional es el día de reposo que Dios establece y santifica personalmente.

La soberbia de Constantino y su sutil política de sincretismo entre el cristianismo y el culto a Mitra, le llevó a nombrarse no sólo "*Pontifex Maximus*", título adoptado

después por el papado, sino la representatividad del mismo Dios en la tierra, "*Vicarius Christi*", "*Vicario de Cristo*", igualmente adoptado por los pontífices romanos; que denominara a su palacio "*Domus Divina*", es decir, "*Templo Divino*", y se le añadiera el título de "*sacratissimus*", es decir, "*sagradsísimo*", sino que finalmente ordenó ser enterrado bajo la designación de "*Decimotercer Apóstol*". Si toda esta parafernalia de títulos pomposos nos hace recordar el papismo romano hasta nuestros días, es lógico que así sea, pues no es sino heredero de aquellos desmanes que borraron los rasgos más esenciales y sencillos de aquella humilde cristiandad naciente.

La conservación del Sábado, tan arraigado en la religión hebrea y en la cristiandad primitiva, establecido como corona de la Creación y ensalzado y respetado por el propio Jesucristo, era sin duda un serio obstáculo para los adoradores de la deidades solares, principalmente de Mitra. Por otra parte, el sistema religioso romano y su vinculación a las estructuras del imperio y su concepción del estado secular no podían permitir que la religión oficial diera lugar a las libertades implícitas en el sentido sabático del reposo de los hombres, de las bestias y de las tierras. De ese modo, Constantino se convertía en el "*Sol de Justicia*" para todos los hombres, liberando a los cristianos de sus enemigos y perseguidores. Ahora, el estado, que otrora había sido su enemigo declarado, se convertía en su principal protector, benefactor y garante de su libertad. El gran enemigo exterior de los cristianos se hallaba ahora dentro de sus propias filas. La sutil estrategia de Constantino sería el golpe más contundente contra la Iglesia de Cristo.

La política del emperador Constantino no se centraba en la religión *per se*, como en el caso de tantos otros déspotas en el curso de los siglos, hasta nuestros días, sino en su utilización con el fin de mantener más unido y conexas espiritualmente al Imperio Romano, ya en franca decadencia en aquellos días. De ahí se desprende que incluso antes de que Constantino optara por elevar la religión de los cristianos al *status* de religión predominante en el Imperio Romano, para después convertirla en religión oficial del estado imperial, él ya pensaba en la conveniencia de establecer una religión universal monoteísta para la que la fusión del cristianismo y el mitraísmo sería más que oportuna.

La universalidad del primer día de la semana no rompería con la práctica de los adoradores de las diversas deidades solares. Por otra parte, romper con el Sábado, considerando el espíritu antisemita romano, era sin duda un paso importante para sus planes de fusión de ambas religiones en una sola de impuesta catolicidad.

Aquí conviene tener presente el espíritu antijudío del imperialismo romano que había destruido Jerusalem entre los años 65 y 75 d.C., y que fue desarrollándose con el emperador Adriano. Recordemos que anteriormente a los hebreos se les había permitido practicar su religión, junto con muchos otros cultos de los pueblos del imperio, sin grandes obstáculos ni impedimentos. En realidad, el único condicionante había sido demostrar su adhesión al emperador reconociéndole como "*Señor*". Sin embargo, al llegar a los días del emperador Adriano (117-138 d.C.), se había prohibido bajo pena de muerte la práctica de la circuncisión, la observancia del Sábado como día de reposo y el estudio de la *Torá*.

Después, hacia los años 138-140, hallamos el documento de Justino Mártir (c. 100 – c. 168 d.C.) dirigido al emperador romano, en el que se especifica que "*los cristianos guardan el Día del Sol y no el de Saturno, como hacen los judíos.*" No podemos imaginar que Justino no supiera que no hay ninguna conexión entre el *Shabat* y *Saturno*, por lo que hemos de pensar que sencillamente estaba aprovechando el espíritu antisemita romano y su ignorancia respecto a Israel para congraciarse con el emperador.

Evidentemente, el interés religioso de Constantino, caso de haberlo habido, estaba centrado en la supervivencia del culto a Mitra dentro de su versión imperial del cristianismo. Esto se desprende claramente de muchos de sus decretos, entre los que podemos destacar el que reza como sigue:

“Que todos los magistrados y ciudadanos reposen en el venerable Día del sol, y que cesen todos los trabajos... Nos parece de lo más indecoroso que el Día del Sol, que se celebra por su propia veneración, se ocupe en querellas jurídicas.”

Eusebio de Cesarea (c.275 – 339), amigo y consejero del emperador Constantino, escribe en su Epístola al Concilio de Nicea y manifiesta lo siguiente:

“La importancia de no tener nada en común con la detestable multitud judía.”

Y lo hace refiriéndose específicamente a la celebración del Sábado, y añade:

“Recomendando que todo cuanto estaba prescrito para el Sábado fuera transferido al primer día de la semana, el Día del Sol, mucho más digno de honor que el Sábado judío.”

El camino para el cambio del Sábado al Domingo, del Séptimo Día al Primero de la semana, se había dado desde el momento en que todo lo hebreo había sido rechazado por los seguidores de Mitra. Por otra parte, el gran desconocimiento de las raíces hebreas de la fe cristiana les hace confundir el Sábado con una celebración judía, no reparando en que el Sábado está en la Sagrada Escritura desde los principios como corona de la Creación, santificado por el propio Dios, separado de los demás días, respetado por Jesucristo y destinado escatológicamente a ser celebrado en la nueva tierra restaurada después de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo. Su permanencia en la metahistoria demuestra la importancia que tiene para Dios y la conveniencia para nosotros.

La sustitución del Séptimo Día por el Día del Sol es una evidencia clarísima de lo profetizado por Daniel 7:25:

“Y hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley.”

Sin embargo, tales cambios y desviaciones de la Santa Palabra de Dios no tendrán alcance eterno, sino que la voluntad perfecta del Altísimo perdurará para siempre, así como la promesa divina:

Isaías 58:13-14: “Si retrajeres del día de reposo (‘Shabat’) tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llames delicia, santo, glorioso de YHVH; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en YHVH; y yo te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de YHVH lo ha hablado.”

Isaías 66:22-23: “Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice YHVH, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de día de reposo en día de reposo (el original hebreo emplea ‘Shabat’, y no una vez más la definición ‘día de reposo’), vendrán todos a adorar delante de mí, dijo YHVH.”

Estos textos muestran inequívocamente el carácter eterno del Santo Día creado y apartado por Dios como signo imborrable de su acto creador.

Dios nuestro Señor reveló hace mucho tiempo que dentro de la propia Iglesia surgirían hombres perversos que tratarían de hacer tales cambios, abaratar la

gracia de Dios y anular la vigencia de la Santa Ley de Dios, cambiando sus estatutos y los tiempos:

Judas 3-4: “Amados, por la gran solicitud que tenía de escribiros acerca de nuestra común salvación, me ha sido necesario escribiros exhortándoos que contendáis ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos. Porque algunos hombres han entrado encubiertamente, los que desde antes habían sido destinados para esta condenación, hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único Soberano, y a nuestro Señor Jesucristo.”

Así podemos comprender el alcance de la exhortación que el Apóstol Pablo hace a los ancianos de la iglesia en Éfeso reunidos en Mileto, respecto al peligro de quienes tratarán de apartar a los hermanos de la fidelidad a Dios y de su Palabra en las Sagradas Escrituras:

Hechos 20:28-30: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu os ha puesto por obispos (griego: ‘episkopos’, ‘vigilantes’, ‘cuidadores’), para apacentar la iglesia del Señor (griego: ‘eklesian tou Theou’, ‘iglesia de Dios’), la cual él ganó por su propia sangre. Porque yo sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos.”

La importancia del respeto y celebración del Séptimo Día se desprende del mensaje de los tres ángeles anteriores a la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, al que ya nos hemos referido, como lo hallamos en el capítulo 14 del libro de Apocalipsis:

Apocalipsis 14: 6-7: “Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas.”

En esta llamada final a un mundo a punto de perecer hallamos la exhortación a adorar al Creador del Universo. Esta apelación nos ha de remitir necesariamente a la santificación del Séptimo Día, el Día de Reposo santificado por Dios como culminación de su Creación. No podemos pensar en Aquél que hizo los cielos y la tierra sin reparar en el Día que Dios estableció y santificó para el reposo de sus criaturas. De ahí el Mandamiento del Decálogo en Éxodo 20:8-11:

“Acuérdate del día de reposo (hebreo: ‘HaShabat’) para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para YHVH tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestias, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo YHVH los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, YHVH bendijo el día de reposo (hebreo: ‘HaShabat’) y lo santificó.”

El cambio de la Santa Ley de Dios ha sido aceptado y asumido por la inmensa mayoría de las iglesias hasta nuestros días, con excepción de los Bautistas del Séptimo Día y los Adventistas, con lo cual se ha venido diluyendo el reconocimiento de Dios como Creador del Universo y transmitiendo el mensaje nefasto de que no importa realmente la manera en que Dios sea adorado por los hombres.

Por otra parte, la inclusión de los extranjeros en la observancia del Día Séptimo es una clara demostración de que no es dado por Dios solamente para los hebreos, sino que su alcance y bendición son universales.

1ª Juan 5:1-6: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él. En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?”

Creemos que todos los datos históricos apuntan en la misma dirección. El antisemitismo occidental, herencia directa del Imperio Romano, primeramente de la Roma de los censares, y después de la Roma papal, sigue siendo hasta el presente la gran dificultad para que el cristianismo organizado se rinda ante la evidencia del grave error cometido al cambiar la Santa Ley de Dios substituyendo el Séptimo Día, Día de Reposo santificado por el propio Dios, por el Domingo, Día del Sol, herencia del emperador Constantino y sus correligionarios en el culto a Mitra.

Dijeron los sabios antiguos de Israel que el hombre que estudia la Santa Ley de Dios para ponerla en práctica es como un árbol plantado junto a las corrientes de las aguas; sus ramas son escasas, pero sus raíces son firmes y profundas. Será, como dice el profeta Jeremías 17:7-8: “Bendito el varón que confía en YHVH, y cuya confianza es YHVH. Porque será como el árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando viene el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se fatigará, ni dejará de dar fruto.”

En cambio el hombre que ha estudiado mucho las Escrituras pero carece de buenas acciones se parece a un árbol plantado en el desierto. Sus ramas pueden ser abundantes, pero sus raíces irán secándose. Será, como dice el texto del profeta Jeremías 17:6: “como la retama en el desierto, y no verá cuando viene el bien, sino que morará

en los sequedales en el desierto, en tierra despoblada y deshabitada.”

También dijeron los antiguos que el hombre que estudia la Santa Ley de Dios para ponerla en práctica es como una copa que tiene el pie plano, lo que le permite sostenerse sin caer. Pero el hombre, por mucho que estudie, pero no ponga en práctica la enseñanza divina, será como una copa con pie picudo, que tan pronto se llena la copa, se vuelca sobre un lado y se derrama todo su contenido.

¿CUÁL HA DE SER EL CONTENIDO DE LA PREDICACIÓN DE LA IGLESIA REMANENTE FIEL?

Lo hemos visto en el mensaje del primero de los tres ángeles del final de los tiempos:

Apocalipsis 14:6: “Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo.”

Aquí no vemos tal cosa como un “*evangelio con apellido*”, ni unos énfasis denominacionales, ni una determinada corriente teológica enfrentada a otras.

El mensaje que ha de predicarse es el *Evangelio Eterno*, cuyas características fundamentales están recogidas con hondura inigualable en las palabras del Apóstol Pablo en la Carta a los Efesios 3:14-21:

“Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu (Santo); para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.”

El Apóstol Pablo también abunda sobre la manera de vivir santa y piadosa que Dios espera de nosotros, capacitándonos mediante la obra de su Santo Espíritu y la enseñanza de las Sagradas Escrituras:

Tito 2:11-14: “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie.”

Según el mensaje del primer ángel, la Iglesia Remanente estará formada por quienes guardan los Mandamientos de Dios, pues de lo contrario resultaría incongruente la fe en Jesucristo. Esto produce un escalofrío cuando sabemos, aunque muchos no estén dispuestos a confesarlo y se enojen al escucharnos –por otra parte, estamos bastante acostumbrados– que difícilmente hallaremos hoy en medio de las iglesias autodenominadas “*evangélicas*” a hermanos, ni siquiera los niños de las Escuelas Dominicales, que puedan recitar de memoria los *Diez Mandamientos* según nos han llegado en Éxodo 20 y Deuteronomio 5.

Personalmente, lo he podido verificar incluso en los varios seminarios en los que he servido durante años. Ni uno solo de los estudiantes, al llegar a la institución de turno, sabía de memoria los Mandamientos del Decálogo, como tampoco las Bienaventuranzas, e incluso al recitar la Oración del Padrenuestro, lo hacía repitiendo la versión aprendida en el Catecismo Católico. Cuando citaban el primero de los Mandamientos, siempre rezaban *"Amarás a Dios sobre todas las cosas"*. Cuando les recordaba que no se trataba de *"amar a Dios"*, sino *"a nuestro Dios"*, y tampoco de *"amar al prójimo"*, sino *"a nuestro prójimo"*, ponían cara de asombro, y aquello me permitía enseñarles que *"amar a Dios sobre todas las cosas"* era una forma de *"cosificar"* a Dios, como si el Eterno fuera *"cosa"*, aunque se tratara de la más importante, en vez de *"Persona"*. ¡Quiera Dios que estas deficiencias hayan desaparecido!

Pero, por otra parte, es más que natural que sea así, teniendo en cuenta que quienes están en eminencia y llevan siglos enseñando que por estar bajo la gracia ya no tenemos que tener en consideración la Santa Ley de Dios, no enseñan que en el Nuevo Testamento en general, y en la pluma del Apóstol Pablo en particular, se emplea la expresión *"Ley"* en varios sentidos, pero nunca se dice que no estemos llamados a vivir en los Mandamientos de Dios, sino que de la *"ley"* de que hemos sido librados es la *"ley del pecado y de la muerte"*. Ese es el sentido más profundo de los efectos del sacrificio de nuestro Señor Jesucristo en la Cruz del Calvario a nuestro favor.

Recordemos que el dragón, la serpiente antigua, que es Satanás -¡Dios le reprenda!- se fue a hacer guerra contra el resto de los santos, a quienes el texto bíblico identifica inequívocamente como *"los que guardan los mandamientos de Dios y tienen el testimonio de Jesucristo."* (Apocalipsis 12:17).

Nunca jamás podremos hallar en las Sagradas Escrituras ninguna enseñanza de la validez de la fe, don de Dios, como ideología abstracta, como una especie de *"entelequia"*, voz acuñada por Aristóteles (384 a.C. – 322 a.C.), formada por los vocablos griegos *"enteles"*, *"completo"*, *"telos"*, *"fin"*, *"propósito"*, y *"ejein"*, *"tener"*; por consiguiente *"algo que tiene su fin en sí mismo"*. La fe en la fe, tan extendida en la predicación de los *superpastores* y *apóstoles autonombrados* de los medios de nuestros días, no es sino una de las muchas aberraciones doctrinales que corren como la pólvora en nuestra actualidad.

Por el contrario, la fe verdadera produce fruto, capacita para andar en obediencia a la Palabra de Dios:

Gálatas 5:6: "Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor."

Santiago 2:14-17, 26: "Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma... Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta."

La Iglesia Remanente, más allá de los denominacionalismos, integrismos, fundamentalismos y sectarismos propios y característicos de toda casa dividida por intereses vergonzosos e inconfesables, la cual naturalmente no puede permanecer en pie, ha sido siempre atacada, y lo está siendo más intensamente que nunca antes, por cuanto el tiempo se agota y la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo se acerca.

Por ser sutil la manera en que actúa el maligno en esta parte del mundo en que vivimos, la Iglesia Remanente no es menos atacada que cuando la oposición hace acto de presencia frontalmente, como sucede en algunas latitudes en nuestros días, produciendo incluso derramamientos de sangre como resultado de intolerancia extrema.

En medio de un mundo de compromisos vergonzosos e inconfesables, de doble moral e inmoralidad aceptada, donde a lo bueno se le llama malo, y a lo malo se le llama bueno, con sus frutos de escepticismo e incredulidad, la Iglesia Remanente permanece en pie sin temor, con la mirada puesta en Jesús, Autor y Consumador de la fe, y sus miembros seguimos dispuestos a vivir en los Mandamientos de Dios y la fe de Jesucristo, bajo la gracia soberana de nuestro Señor y Salvador; una gracia que no nos es otorgada, según las Sagradas Escrituras, para seguir desobedeciendo a Dios y pecando bajo el pretexto de haber profesado adherencia a la fe cristiana mediante algunos de los ritos sacramentales ancestrales, tomados de las religiones del sincretismo cesaropapista, o por los del *revivalismo evangelical* de clara factura importada, desconocedor de nuestra cultura por ignorancia o desprecio, o ambas cosas.

Naturalmente, la Iglesia Remanente no se trata de una organización o denominación, si bien las hay con más evidentes signos de dicha remanencia, sino que está constituida fundamentalmente por personas, hombres y mujeres que han sido sellados, llenos y renovados por el Santo Espíritu de Dios para vivir vidas santas en obediencia a la verdad, independientemente de la adscripción formal que puedan mantener dentro de las organizaciones eclesiales de este mundo.

Muchos a nuestro alrededor argumentan afirmando que bajo la gracia de Dios nuestro Señor ya no estamos obligados a guardar la Ley, a la que jamás se refieren como "*Santa Ley de Dios*", por cuanto la desprecian. Nosotros entendemos primeramente que la gracia de Dios no comienza su vigencia para nosotros con el Evangelio, entendido como su proclamación neotestamentaria en forma de poder de Dios para salvación a todo aquel que cree, sino que el verdadero Evangelio es eterno, y que absolutamente todo es de gracia, comprendida la propia Ley de Dios, desde antes de la creación del universo hasta la consumación de los siglos, de eternidad a eternidad; y que de la Bendita Ley Divina sólo carecen de vigencia actual para nosotros aquellos aspectos exclusivamente ceremoniales y externos de la misma, vinculados a la religión templocrista en la que actuaron como figuras y sombras de las realidades que habían de venir en la persona y en la obra de Jesucristo.

Con Cristo Jesús declaramos abiertamente que la Santa Ley de Dios expresada en el Decálogo no es sólo para Israel sino que su alcance es universal y eterno. La enseñanza de nuestro Señor y Salvador Jesucristo no puede ser más clara al respecto:

Mateo 5:17-20: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

Por consiguiente, no podemos movernos de nuestra posición bíblica y caer en la peligrosa trampa de pensar que la Santa Ley de Dios sea invalidada por la fe en

nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Es más, semejante posición nos parece una aberración y un despropósito de grandísimas magnitudes y consecuencias.

Las palabras de nuestro bendito Salvador en el Evangelio no pueden ser más precisas e indiscutibles al respecto de lo que venimos diciendo:

Mateo 7:21-23: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.”

Ahora bien, ¿a qué maldad se refiere nuestro Señor Jesucristo en estas palabras?

Las palabras de Jesucristo van dirigidas a aparentes cristianos que usaron el Nombre poderoso de Jesucristo para realizar grandes obras, como profetizar, liberar de malos espíritus y hacer muchos milagros. Es evidente, pues, que Dios les usó, pero su situación espiritual era caótica, siendo descritos como “*hacedores de maldad*”.

Cuando vamos al original griego de estas palabras de nuestro Salvador, hallamos algo verdaderamente clarificante: “*oí ergazomenoi tèn anomían*”, (acusativo singular), “*los que perpetráis la violación de la Ley*”. La voz “*Ley*” es el griego “*nomos*”, por lo que “*anomían*” es “*sin Ley*”, “*negación de la Ley*”, “*desacato a la Ley*”.

Mateo 13:40-41: “De manera que como se arranca la cizaña, y se quema en el fuego, así será en el fin de este siglo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino a todos los que sirven de tropiezo, y a los que hacen iniquidad.” Literalmente: “*kai tous poiountas tèn ánomían*”, (acusativo singular), “y a los que practican la violación de la Ley”.

¿Quiénes son los que hacen iniquidad? Los que practican la violación de la Santa Ley.

Mateo 23:28: “Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.” Literalmente: “*mestoì ypokriseos kai Naomias*”, (genitivo singular), “*lentos de hipocresía y de violación de la Ley*”.

¿A qué iniquidad se refiere nuestro bendito Señor y Salvador? Sencillamente, a quienes violan la Santa Ley Divina.

Mateo 24:11-12: “Y muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará.” Literalmente: “*kai diè tò plêthunthênai tèn anomían*”, (acusativo singular), “y a causa de la violación de la Ley”.

¿A qué multiplicación de maldad se refiere nuestro Señor Jesucristo? Sencillamente, a la violación de los Mandamientos Divinos.

Romanos 4:7-8: “Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado.” Literalmente: “*makáριοι hôn aphéthêsan aí anomían*”, (acusativo singular), “y a causa de predominar la violación de la Ley”.

¿A qué clase de iniquidades se refiere el Apóstol Pablo? Sencillamente, a la predominancia de la violación de la Ley Divina.

Romanos 6:19: "Hablo como humano, por vuestra humana debilidad,; que así como para iniquidad presentasteis vuestros miembros para servir a la inmundicia y a la iniquidad, así ahora para santificación presentad vuestros miembros para servir a la justicia." Literalmente: "kaí tē anomía eis tēn anomíav", "tēn anomía" (dativo singular), "tēn anomían" (acusativo singular), "y a la violación de la Ley para [la práctica habitual de] la violación se la Ley".

¿A qué clase de iniquidad se refiere el Apóstol Pablo? Sencillamente, a la práctica habitual de la violación de la Santa Ley de Dios.

2ª Corintios 6:14: "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos; porque ¿qué compañerismo tiene la justicia con la injusticia? ¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?" Literalmente: "tis gar metochē dikiosúne kai anomía"), (dativo singular), "¿Qué, pues, participación con el cumplimiento de la Ley y con la violación de la Ley?".

¿A qué clase de injusticia se refiere aquí el Apóstol Pablo? A la violación de la Santa Ley de Dios.

2ª Tesalonicenses 2:3: "Nadie os engañe en ninguna manera; porque no vendrá (nuestro Señor Jesucristo) sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición." Literalmente: "tēs anomías"), (genitivo singular), "el hombre de la violación de la Ley".

¿A qué pecado se refiere el Apóstol Pablo tratando del anticristo? Al hombre de la violación de la Santa Ley de Dios nuestro Señor.

No puede quedar más evidenciado que "*los hacedores de maldad*" son quienes viven en disconformidad con la Santa Ley Divina, quienes la niegan o la desprecian, la quebrantan o transgreden, la violan o desacatan, por mucho que apelen a la "*gracia*", cuyo resultado es la impiedad, la injusticia, la maldad, el pecado; son quienes han abaratado la gracia divina hasta convertirla en libertinaje; quienes han robado de la fe toda obediencia, reduciéndola a mero pensamiento filosófico, desplazándola a millones de años-luz de la verdadera fe, la que como nos dice el Apóstol Pablo, "*obra por el amor*". (Gálatas 5:6).

La desobediencia a los Mandamientos de Dios siempre ha sido y seguirá siendo, hasta la plena manifestación del anticristo, el máximo propósito de los planes y proyectos del maligno. La violación de la Santa Ley de Dios ha venido siendo, y lo seguirá siendo hasta el fin, el objetivo por excelencia del enemigo de nuestro Señor y de los hombres. Decir que se cree en Cristo, sin obediencia a los Decretos de la Divina Majestad, nunca preocupará demasiado al maligno. A éste le preocupa solamente la Iglesia Remanente, la atrapada en la apostasía ya está en sus redes.

Santiago 2:17: "Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma."

Continúa la Palabra Apostólica mostrándonos que la "*maldad*" a la que nuestro Señor se refiere es el desprecio y la violación de la Santa Ley de Dios:

2ª Tesalonicenses 2:7: "Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado de en medio." Literalmente: "tēs anomías", (genitivo singular), "de la violación de la Ley".

En la exhortación apostólica de Pablo a Tito no puede quedarnos duda alguna respecto al lugar que ocupan los Mandamientos Divinos en la vida del discípulo de Jesucristo y su relación con la Esperanza Bienaventurada en el Segundo Adviento de nuestro Señor y Salvador:

Tito 2:11-15: "Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Esto habla, y exhorta y reprende con toda autoridad. Nadie te menosprecie." Literalmente: "apo pásēs anomías"), (genitivo singular), "de toda violación de la Ley".

Hebreos 1:9: "Has amado justicia, y aborrecido la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros." Literalmente: "égápēsas dikaiosunên kai emisēsas anomían"), (acusativo singular), "amaste el cumplimiento de la Ley y odiaste la violación de la Ley".

Hebreos 10:17: "Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones." Literalmente: "tôn hámaptiôn autôn kai tòn anomión autôn"), (genitivo plural), "de los pecados de ellos y de las violaciones de la Ley de ellos".

1ª Juan 3:4: "Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley." Literalmente: "pas hopoiôn tèn hamartían kai tèn anomían poiei kai hê hamartía estin hê anomía"), (nominativo singular), "todo el que hace pecado también la violación de la Ley está haciendo, y el pecado es la violación de la ley."

La palabra apostólica que nos llega de la pluma de Pablo en su Carta a los Romanos no puede ser más clara y contundente al respecto:

Romanos 3:31: "¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley."

Esto debería ser más que suficiente para rechazar todos los intentos de hacernos caer en las redes de la gracia barata que degenera siempre en libertinaje, como infortunadamente ha ocurrido y sigue sucediendo en muchos círculos evangélicos de nuestros días. Pero hay más palabra apostólica al respecto, como es el caso de las afirmaciones del Apóstol Juan en su Primera Epístola Universal:

1ª Juan 2:3-6: "Y en esto sabemos que nosotros le conocemos (a Jesucristo), si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo."

1ª Juan 5:3: "Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos."

El mensaje que la Iglesia Remante ha de proclamar hasta la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo ha de ser la llamada amorosa a todos los hombres y mujeres del mundo a temer a Dios y darle gloria, porque la hora del juicio divino está a punto de llegar:

Apocalipsis 14:12: "Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús."

Dijeron los sabios antiguos de Israel que:

La Santa Ley de Dios es anterior a la Creación de todos los Universos.

La Santa Ley de Dios es el modelo de toda Creación de Dios.

La Santa Ley de Dios es el Árbol de la Vida.

La Santa Ley de Dios es la Palabra que une el Cielo y la Tierra.

La Santa Ley de Dios es la razón de todas las cosas.

La Santa Ley de Dios es el Vértice del Mundo.

La Santa Ley de Dios es la Esposa de Israel.

EL CAMINO CRISTIANO ES LA FE DE JESÚS.

Nuestro Señor Jesucristo observó la Santa Ley de Dios en todo momento. Incluso lo hizo respecto a muchas de las tradiciones rabínicas, cuando éstas no eran meras tradiciones humanas tenidas por Mandamientos de Dios que invalidaran los mismos.

Mateo 23:1-12: “Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres. Pues ensanchan sus filacterias, y extienden los flecos de sus mantos; y aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y las saluciones en las plazas, y que los hombres los llamen: Rabí, Rabí (‘Maestro mío’). Pero vosotros no queráis que os llamen Rabí; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo, y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.”

Lo mismo podemos afirmar respecto a la santidad del Sábado, respecto a la cual Jesús no sólo no infringe el sagrado mandamiento, sino que confirma su propósito y alcance eterno:

Mateo 12:1-8: “En aquel tiempo iba Jesús por los sembrados en un día de reposo (griego: ‘Shabat’); y sus discípulos tuvieron hambre, y comenzaron a arrancar espigas y a comer. Viéndolo los fariseos, le dijeron: He aquí tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el día de reposo (griego: ‘Shabat’). Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y los que con él estaban tuvieron hambre; cómo entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no les era lícito comer ni a él ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes? ¿O no habéis leído en la ley, cómo en el día de reposo los sacerdotes en el templo profanan el día de reposo (griego: ‘Shabat’), y son sin culpa? Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí. Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes; porque el Hijo del Hombre es Señor del día de reposo (griego: ‘Shabat’).”

Abriendo un breve paréntesis, no terminamos de comprender que las Sociedades Bíblicas y otros editores de las Sagradas Escrituras nos pongan un asterisco junto a la expresión “*día de reposo*”, para explicar al pie de página que “*aquí equivale a Sábado*”, cuando lo correcto a todas luces sería lo contrario, es decir, dar el original “*Shabat*” como “*Sábado*”, que es lo que aparece en el texto, y explicar al pie de la página que “*aquí equivale a “día de reposo”*”. Sinceramente nos inclinamos a pensar que se trata, como en tantos otros casos, de evitar que se entienda lo que realmente dice la Escritura. Si no fuere así, pues que nos perdonen los vendedores de Biblias o bien nos den una explicación satisfactoria al respecto.

Aquí conviene tener muy presente que el hebreo bíblico hace uso de dos voces diferentes para *"trabajo"*, según sea éste productivo o no productivo. La labor productiva, el trabajo remunerado para la subsistencia del hombre es el hebreo *"melaká"*, *"obra"*, *"tarea"*, *"fabricación"*; mientras que el trabajo no productivo, no remunerado, de naturaleza altruista o voluntaria es *"abodá"*, *"trabajo"*, *"obra"*, *"esclavitud"*, *"servicio"*, *"oficio"*, *"culto"*.

Nuestro Señor Jesucristo no vino a abrogar, anular, destruir la Santa Ley de Dios, sino a obedecer:

Mateo 5:17-18: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni un a jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido."

Nuestro bendito Señor y Salvador enseña que la Ley de Dios ha de ser cumplida con más rigor espiritual, como se desprende de las seis antítesis que Jesús introduce en el Sermón del Monte. En cada una de ellas Jesús explica el sentido de la Santa Ley de Dios de forma contraria a la mayoría de las corrientes farisaicas, insistiendo siempre en la santidad interior, *versus* la meramente exterior, de naturaleza estrictamente ceremonial, así como el camino de perfección moral *versus* la gracia barata, el privilegio por estar legalmente dentro del Pacto Divino, pero sin seguimiento, sin discipulado, fenómeno carnal que se da en nuestros días tanto como en los de Jesús en la carne.

Según Jesús, la Ley de Dios no se cumple observando la letra de la misma, sino esforzándose por seguir la santidad, que es su espíritu motivador. De ahí que se nos revele que *"la fe obra por el amor"*. (Gálatas 5:6).

La oposición entre lo *"nuevo"* y lo *"viejo"*, tan frecuente en las enseñanzas de Jesús, no ha de entenderse como oposición entre el Antiguo Testamento y el Nuevo, ni mucho menos su suplantación. De ahí nuestra preferencia a llamar al Antiguo Testamento con la expresión *"Escrituras Hebreas"*, pues el adjetivo *"antiguo"* inevitablemente nos conduce a pensar en algo *"viejo"*, *"caduco"* o *"pasado"*, alejándonos de su sentido de *"primero"* o *"fundamental"*.

Lo verdaderamente *"nuevo"* en la enseñanza de Jesucristo no es extrínseco a la Santa Ley de Dios, sino su cumplimiento, como Él mismo nos asegura. La novedad de nuestro Señor Jesucristo reside en la introspección profética del significado de la Ley Divina; es decir, el constante recurso al significado anunciado por los profetas de antaño y seguido por muchos hombres y mujeres israelitas que vivieron en obediencia a los designios divinos, el único camino de verdadera santidad, más allá de los meramente aparente.

El verdadero Evangelio de Jesucristo, el Evangelio Eterno, testifica de la defensa de la Ley de Dios hecha por el propio Jesús frente a la interpretación farisaica, recurriendo a la propia Ley y su interpretación antigua. Todo intento de seguir la Santa Ley de Dios sin la Gracia de Cristo Jesús, está condenado al fracaso y a la frustración. Salir vencedores en nuestras propias fuerzas, ignorando la Cruz del Calvario, es un camino imposible. Una actitud legalista no ofrece ninguna seguridad en la salvación eterna. Es de nuestro Señor Jesucristo y su obra en el Gólgota de quien provienen las fuerzas para andar en santidad, para dejar de ver los Mandamientos de Dios como cargas pesadas, imposibles de guardar para el hombre natural, y bajo la Gracia de Dios, y merced al nuevo nacimiento de la regeneración, comenzar a contemplarlos como delicias, como regalos de Dios para todos los redimidos por la sangre preciosa del Cordero que quita el pecado del mundo.

Uno de los casos más evidentes de lo que venimos diciendo se halla en el Evangelio de Mateo, cuando Jesús muestra inequívocamente qué es lo que contamina al hombre:

Mateo 15:1-11: “Entonces se acercaron a Jesús ciertos escribas y fariseos de Jerusalem, diciendo: ¿Por qué tus discípulos quebrantan la tradición de los ancianos? Porque no se lavan las manos cuando comen pan. Respondiendo él, les dijo: ¿Por qué también vosotros quebrantáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Porque Dios mandó diciendo: Honra a tu padre y a tu madre; y: El que maldiga al padre o a la madre, muera irremisiblemente. Pero vosotros decís: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: Es mi ofrenda a Dios todo aquello con que pudiera ayudarte, ya no ha de honrar a su padre o a su madre. Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí, pues en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres. Y llamando a sí a la multitud, les dijo: Oíd y entended: No lo que entra en la boca contamina al hombre; mas lo que sale de la boca, esto contamina al hombre.”

Con el pretexto de haber dedicado al sostén de la religión establecida aquello con que ayudar a los padres necesitados, éstos quedaban desatendidos, ignorando el Mandamiento de “*Honrar a padre y madre*” (Deuteronomio 5:16). Esa era la enseñanza de algunos fariseos, en la que se desvelaba el diagnóstico que nuestro Señor hizo de ellos en el Evangelio:

Lucas 16:13-15: “Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (Griego: ‘Mammón’). Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él (de Jesús). Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.”

“*Mammón*” es voz aramea cuyo significado es “riqueza”, al igual que el término hebreo “*matmon*”, cuyo significado es el de “tesoro”, e incluso en algunos textos se emplea como sinónimo de “dinero”. Esta voz se encuentra también en el fenicio “*mommon*”, cuyo sentido es el de “beneficio”, “lucro” y “utilidad”. La transcripción al griego nos llega en la forma “*mamonás*”, y la hallamos en el Sermón del Monte, así como en la parábola del mayordomo infiel.

Mateo 6: 19-21, 24: “No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón... Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (Griego: ‘mamoná’).”

Lucas 16:11: “Pues si en las riquezas injustas (Griego: ‘mamonas’) no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?”

La idea, pues, de “*mammón*” es la de riqueza injusta o adquirida de manera deshonesta. Durante la Edad Media “*mammón*” fue personificado como signo de la avaricia, del afán por el lucro mediante la práctica del comercio injusto o fraudulento.

Para nuestro Señor y Salvador Jesucristo, la Santa Ley de Dios educa al hombre en una sabiduría interior, ya que la quintaesencia de dicha Ley es la justicia, la

misericordia y la fe, como se desprende de las propias palabras de nuestro Salvador:

Mateo 23:23: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: La justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello."

Ahora bien, la Santa Ley de Dios sirve como guía para crecer en la santidad. Y eso opera de semejante manera cuando su observancia está fundada y motivada por el amor a Dios y a nuestro prójimo, por cuanto de estos dos Mandamientos se sustentan la Ley y los Profetas:

Mateo 22:34-40: "Entonces los fariseos, oyendo que (Jesús) había hecho callar a los saduceos, se juntaron a una. Y uno de ellos, intérprete de la ley, preguntó por tentarle, diciendo: Maestro: ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas."

Si esta observancia de la Santa Ley de Dios sólo es externa, la esencia de la Ley permanece incumplida, incluso si hay una obediencia meticulosa a sus preceptos. Por consiguiente, aquí surge la gran pregunta: ¿Cuál es, pues, la esencia del Nuevo Pacto o Pacto Renovado que nos parece más aproximado al sentido que se nos revela en las Sagradas Escrituras? Creemos que la respuesta se halla en las propias Escrituras proféticas: La Ley dada a Moisés, escrita en piedra, será grabada en nuestros corazones de piedra por el fuego regenerador del Santo Espíritu de Dios, quien es capaz de llegar hasta la mayor profundidad de nuestros corazones de carne, haciéndolos sensibles a la voz divina.

El Santo Paráclito es quien ennoblece y vivifica los corazones humanos. El Santo Consolador es quien actualiza y hace eficaz el sacrificio de Jesucristo en nuestras vidas. Sólo por el mover del Amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Santo Consolador, es impulsado al hombre hacia la voluntad divina expresada en sus Mandamientos eternos:

Juan 14:15, 21, 23-24: "Si me amáis, guardad mis mandamientos... El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió."

¿Cómo expresaron estas enseñanzas de Jesucristo los profetas hebreos? Veamos algunos ejemplos:

Isaías 32:15-18: "Hasta que sobre vosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque. Y habitará el juicio en el desierto, y en el campo fértil morará la justicia. Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo."

Jeremías 31:33-34: "Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice YHVH: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñará más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a YHVH; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice YHVH; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado."

Ezequiel 36:25-27: “Esparciré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras inmundicias; y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Os daré corazón nuevo; y pondré Espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra; y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra.”

Ezequiel 37:12-14: “Por tanto, profetiza, y diles: Así ha dicho YHVH el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy YHVH, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestras tierra; y sabréis que yo YHVH hablé, y lo hice, dice YHVH.”

Joel 2:28-32: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego, y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso de YHVH. Y todo aquel que invocare el nombre de YHVH será salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalem habrá salvación (Hebreo: ‘Yeshúa’, ‘Jesús’), como ha dicho YHVH, y entre el remanente al cual él habrá llamado.”

Zacarías 12:10: “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalem, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.”

Es evidente, pues, que nuestro Señor Jesucristo eleva el significado moral de la Santa Ley de Dios sobre el ceremonial de los Mandamientos, y que el arrepentimiento es para Jesús la vuelta en obediencia a la voluntad divina:

Mateo 4:17: “Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado.”

Marcos 1:14-15: “Después que Juan (el Bautista) fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el Evangelio.”

Ahora bien, ¿qué podemos decir a los hermanos que aluden al texto en que se nos dice que Jesucristo es el fin de la Ley?

Romanos 10:4: “Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.”

Este versículo tomado completamente fuera de contexto ha hecho creer a muchos hermanos que nuestro Señor Jesucristo vino a esta tierra para abrogar, es decir, abolir, la Santa Ley de Dios. Naturalmente, si tal fuera la interpretación correcta de las anteriores palabras del Apóstol Pablo, estaría en absoluta oposición a la enseñanza de Jesucristo en el Evangelio de Mateo 5:17-20:

“No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en

el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos."

La voz "cumplir", en oposición a "abrogar", es el griego "pleroo", cuyo sentido es el de "completar", "colmar", "llenar hasta rebosar", de manera que lo que nuestro Señor Jesucristo nos dice en este texto no es que ha venido a anular la Ley, sino todo lo contrario. Lo que Jesús nos enseña es que no hemos de pensar semejante despropósito, sino que sus enseñanzas y actos representan el cumplimiento perfecto de la Santa Ley de Dios nuestro Señor. Es decir, que Jesús completa la Ley Divina, le da plenitud.

Además, la voz "cumplir" en el versículo 18: "hasta que todo se haya cumplido", es el griego "ginomai" cuyo sentido es el de "llegar a ser", "acabar", lo que significa que la Santa Ley de Dios permanecerá vigente hasta el final de los tiempos. De ahí que Jesús reprendiera a todo aquel que quebrantara o enseñara a quebrantar los Mandamientos, comprendidos los más pequeños.

Ahora, con estos datos en mente podemos aproximarnos al texto del Apóstol Pablo en Romanos 10:4, donde se nos dice que "el fin de la Ley es Cristo". El vocablo griego que hallamos en este texto, "telos" puede traducirse por "fin", pero también admite otros sentidos, en función del contexto en que lo encontremos, como acontece en este caso que nos ocupa, donde evidentemente adquiere el matiz de "fin, como resultado final o destino definitivo". Así se explica en la afamada obra "Vine's Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words" ("Diccionario Expositivo Completo de Palabras del Antiguo y Nuevo Testamento, de Vine").

Por consiguiente, el vocablo "fin" referido a Jesucristo no significa que nuestro Señor haya puesto punto final a la Santa Ley de Dios, sino cumplimiento, dando a entender que Cristo Jesús es el objetivo hacia el que nos remite la Ley. En 1ª Timoteo 1:5 encontramos la voz "telos" traducida por "fin como propósito":

"Por que el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida."

Es evidente que Cristo como fin de la Ley no puede significar que nuestro Señor haya puesto punto final a la Santa Ley de Dios, cuando Él mismo nos ha dicho que ni lo pensemos siquiera. Por una parte, la Ley de Dios define el pecado, como se desprende de varios textos, entre los cuales vamos a considerar dos sumamente claros:

Romanos 7:7: "¿Que diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque no conociera la codicia si la ley no dijera: No codiciarás."

1ª Juan 3:4: "Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley."

La Ley también nos muestra qué es lo opuesto al pecado, es decir, la justicia divina, y dado que todos nosotros hemos pecado, todos somos merecedores de la pena de muerte eterna:

Romanos 3:23-24: "Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús."

Romanos 6:23: "Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro."

“*Muerte y vida*”, no hay nada más. Todas las demás ideas y doctrinas *post mortem* son especulaciones de naturaleza espiritista, introducidas en la Iglesia desde la filosofía griega a partir de finales del segundo siglo d.C. La vida es vida, lo opuesto a la muerte, y la muerte es lo opuesto a la vida, su negación más absoluta; y de este pena de muerte eterna, nuestra propia justicia no puede salvarnos:

Gálatas 2:16: “Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros (‘judíos de nacimiento, y no pecadores de entre los gentiles’) también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.”

La Santa Ley de Dios nos muestra claramente que somos culpables de pecado, y nos muestra lo muy alejados que nos hallamos de poder cumplir los Mandamientos Divinos, es decir, lo distantes que nos encontramos de satisfacer las demandas y las expectativas de Dios. Por consiguiente, la Ley de Dios nos muestra la necesidad que tenemos de un Salvador. Así podemos comprender el sentido en que nuestro Señor Jesucristo es el propósito y objetivo final de la Santa Ley de Dios.

Por otra parte, nuestro Señor Jesucristo cumplió todos los Mandamientos de Dios. Carecería de sentido cumplir lo que supuestamente hubiera venido a abrogar. Por el contrario, la palabra apostólica nos dice así en 1ª Juan 2:1-6:

“Hijos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Y él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo. Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo.”

Indiscutiblemente, todo el testimonio de las Sagradas Escrituras revela que Dios en su infinita misericordia nos dio sus Mandamientos Divinos para que conociéramos su naturaleza, para que aprendamos a vivir la clase de vida que a Él agrada y a nosotros nos conviene, y para que podamos apreciarlos como verdaderas joyas insuperables nos dio de su gracia en Cristo Jesús. De ahí que ni las enseñanzas del Apóstol Pablo ni de los otros Apóstoles jamás enseñen nada en contra de la Santa Ley de Dios.

El daño producido en tantas almas por causa de haber enseñado que en Cristo termina la Ley Divina, que la obra de nuestro Señor en la Cruz del Calvario significa que la Ley de Dios ha sido abrogada, y otras barbaridades e incongruencias semejantes, es inimaginable. El resultado más directo es, sin duda, el abaratamiento de la gracia de Dios, hasta convertirla en libertinaje.

Es evidente que en Cristo Jesús no se da el fin de la Ley como terminación, abrogación o derogación de la misma, sino que en nuestro Señor la Santa Ley de Dios ha alcanzado su último propósito. La ambigüedad tiene su origen en no hacer distinción entre la *Ley de Dios*, la *Ley de Cristo*, la *Ley de la Libertad*, y la “*ley del pecado y de la muerte*”. Es de esta última de la que hemos sido liberados por el derramamiento de la sangre, es decir, de la vida de nuestro Señor Jesucristo. El cese de la ley del pecado y de la muerte es el que se ha dado en la Cruz del Calvario. El Apóstol Pablo lo expresa con toda claridad haciendo una distinción fundamental entre la maldición de la Ley y la Santa Ley de Dios, propiamente dicha:

Gálatas 3:13: "Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: 'Maldito todo el que es colgado en un madero.') [Deuteronomio 21:23], para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles, a fin de que por la fe recibiésemos la promesa del Espíritu (Santo)."

Lo que ha sido anulado en la Cruz de Jesucristo han sido los decretos que había contra nosotros por causa del pecado:

Colosenses 2:13-14: "Y a vosotros (gentiles), estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, (Dios) os dio vida juntamente con él (con Jesucristo), perdonándoos todos los pecados, anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz."

Concluimos, pues, afirmando que la Cruz de Cristo es la expresión de máxima obediencia a la Ley de Dios.

¿Quién es el verdadero rico? Y respondieron los sabios antiguos de Israel diciendo que el verdadero rico es el que se contenta con su porción.

Salmo 128:2: “Bienaventurado todo aquel que teme a YHWH, que anda en sus caminos. Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado serás y te irá bien. Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de la casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de la mesa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme a YHWH. Bendígate YHWH desde Sión, y veas el bien de Jerusalem todos los días de tu vida. Y veas a los hijos de tus hijos. Paz sea sobre Israel.”

EL MAMONISMO, AUTÉNTICO DIOS DEL CRISTIANISMO ORGANIZADO E INSTITUCIONALIZADO.

La mayoría de las organizaciones religiosas que se autodenominan “*iglesias*”, en número más que escalofriante, como hemos visto anteriormente, están de parte de la riqueza acumulada que caracteriza al mundo occidental frente al llamado “*tercer mundo*”.

Bajo la sutil influencia del *religionismo establecido*, todas las organizaciones sociales se vuelven plásticas, maleables, moldeables, y la cristiandad, que perdió su rumbo hace tantos siglos, ha olvidado que el propósito esencial dado por Jesucristo a la Iglesia ha sido reconstituir la sociedad humana a base de transformar los corazones de los hombres y mujeres de este mundo y hacernos sintonizar con la voluntad soberana de Dios.

Las instituciones que se autodenominan “*iglesias*” tienen propiedades, gestionan importantes sumas de dinero, emplean a hombres y mujeres expertos en el mundo de las finanzas y de la política internacional, e incluso poseen entidades bancarias, además de realizar inversiones en todo tipo de empresas del mercado, comprendidas las fábricas de armamento.

No sólo el Vaticano ofrece estructuras bancarias para el blanqueo de dinero procedente de las mafias y las logias masónicas, sino que muchas de sus hijas bastardas, las iglesias protestantes degeneradas, siguen sus pisadas en todo tipo de aberraciones, muy lejos de sus orígenes, cuando descubrieron verdades que habían permanecido ocultas por el romanismo durante la Edad Media.

La moralidad de los profetas de Israel, tan olvidados en los círculos cristianos de nuestros días, no se ceñía sólo al ámbito del hogar y la familia, ni mucho menos al individuo como ente aislado, sino a la vida de la nación y sus instituciones. Su mensaje fue dirigido contra la injusticia, la opresión y la explotación.

No olvidemos que la historia de la salvación parte de un clamor de unas tribus inconexas que estaban siendo esclavizadas y exterminadas por el imperio más poderoso del mundo de entonces, y que lo que penetra en los oídos del Señor no son sus cánticos espirituales, sino el clamor de los explotados. Desde entonces los oídos del Señor no se han ensordecido. Él es el mismo a través de los tiempos y las edades.

El enfrentamiento de los profetas con los sacerdotes, quienes habían degenerado convirtiéndose en un cuerpo de funcionarios de la religión establecida, se puede comprobar en una frase que concentra esa lucha que pasa inadvertida al lector que proyecta sobre el texto bíblico sus ideas religiosas apriorísticas. Un paso imprescindible para la aproximación oportuna consiste en asumir con todas sus consecuencias que en las Sagradas Escrituras hay más tierra que cielo. Esta es la frase en cuestión:

Oseas 6:6: “Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos.”

El sistema ceremonial de la Iglesia de Cristo organizada e institucionalizada no surgió, tan pronto fue convertida en religión oficial del Imperio Romano, como expresión de la inseparabilidad de la religión y la ética, como fue el caso de los profetas veterotestamentarios, quienes igualmente hubieron de enfrentarse al sistema religioso establecido y sostenido por el poder secular de la monarquía, para quienes la conducta ética fue el valor supremo de la espiritualidad de Israel, sino que dentro del ámbito imperial la Iglesia optó por la acumulación de poder y riqueza.

La creencia errada en que lo que Dios esperaba de la Iglesia era el ceremonialismo y la edificación de construcciones suntuosas, fue distanciando al cristianismo institucional de la necesidad de reforma de la ética social.

El ideal teocrático de la corriente principal de la religión hebrea establecida fue cambiado en el cristianismo organizado por el poder *cesaropapista* que distinguió a la religión católica, es decir, universal y pretendida por el Imperio Romano. Los intereses de los empobrecidos fueron olvidados completamente. Dios dejó de ser entendido como el *Esposo de las viudas*, el *Padre de los huérfanos* y el *Protector de los extranjeros* (no "el patrón del turismo").

Las viudas, los huérfanos y los extranjeros, es decir, los inmigrantes que no pertenecían al clan, los sin tierra y sin voz, que habían sido el interés principal de parte de los profetas antiguos, ahora quedaban igualmente fuera de la estructura eclesiástica. La simpatía de los profetas de antaño hacia las clases desfavorecidas, no se daría en la Iglesia estructural, el cristianismo organizado en instituciones eclesiásticas vendidas al poder, sea en forma de vinculación con el estado secular, o bien en maridaje con determinados estamentos del *establishment*.

Nosotros afirmamos sin rubor –ya no nos queda- que quienes separan la vida social de la vida religiosa pueden estar seguros de no haber entendido a Jesús de Nazaret ni a los primeros apóstoles. De ahí que cada vez nos sintamos más distantes del *religionismo organizado*:

Mateo 6:33-34: "Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas (comida, bebida, vestido). Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal."

Lucas 6:38: "Dad, y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo; porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir."

Mateo 19:21-22: "Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven y sígueme. Oyendo el joven esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones."

Santiago 1:27: "La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo."

2ª Corintios 8:11-15: "Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo (compartir para las necesidades de los cristianos en Judea), para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tenzáis. Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene. Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la necesidad de ellos, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más; y el que poco, no tuvo menos." (Ver Éxodo 16:16-19).

De ahí que los defensores del cristianismo establecido tengan que fabricar un "*Cristo*" a su medida, apenas un demiurgo griego para tranquilizar conciencias y fortalecer "*espiritualmente*" el sistema presidido por la oligarquía predominante, cuyo interés religioso es el de convertir a sus súbditos en "*buenos chicos*" que no se cuestionen absolutamente nada.

La Sagrada Escritura muestra claramente que el movimiento de Jesús de Nazaret, continuador de la ética de los profetas antiguos, comienza con el "*precursor*" Juan el Bautista, quien no cambia ni enfatiza los ritos religiosos, ni los *sacrificios templocentristas*, ni legisla de manera más estricta las normas de la observancia sabática, sino que solamente habla de arrepentimiento, de darse la vuelta, y de dejar de hacer injusticia.

Lucas 3:7-11: "Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: ¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Y ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa en el fuego. Y la gente le preguntaba, diciendo: Entonces, ¿qué haremos? Y respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo."

Juan el Bautista contempla a los exponentes religiosos de su día como "*víboras*" a quienes esperan las llamas del juicio venidero. Ese fue el marco en el que vemos a nuestro Señor Jesucristo salir de su vida sencilla en Nazaret para comenzar su ministerio público después de ser bautizado por Juan en el Jordán, y de ser bautizado con el Espíritu Santo por su Padre y Padre nuestro al salir de las aguas.

Es más que natural que nos preguntemos por la causa de que el cristianismo institucionalizado no haya emprendido la reconstrucción social preconizada por los profetas antiguos y por nuestro Señor Jesucristo. Creemos que la causa es exactamente la misma por la que tampoco Israel lo hizo. El centro del pensamiento de Jesús de Nazaret y el centro del pensamiento, propósito y metas del cristianismo institucionalizado no tienen ningún punto de coincidencia, como cualquier lector atento de las Sagradas Escrituras comprende inmediatamente.

Jesús no predicó una "*iglesia*", como nosotros entendemos hoy ese concepto. El propósito fundamental de nuestro bendito Señor y Salvador fue el anuncio de la cercanía del Reino de Dios y su establecimiento en esta tierra, para lo cual sería imprescindible la regeneración del corazón del hombre y la reconstrucción de la vida social. Por eso es que vemos en los primeros días de la Iglesia de Cristo, según está registrado en el libro de los Hechos de los Apóstoles, una explosión de gozo y alegría, de vida en común distanciada del afán por el lucro y la dominación, que tristemente iría caracterizando al cristianismo organizado de los siglos siguientes.

La radicalidad de las comunidades cristianas del principio, no exentas de dificultades y problemas, fue la expresión de una nueva cosmovisión, una comprensión novedosa de la vida y su significado. Pero el sistema imperial, atemorizado ante el poder que dimanaba de semejante reto a su sistema de explotación, después de intentar la disuasión y eliminación de dichas comunidades, optó por abandonar el sistema opresivo de amenazas, persecuciones y matanzas, y emprendió el camino para destruir a los cristianos mediante la concesión a lugares de culto anteriormente dedicados a las deidades paganas, exención del pago de impuestos con que los empobrecidos estaban sobrecargados, apertura de acceso a los cargos gubernamentales y toda clase de prebendas para los obispos, que gradualmente dejaron de ser los ancianos cuidadores del rebaño, para convertirse

en altos funcionarios jerárquicos de la religión cristiana distribuida en diócesis a la semejanza del Imperio Romano.

Cuando la pesada maquinaria de la administración imperial se dividió en provincias bajo la invasión de los bárbaros en el siglo V, la maquinaria de la Iglesia permaneció intacta, convirtiéndose en la heredera de las tierras y de los esclavos y siervos. Los pequeños propietarios buscaron seguridad entregando sus tierras a la Iglesia y convirtiéndose en arrendatarios. De ese modo la Iglesia llegó a ser el mayor poder en el sistema feudal de la Edad Media.

Los obispos y los abades alcanzaron la dignidad de máximos dignatarios feudales, compitiendo con los príncipes soberanos en sus propios dominios. La Iglesia conservó los restos de la cultura intelectual y el clero absorbió el monopolio casi exclusivo de la educación, la consejería de los monarcas y las más elevadas posiciones de confianza en las cortes y los gobiernos. El despotismo de los reyes y el de la Iglesia corrieron a la par. Su sistema legal se impuso en todo el occidente cristiano, y durante todo el período de la Edad Media la Iglesia ejerció su jurisdicción sobre todos los pueblos bajo su dominio.

Nunca había habido una fuerza que hubiera tenido la capacidad de moldear los conceptos de la existencia de los hombres como el poder de la Iglesia de Roma. Hubo momentos en que las potestades eclesiásticas llegaron a ser literalmente absolutas en todos los órdenes, poniendo y deponiendo monarcas, promoviendo guerras y cruzadas para la defensa de sus intereses, y alcanzando cotas de violencia que superaron a todas las épocas anteriores.

A la vez que el mundo antiguo se desplomaba, la Iglesia surgía potente más allá de lo imaginable. Los antiguos Césares de la Roma imperial eran ahora los Papas de la Roma con aspiraciones a la catolicidad, es decir, al poder universal.

Para cuando la Iglesia había alcanzado la fuerza suprema en el control de la vida en occidente, la decadencia social de las tierras bajo su control había descendido a niveles igualmente inimaginables. La brutalidad de los bárbaros y la ignorancia del clero imposibilitaron la realización de una reconstrucción social. El precio de su poder temporal fue la pérdida de la espiritualidad como fuerza transformadora. Los hombres y los dones carismáticos desaparecieron casi totalmente pasando a ser realidades del pasado. Los profetas fueron substituidos por autoridades eclesiásticas dedicadas a acallar la voz del pueblo cristiano y su reducción a la obediencia servil bajo la amenaza poderosa de la institución.

Hoy el poder de la Iglesia de Roma y de muchas de las iglesias protestantes nacidas de ella, se ve afectado fuertemente por la apostasía y la incredulidad, mientras la corriente de materialismo dentro de las iglesias institucionalizadas y el *mamonismo* endémico de las instituciones eclesiásticas descubre sus intenciones y propósitos y revela su alma más honda y oscura. No hay mayores escándalos y fraudes en nuestros días que los que se suceden en medio de los círculos religiosos, tanto en lo estrictamente crematístico como en la moral sexual.

¿Por qué no ha realizado la Iglesia aquello que se le encomendó?

¿Por qué ha permitido la Iglesia que se cambiara la Ley de Dios y los tiempos?

¿Por qué no ha elevado a la mujer al nivel del varón, enseñando que ambos han de ser compañeros y colaboradores?

¿Por qué no ha permitido a la mujer presidir la mesa del memorial del pan y del vino y sí la mesa del hogar cristiano?

¿Por qué ha sido y sigue siendo uno de los principales impedimentos a la emancipación de la mujer?

¿Por qué no ha combatido el despotismo de los padres sobre las madres y los hijos?

¿Por qué se ha alineado a los ejércitos en el derramamiento de sangre en lugar de practicar y enseñar el perdón y la renuncia a la venganza?

¿Por qué no ha sido paladín en la lucha por la abolición de la esclavitud?

¿Por qué ha tomado siempre partido con los enriquecidos y poderosos frente a las reivindicaciones de los empobrecidos y marginados?

¿Por qué ha luchado contra todos cuantos han discrepado respecto a sus dogmas, olvidando que Jesús de Nazaret jamás promulgó ninguno ni examinó a ninguno de sus discípulos para que le siguiera?

¿Por qué sus instituciones educativas se han abierto fundamentalmente a los hijos de la burguesía y la llamada "nobleza"?

¿Por qué no ha liderado los movimientos a favor de las libertades civiles, la justicia social -¿hay otra?- y los derechos humanos?

¿Por qué no ha estado al frente de los pueblos que han reclamado su libertad e independencia?

¿Por qué ha combatido siempre todas las ideas democráticas, hoy parece favorecerlas en teoría, pero ella misma no las practica dentro de sus instituciones?

¿Por qué no hay un solo credo o confesión de fe de cualquier iglesia o denominación cristiana que contenga las enseñanzas fundamentales y diferenciales de nuestro Señor Jesucristo, sino creencias expresadas en forma de sentencias abstractas?

¿Por qué los más importantes efectos en la liberación y desarrollo de los pueblos han sido obstaculizados e incluso impedidos por las instituciones eclesásticas?

¿Por qué el cristianismo organizado ha rechazado de sus filas a quienes han pretendido cambios, tachándolos de "herejes" y "librepensadores", pretendiendo ser por una parte "madre iglesia" y por otra abandonando a sus hijos?

¿Por qué no ha habido mayores muestras de comprensión y amor cristiano –no queremos decir "permisividad"- para con los homoafectivos?

Hoy vemos cómo se extiende la teología denominada de la prosperidad en sus diversas versiones, dentro de las filas del *protestantismo evangelical fundamentalista*. Básicamente se centra en que Dios hará por nosotros lo que nosotros hagamos por Él, entiéndase lo que hagamos por el *ministerio* en cuestión –así es como se denominan estas organizaciones religiosas- y el *gurú* supuestamente *ungido* de turno.

Naturalmente, podemos leer la Biblia de abajo a arriba y de arriba abajo y jamás encontraremos fundamento alguno para semejante doctrina espuria. El Evangelio de Jesucristo nos insta a compartir con los necesitados, a sostener a los empobrecidos y debilitados, a las viudas y a los huérfanos, a los obreros cristianos, siempre centrados en el "otro", y no en nosotros mismos.

La fe que llevamos muchos años definiendo como "transaccional", es decir, basada en el principio de dar para recibir, no puede fundamentarse en las Sagradas Escrituras, sino que el dar según la Palabra de nuestro Señor ha de ser una expresión de nuestra gratitud a Dios y de nuestro amor al prójimo, comenzando

por los domésticos de la fe, por los hermanos más cercanos. Por otra parte, jamás podemos dar nada que no nos haya sido dado primeramente por Dios nuestro Señor. Todo nuestro dar será siempre el devolver una parte de lo recibido del Eterno por su pura gracia y misericordia, por cuanto el Señor no tiene deudas con nadie ni recibe gloria de los hombres.

Recuerdo una carta que escribí a una de esas organizaciones supuestamente evangélicas –autodenominarse así es gratis- y que en su publicidad pedía ofrendas de mil pesetas de entonces (hoy serían unos seis euros), recordando que Dios había prometido en la Sagrada Escritura devolvernos ciento por uno. Si la cuenta es correcta, y creo que lo es porque hasta ahí llegan mis matemáticas, eso significaba que si yo les enviaba mil pesetas recibiría cien mil. Por consiguiente, les escribí en mi carta diciéndoles que yo estaba completamente de acuerdo con su teología, y que, por lo tanto, lo mejor sería que me enviaran a mí cuenta las mil pesetas, y que ellos se quedarán ya con las 99 mil pesetas que Dios les iba a dar. De esa manera economizaríamos tiempo, gastos de correspondencia y trámites bancarios.

También les aseguraba en mi carta que me daría mucha prisa en cobrar su cheque o talón bancario que me enviaran por las mil pesetas, y que lo haría sin ninguna pérdida de tiempo para que nuestro Señor tampoco se demorase en bendecirlos con las 99 mil pesetas. Y es extraño, porque han transcurrido más de 20 años y no he recibido las mil pesetas, ni siquiera el acuse de recibo de mi carta a aquella organización paraeclesial, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, aunque, ciertamente, no estaba ubicada en La Mancha.

Dar según las Sagradas Escrituras es una manera de responder a Dios en su misericordia y bondad. Nuestro Señor nos ha dotado con muchos dones, ministerios, operaciones, talentos y capacidades. Nuestra comprensión de Dios y nuestra relación con Él dictarán siempre nuestra manera de dar, de entregar, de compartir. Si nuestro dar es para recibir, contristaremos al Espíritu Santo en nuestros corazones, y nuestro planteamiento de vida como cristianos y como iglesia será un sonoro fracaso.

Bajo el disfraz de Jesús de Nazaret se encuentra hoy la Iglesia de *Mammón*. Se trata de una red de sectas diabólicas principalmente con raíces en la extrema derecha oligárquica de los Estados Unidos de América, y sus tentáculos se extienden por todo el mundo.

Son los defensores de la pena de muerte, del segregacionismo racial, de la expansión del imperialismo belicista norteamericano, del bombardeo de hombres, mujeres y niños en países islámicos –hoy el Islam es el mismo *demonio* que hace tan sólo unas décadas nos enseñaron que lo eran los países llamados “*comunistas*”. ¿Quién será el próximo?

Son aquellos a quienes les encantaría que esas naciones fueran invadidas, asesinados sus dirigentes, colonizados sus habitantes y convertidos al *cristianismo evangelical fundamentalista*.

Son aquellos convencidos de la supremacía de la “*raza blanca*”, de los “*wasps*”, los “*White Anglosaxon Protestants*”, es decir, los “*Blancos Anglosajones Protestantes*”, nacidos para mandar.

La invasión y colonización de las tierras de los tenidos por inferiores será considerado y enseñado como un “*acto de Dios*”. Y de ese modo, el *Mamonismo* aumentará en adeptos y en poder, en el establecimiento de más *mega-iglesias*, *tele-evangelistas* y demás *mercaderes* y *campesinos* de los templos modernos, auténticos *lobos con piel de cordero*, expropiadores de los activos espirituales de Jesucristo a favor de sus oscuros propósitos inconfesables. Recomendamos nuestros libros en www.ebenezer-es.org titulados “*El Templo sin Mercaderes*”,

“El Turismo Misionero y su Oscuro Transfondo” y “El Gran Secuestro”, en la sección “Publicaciones”.

Estos propagandistas y propagadores de semejante burda versión de su pseudo-cristianismo son los mayores enemigos del verdadero Evangelio de Cristo Jesús, el Evangelio Eterno que proclamarán los tres ángeles anteriores a la Segunda Venida del Señor en poder y gran gloria, conforme leemos en el capítulo 14 del libro de Apocalipsis.

Estos falsos obreros y oscuros agentes son los artífices del engaño del cambio de la profecía por dinero, y lo peor del caso es que enseñan muy sutilmente que eso fue lo que Jesús de Nazaret nos ordenó. Como escuché decir a alguien, se asemejan al lema comercial de un libro de divulgación que podría titularse algo así como *“La Manera de Perder Peso sin Dieta ni Ejercicio”*. También podría denominarse *“Cómo Ser Salvo sin Sacrificio ni Obras Buenas”* o *“Biblia Light”*, por ejemplo. Son los transformadores de la *Gracia Divina* en *“gracia barata”*, en mero libertinaje. Entraron encubiertamente en la Iglesia de Cristo hace mucho tiempo, y lo han seguido haciendo en el curso de los siglos hasta el presente. Cambia su metodología y su ropaje, pero sus propósitos continúan siendo los mismos de siempre.

Dios nuestro Señor estableció un método de financiación para su pueblo que consiste en el diezmo, tanto para Israel como para la Iglesia de Cristo; diezmo destinado primordialmente para el sostén de los empobrecidos de entre los hermanos. Y cuando nuestra ofrenda es dada en el Espíritu de la Gracia, el diezmo suele ser superado mediante ofrendas voluntarias, de tal manera que predomina nuestra gratitud sobre cualquier aspecto legal.

Es por eso que el diezmo en actitud legalista les permitía a los enriquecidos, de entonces y de hoy, dar *“mucho”* sin dar apenas *“nada”*. Jesús de Nazaret lo denunció claramente en su vida, y nosotros podemos hallarlo en dos relatos evangélicos sinópticos, en Marcos y en Lucas, así como en la clara palabra apostólica. Vamos a leer este pasaje en la versión que nos ha llegado en el Evangelio según Lucas 21:1-4:

“Levantando los ojos, Jesús vio a los ricos que echaban sus ofrendas en el arca de las ofrendas. Vio también a una viuda muy pobre, que echaba allí dos blancas. Y dijo: En verdad os digo, que esta viuda pobre echó más que todos. Porque todos aquellos echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobra, mas ésta, de su pobreza echó todo el sustento que tenía.”

La enseñanza apostólica nos llega de la pluma de Pablo en las Cartas a los cristianos de Corinto, en el contexto de la hambruna por la que pasaban las congregaciones de Judea, y la enseñanza del Apóstol Pablo que despertó a los discípulos de entre los cristianos gentiles para decidir compartir con sus hermanos judeocristianos, a pesar de estar ellos mismos pasando por gran pobreza y tribulación a causa de su persecución.

1ª Corintios 16:1-4: *“En cuanto a la ofrenda para los santos, haced vosotros también de la manera que ordené en las iglesias de Galacia. Cada primer día de la semana cada uno de vosotros ponga aparte algo, según haya prosperado, guardándolo, para que cuando yo llegue no se recojan entonces ofrendas. Y cuando haya llegado, a quienes hubiereis designado por carta, a éstos enviaré para que lleven vuestro donativo a Jerusalem, y si fuere propio que yo también vaya, irán conmigo.”*

2ª Corintios 8:1-16: *“Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la*

abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riquezas de su generosidad.

Pues doy testimonio de que con agrado han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos, y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios.

De manera que exhortamos a Tito para que tal como comenzó antes, asimismo acabe también entre vosotros esta obra de gracia.

Por tanto, como en todo abundáis, en fe, en palabra, en ciencia, en toda solicitud, y en vuestro amor para con nosotros, abundad también en esta gracia.

No hablo como quien manda, sino para poner a prueba, por medio de la diligencia de otros, también la sinceridad del amor vuestro. Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.

Y en esto doy mi consejo; porque esto os conviene a vosotros, que comenzasteis antes, no sólo a hacerlo, sino también a quererlo, desde el año pasado.

Ahora, pues, llevad también a cabo el hacerlo, para que como estuvisteis prontos a querer, así también lo estéis en cumplir conforme a lo que tengáis. Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene.

Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más; y el que poco, no tuvo menos.

Pero gracias a Dios que puso en el corazón de Tito la misma solicitud por vosotros."

2ª Corintios 9:5-15: "Por tanto, tuve por necesario exhortar a los hermanos que fuesen primeramente a vosotros y preparasen primero vuestra generosidad antes prometida, para que esté lista como de generosidad, y no como de exigencia nuestra.

Pero esto digo: El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará.

Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra; como está escrito: Repartió, dio a los pobres; su justicia permanece para siempre. (Salmo 112:9).

Y el que da semilla al que siembra, y pan al que come (Isaías 55:10), proveerá y multiplicará vuestra sementera, y aumentará los frutos de vuestra justicia, para que estéis enriquecidos en todo para toda liberalidad, la cual produce por medio de nosotros acción de gracias a Dios.

Porque la ministración de este servicio no solamente suple lo que a los santos falta, sino que también abunda en muchas acciones de gracias a Dios; pues por la experiencia de esta ministración glorifican a Dios por la obediencia que profesáis al

Evangelio de Cristo, y por la liberalidad de vuestra contribución para ellos y para todos;

Asimismo en la oración de ellos por vosotros, a quienes aman a causa de la superabundante gracia de Dios en vosotros.

¡Gracias a Dios por su don inefable!”

Todo cuanto nos enseña la Sagrada Escritura sobre el dar puede sintetizarse en tres puntos fundamentales:

Primeramente, los que dan el diezmo con actitud legalista no pueden hacerlo con gozo y alegría. Pero quienes dan por amor descubren el gozo, la bienaventuranza de dar; y, además, no les preocupa sobre qué diezmar, ni sobre el bruto ni sobre el neto, sino que simplemente dan y se alegran en el cumplimiento del Mandamiento Divino, pues saben que todos los estatutos de nuestro Dios revelan su carácter, lo que a Él agrada y lo que a nosotros nos conviene.

En segundo lugar, dar es la única medicina conocida contra a la avaricia. El pecado del empobrecido se manifiesta en la envidia, y el pecado del enriquecido se manifiesta en la avaricia y la soberbia. Ambas producen úlceras en el corazón y en el alma. Y ninguna de ellas pertenece a la vida cristiana.

Al dar se abre el desagüe que expulsa la avaricia de nuestras vidas, con lo que se genera una sanidad incomparable en el espíritu, en el alma y en el cuerpo físico. Por eso es que Dios nuestro Señor está fundamentalmente interesado, no en nuestro dinero, sino en nuestra salud y madurez. Por otra parte, no es lo que recibimos, sino lo que damos, lo que nos hace ricos. Alguien me dio este consejo hace ya muchos años:

“Demos conforme a nuestros ingresos, no sea que el Señor haga que nuestros ingresos sean conforme a nuestras dádivas.”

En tercer lugar, algunos cristianos tratan de substituir el servicio por el dinero, dispuestos a pagar a otros para que hagan lo que ellos deberían hacer, mientras que otros tratan de darle al Señor lo que le pertenece. Sin duda, ninguna de estas posturas es auténticamente cristiana, sino meros subterfugios de la vieja naturaleza carnal, por cuanto la verdadera madurez cristiana exige ambas cosas, servir y dar, es decir, darse.

Nuestra cartera y nuestro calendario describen casi a la perfección nuestra biografía. La manera en que empleamos nuestro tiempo y nuestros bienes es el más claro indicativo de dónde se halla nuestro tesoro, y en él nuestro corazón. Al tratar de substituir una acción por otra, estamos siendo deshonestos con Dios, quien nos ha prometido honrar siempre a quienes le honran.

Lo que resulta evidentiísimo es que las ofrendas tuvieron por destino en la Iglesia naciente a los empobrecidos, nunca al sostén de grandes emporios multinacionales de la religión organizada, aunque se llame “cristiana”, con los *pastores-estrella*, los *superobispos*, *superapóstoles* y últimamente *patriarcas* que viajan en sus propios *jets*, se alojan en hoteles de cinco estrellas, residen en mansiones protegidas como si fueran *Bunkers*, son acompañados por guardaespaldas, tienen sus carteras llenas de tarjetas doradas, visten sólo trajes a medida, calzan sólo zapatos italianos – según algunos de ellos mismos confiesan- y muestran sus “*rolex*” de oro cuando extienden sus manos para *bendecir* a sus incautos seguidores.

El cetro de gobierno del cristianismo organizado e institucionalizado no está en las manos de Jesucristo, sino que éste ha sido cambiado por el cetro de la iniquidad que reposa en las manos del dios *Mammón*, es decir, el dios de este siglo.

Salmo 125:3: "Porque no reposará la vara de la impiedad sobre la heredad de los justos; no sea que extiendan los justos sus manos as la iniquidad."

Los agentes del cristianismo organizado e institucionalizado son embaucadores de dicho imperio, el que ha venido cambiando de ropaje en el curso de los siglos, pero que siempre ha sido el mismo, desde la llegada de Satanás -¡Dios le reprenda!- a esta tierra nuestra, después de haber sido derrotado y expulsado de los cielos, cuando enfurecido vino con el propósito de engañar al hombre en su estado de inocencia.

La tierra, y la Iglesia institucional como parte de ella, está en manos de los agentes del imperio de turno, con el cual siempre han estado y siguen estando comprometidos. De ahí que nuestra esperanza -¡*Venga tu Reino!*- se cumpla con la manifestación gloriosa de nuestro Señor Jesucristo, cuando la tierra será arrebatada de los inicuos y entregada a los humildes:

Salmo 37:10-11: "Pues de aquí a poco no existirá el malo; observarás su lugar, y no estará allí. Pero los mansos heredarán la tierra, y se recrearán con abundancia de paz."

Mateo 5:5: "Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad."

Esa fue la lección que tanto costó aprender al pueblo hebreo antiguo, y que tanto cuesta aprender al pueblo cristiano de todos los tiempos, hasta nuestros días. El paralelismo es más que evidente. El dios *Mammón* es el gran tentador del pueblo de Dios, tanto en la antigüedad como en nuestros días. Su alimento ha sido y será siempre, hasta el final de los días, la lujuria y la idolatría, y no hay ídolo que supere en atractivo a las riquezas y su tótem el dinero:

1ª Timoteo 6:9-10: "Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hunden a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores."

Esa ha sido y sigue siendo la gran tentación del cristianismo institucional y de todos los sistemas religiosos: El afán por el lucro, por el dinero y por el poder de dominación. Aquellas primeras comunidades cristianas tomaron a Jesús de Nazaret como referente de vida, pero tan pronto se vincularon al estado secular, es decir, al poder terrenal, comenzó el proceso degenerativo que hemos tratado de presentar de forma muy rápida, a vista de pájaro, en este trabajo. Un recorrido que partiendo del aceite que suaviza, sana y lustra, llega a degenerar en ácido corrosivo.

Las autoridades eclesiásticas, de las que nada habló Jesús, por cuanto el Maestro siempre enseñó y vivió la autoridad como servicio, fueron ocupando el lugar del propio Señor. En lugar de pastores del rebaño se convirtieron en carniceros y vividores a costa del pueblo. De ese modo fue distanciándose la experiencia de Jesucristo, es decir, Jesucristo como experiencia, siendo substituida por los rituales del sacramentalismo regido y administrado por los clérigos para convertirlo en opio adormecedor para los hombres, hasta llegar a que la propia religión institucionalizada sofoque toda posibilidad de desarrollo espiritual, mediante manipulaciones y estratagemas muy horrendas ante los ojos de Dios.

Nuestro Señor Jesucristo, el Rabino Yeshúa, no vino, como se desprende los Evangelios, para fundar un sistema religioso piramidal. No hay en su enseñanza nada que apunte hacia una religión institucional, sino que lo que nos muestra es un camino de espiritualidad. Él mismo se entrega como tal Camino experiencial, no con doctrinas dogmáticas, ni con litúrgicas elaboradas. Las celebraciones de Jesús

son las de su pueblo, las ordenadas por Dios para ayudarnos a todos en nuestra espiritualidad.

En Jesús de Nazaret cuesta muy poco darse cuenta de que la religión conforma exteriormente, pero la espiritualidad transforma nuestro interior. Como dijeron los sabios antiguos, una fuente sin agua deja de ser fuente; una manta que no abriga, deja de ser manta; una lámpara que no ilumina, deja de ser lámpara. De ahí que la sal, si pierde su sabor, ya no sirve para nada.

Nuestro Señor Jesucristo nos muestra la realidad de que la persona humana es un ser transformable, o dicho de otra manera, que estamos en construcción. No estamos acabados. Somos susceptibles de encontrar nuevos sentidos a la vida, nuevas experiencias hondas. De la mano de Jesús de Nazaret es factible descubrirnos en el otro, distanciarnos de nuestro individualismo atroz, y encontrar esa persona que somos cuando entramos en la relación que nos permite encontrar nuestro "yo" en el "tú" que es el otro, otro "yo".

Sólo así podemos aproximarnos a la enseñanza de Cristo Jesús, al decirnos que *le vimos hambriento, sediento, desnudo, enfermo, privado de libertad y dignidad*. De lo contrario, no le vimos. Sólo mediante esta eclosión podemos salir de nuestra impiedad y entrar en la práctica de la piedad. No hay posibilidad de vivir piadosamente si no salimos de nosotros mismos. Así es como podemos alejarnos de la influencia de *Mammón*.

Jesús nos lleva a beber a la fuente, que es su propia persona, y no a aguas estancadas, ni manipula nuestras conciencias con dogmas y ritos que nos asustan con amenazas de perdición, y buscan explotar a los hombres mediante la subordinación silenciosa.

Las iglesias institucionales, al igual que las sectas nacidas de su misma impronta, amenazan con la perdición eterna a quienes rechazan sus caminos alternativos y generalmente enfrentados. Pero Jesús nos dice otra cosa completamente distinta:

Juan 3:16-17: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no perezca, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él." (Juan 3:16-17).

Jesús no ha sido enviado para condenar, sino para salvar. Su propio nombre lo muestra a todas luces: Jesús, *Salvador*, Emanuel, *Dios con nosotros*.

Los sabios antiguos de Israel enseñaron que no hay en la Sagrada Escritura nada sobre lo que no se puedan recopilar montañas de comentarios. Aún aquellas cosas que parecen insignificantes, como los finísimos trazos de las letras hebreas, son montículo sobre montículo, lo que significa que si cambiáramos una sola tilde de la Torá, podríamos acarrear la destrucción del mundo y hacer de él una enorme montaña de escombros.

Cada uno de los textos de la Sagrada Escritura posee innumerables significados, como está escrito:

Deuteronomio 32:47: “Porque no os es cosa vana; es vuestra vida, y por medio de esta ley haréis prolongar vuestros días sobre la tierra adonde vais, pasando el Jordán, para tomar posesión de ella.”

Salmo 62:12: “Una vez habló Dios; dos veces he oído esto: Que de Dios es el poder, y tuya, oh Señor, es la misericordia; porque tú pagas a cada uno conforme a su obra.”

Como la piedra golpeada con un martillo se rompe en muchos fragmentos, así cada palabra y cada frase de las Sagradas Escrituras lo hace en muchos significados, según está dicho:

Jeremías 23:29: “¿No es mi Palabra como fuego, dice YHWH, y como martillo que quebranta la piedra?”

EL DIOS DE JESÚS DE NAZARET.

Cuando me preguntan si creo en Dios, siento siempre la tentación de responder: "No", porque me gustaría saber primero a qué "dios" se refieren quienes me formulan esta pregunta.

Pero comprendo que puedo ser fácilmente malentendido, y arriesgarme a que me cuelguen algún otro de los numerosos *sambenitos* con que he sido "condecorado" en el curso de los años. Por eso es que, dependiendo de quién me haga semejante pregunta y del tiempo de que disponga para explicarme, suelo responder afirmativamente, aunque, sinceramente, lo tenga que hacer con algo de mal regusto en el paladar.

No me caben sobre el pecho tantas medallas. De cartón las más. Y pasan los años y sigue creciendo el gremio de los fabricantes de capirotos, sambenitos, hogueras inquisitoriales y otras zarandajas, dispuestos siempre a crucificar a quien se atreva a cambiar una coma de sitio, aunque ellos las pongan donde no aparecen en el texto en la lengua original de las Sagradas Escrituras. Así son las cosas. Al menos, así las ve un servidor.

Sin embargo, cuando tengo la oportunidad de explicarme antes de que me conduzcan a la "hoguera" más caliente o las "mazmorras" más oscuras, con amenaza de ir a parar a las "calderas de Pedro Botero", que tanto les gusta alzar y realizar a los amigos del "infierno eterno", de las "almas de amianto" y del "dios devorador de sus hijos", entonces afirmo que no creo en el dios Zeus, considerado en la mitología griega como "Padre del Cielo" o "Padre Supremo", y como tal también por el Imperio Romano, patrocinador del cristianismo en la rápida transformación de los Césares en Papas, cuando el sistema imperial ya empezaba a resquebrajarse por varios lugares, hasta que finalmente se dividiría en muchos de los reinos que hoy constituyen nuestro Occidente y su Unión Europea; herencia de divisiones y guerras que sigue sin resolverse hasta nuestros días, ni siquiera dentro de las propias naciones, como es el caso de la nuestra.

Decididamente, no creo en el "dios" de la religión organizada e institucionalizada, aunque hábilmente lo disfracen de Jesucristo. Ustedes me perdonen como yo les perdono a ustedes, y si no es así, pues qué se les va a hacer.

Desde luego, ese dios no es mi Dios, ni mi Creador. Mi Dios es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el que habló desde la zarza, y yo no estoy dispuesto a relacionarlo con los ídolos imperiales que me presenta el cristianismo más o menos oficializado, aunque se refiera a Él como "Dios", por cuanto es la voz de que disponemos en la lengua castellana para señalar al *Ser Supremo*.

De "Zeús" pasó a "Deus", y de ahí a "Dios". Ese recorrido no podemos borrarlo, como tampoco se puede hacerlo en los trayectos realizados en otras lenguas occidentales, partiendo de los diversos panteones de las respectivas culturas. Pero si no explicamos las cosas podemos contribuir a que sigan adelante numerosos errores, equívocos y malentendidos que permiten a muchos proseguir con sus mentiras, expandirlas y reforzar el soporte de sus correspondientes sistemas socio-político-religiosos.

Zeus practica la contemplación ociosa, sacerdotal, de casta y de posición aristocrática.

YHVH representa la liberación de los oprimidos, y su práctica es profética, activa y popular.

Zeus se contempla a sí mismo, mientras que YHVH escucha el clamor de los oprimidos.

Zeus es espíritu puro, *atemporal* y *ahistórico*, distante de los hombres por temor a contaminarse con nuestras miserias, mientras que YHVH está encarnado en el tiempo y en la historia. A mí personalmente me hace recordar el pensamiento lorquiano y los hombres que se meten en el barro para ayudar a los que buscan azucenas.

Zeus justifica la sociedad de clases y su sistema de explotación de los poderosos sobre los débiles, mientras que YHVH revoluciona toda sociedad clasista y explotadora de los débiles. No multiplica para acumular, sino para repartir, como hace Jesús de Nazaret con los panes y los peces de aquel muchacho que los puso a su disposición.

Zeus representa la máxima utopía: *"La República"*, de Platón, y la democracia formal, burguesa y no social, que llega hasta nuestros días.

YHVH representa la justicia para todos, es decir, el comunismo teocrático (*'koinonía'*).

Zeus puede, por tanto, ser adoptado por *"dios"* de las clases dominantes, mientras que YHVH asusta a los poderosos explotadores de los débiles, empobrecidos y mermados.

El Dios en quien yo creo, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre nuestro, es al que Jesús de Nazaret llama *"Abba"*, palabra aramea empleada por los más pequeños para dirigirse a su padre.

Jesús de Nazaret experimenta a Dios como Padre en extraordinaria cercanía, en intimidad y confianza extremas; en la inmediatez del amor misericordioso, como origen y fundamento de la vida. Por eso se siente siempre movido a descubrir y realizar la voluntad paterna, el proyecto divino de llevar a la humanidad hasta la plenitud del Reino de Dios, incluso al precio de entregar su vida en rescate nuestro:

Mateo 26:42: "Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad."

Juan 4:34: "Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra."

Juan 5:30: "No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo; y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre."

Juan 6:37-40: "Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Y esta es la voluntad del Padre, el que me envió,: Que de todo lo que Él me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en Él, tenga vida eterna: y yo le resucitaré en el día postrero."

Hebreos 10:9: "Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley), y diciendo

luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último."

Por eso es que cada día me siento mucho más cómodo con el verbo "*experimentar*", referido a mi relación con Dios, que con el verbo "*creer*", porque es evidente que la peculiaridad de nuestro Señor Jesucristo respecto a la Santa Ley de Dios no radicó en la influencia de ninguno de los grupos o denominaciones judías del momento, que hubieran acogido a Jesús de Nazaret en sus filas con muchísimo gusto, sino sólo a partir de su experiencia con Dios. Y nuestro Señor, quien es *el mismo ayer, y hoy, y por los siglos (Hebreos 13:8)*, sigue esperando de nosotros una experiencia vivencial con Él, y no artículos de "*fe*" según los encontramos en los credos y confesiones de las denominaciones cristianas, tanto las históricas como las modernas.

Jesús experimenta a Dios en relación de obediencia y fidelidad, es decir, como entrega a la voluntad paterna. Eso es lo que significa aprender de Dios y realizar sus Mandamientos, que son encomiendas que el Padre pone en manos del Hijo, de quien procede la gracia necesaria para que los guardemos, los custodiemos como joyas valiosísimas, y el poder para llevarlos a cabo.

Nuestra dificultad en asumir esto se debe primordialmente a nuestra degenerada comprensión de la relación paterno-filial en nuestra sociedad contemporánea. A esto hemos de añadir la dificultad adquirida en trasladar de la cabeza, donde podemos tener albergadas muchas creencias acerca de Dios en forma de dogmas e ideas apriorísticas, y llegar hasta el corazón, es decir, la conciencia, donde se halla la realidad viva de Dios, o donde quiere hacerse presente.

El Apóstol Juan lo manifiesta con palabras muy sencillas y precisas en su Primera Carta Universal:

1ª Juan 1:1-4: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de Vidas (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo. Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido."

Todos y cada uno de los verbos que el Apóstol Juan emplea en este texto –*ser, oír, contemplar, palpar, manifestar, testificar, anunciar, tener comunión* y *escribir*– hacen referencia a una relación experiencial, sin nada que se parezca a la fe entendida como creencia filosófica expresada en la característica terminología abstracta del *religionismo*.

Jesús muestra a su Padre Dios como el Dios de los empobrecidos, de los marginados, por eso le llama "*Abbá*", la voz de los más débiles, de los más necesitados y dependientes de ayuda. De ahí que Jesús no tuviera conflicto con el pueblo llano, sino con los poderosos, con los sacerdotes del clero alto del Templo de Jerusalem, con los principales de las sectas de los saduceos y fariseos, con las clases adineradas y la aristocracia enriquecida y cercana a la corte herodiana y al poder imperial invasor y sus favores y prebendas.

El clamor a Dios como "*Abbá*" no puede darse dentro del cristianismo institucionalizado de nuestros días, ni de cualquier época, por cuanto el Señor sólo puede ser "*Abbá*" para los empobrecidos que anhelan su liberación. ¿Cómo podrán clamar "*¡Venga tu Reino!*" quienes ya reinan, quienes ya dominan y subyugan a sus hermanos debilitados, a cuya costa se enriquecen? ¿Cómo podrán anhelar el advenimiento del Reino de Dios quienes saben que será un Reino de justicia y de

equidad, es decir, lo más opuesto al sistema impuesto por ellos mismos para ser cada día más ricos a costa de hacer cada día más pobres a los empobrecidos?

Hacer del proyecto de Dios Padre en su Hijo Jesucristo nuestra causa de vida es lo que creemos significa convertirse al Camino de Jesús de Nazaret. Esa conversión está a millones de años-luz respecto a lo que hoy día se entiende por "conversión", es decir, como mera adscripción a una religión organizada.

Nuestro Señor nos invita a vivir a Dios como "Abbá", como Él lo ha vivido en la eternidad, después en la historia de su encarnación, y de nuevo lo vive en la eternidad, cuando el Verbo que se revistió de carne para estar entre nosotros como uno de nosotros, y dar su vida por nosotros, ahora ha revestido su humanidad con la gloria que tuvo con el Padre desde el principio.

Cuando Jesús anuncia el perdón de Dios acogiendo a los pecadores, acercándose a los marginados y desechados de la sociedad, amenaza a los poderosos sin emplear insultos, expresiones peyorativas ni medios agresivos, sino simplemente describiendo sus actitudes y comportamiento frente al testimonio del suyo.

Ahora bien, en nuestro Señor Jesucristo el perdón y el amor de Dios no son doctrinas para que las creamos firmando una confesión religiosa y afirmando que se trata de una hermosa teoría impracticable, una utopía piadosa. Cuando la realidad repugna, no hay más remedio que abrazar la utopía, que es como la denominan quienes se sienten aterrorizados ante toda posibilidad de cambio que pudiera poner en peligro su *statu quo*. Esto se desprende claramente de unas preguntas que se formulan los paisanos de Jesús de Nazaret, desconcertados ante la conducta de su vecino, y que hallamos en el Evangelio de Marcos:

Marcos 6:1-6: "Salió Jesús de allí y vino a su tierra, y le seguían sus discípulos. Y llegado el día de reposo (griego: 'Sabatou'), comenzó a enseñar en la sinagoga; y muchos, oyéndole, se admiraban, y decían: ¿De dónde tiene éste estas cosas? ¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es éste el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas? Y se escandalizaban de él. Mas Jesús les decía: No hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa. Y no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos. Y estaba asombrado de la incredulidad de ellos. Y recorría las aldeas de alrededor, enseñando."

Jesús muestra a Dios como "*Padre que ve en lo secreto*" (Mateo 6:4), pero al mismo tiempo es el "*Padre que está en los cielos*" (Mateo 6:9). Es el Dios trascendente e inmanente al mismo tiempo. Es el Dios del corazón, es decir, de la conciencia. Así lo expresa la Sagrada Escritura en Isaías 57:15, sin ninguna de nuestras expresiones abstractas, sino en el lenguaje concreto característico del singular profetismo hebreo:

"Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados."

El testimonio bíblico es que Dios se encarna en Jesús de Nazaret, en un templo de carne y hueso, pero semejante revelación no significa que Dios deje de ser misterio, sino que se hace *misterio de Dios y de Cristo*, porque no se manifiesta en el poder como el mundo lo entiende, ni en lo sublime para los hombres, sino en el amor incondicional a todos, comenzando por los últimos. De ese modo se vienen al suelo estrepitosamente todas las ideas que los humanos nos hacemos acerca de Dios, sobre quien proyectamos nuestros ideales de poder y dominio sobre los

debilitados, los más vulnerables y fáciles de explotar. Esos son los que Jesús llama "*sus hermanos más pequeños*".

El misterio de Dios, sacrosanto e inmanipulable, se manifiesta en la propia vida de Jesús entre nosotros; cuando se le presenta la gran tentación de encarnar un mesianismo glorioso, deslumbrante y deslumbrador; cuando se vuelve incógnita al no revelarse ni el día ni la hora de su Segunda Venida en poder y gran gloria para inaugurar el Reino en toda su plenitud; cuando guarda silencio en la hora de la agonía y muerte de Jesús de Nazaret en la Cruz del Calvario.

Jesús nos revela toda la distancia que media entre la religión y la espiritualidad. La religión demanda que nos adaptemos a una dogmática, a un sistema inflexible de artículos de credo, mientras que la espiritualidad produce transformaciones en los corazones, nos mueve al amor al hermano, comenzando por el empobrecido, el oprimido y marginado.

La religión nos adocena; la espiritualidad nos transforma. La religión organizada en maridaje con el poder del imperio de turno siempre asesina a Jesús de Nazaret. El Espíritu Santo le resucita de entre los muertos, para ya no volver a morir.

Jesús revela y encarna el amor desinteresado, el amor de entrega misericordiosa, copiosa y desbordante, que aniquila las distancias entre los hombres y afirma los aspectos diferenciales, gestando al mismo tiempo un solo corazón y una sola alma entre quienes viene a vivir por la bendita Persona del Espíritu Santo.

El Dios de Jesús no puede estar nunca separado del Jesús de Dios, del mismo modo que Jesús encarna al Dios de Israel y al Israel de Dios.

El Dios en quien sí creo es el de los profetas que hicieron del judaísmo un monoteísmo universal, profético, no eclesial, de ahí su conflicto con los sacerdotes que llegaron a constituir un funcionariado de la religión establecida, especialmente después del afianzamiento de la monarquía davídica.

Con anterioridad al profetismo hebreo, la religión de Israel era monolátrica o henoteísta, es decir, exigía el culto solamente a YHVH, pero reconocía la existencia de otras deidades, principalmente dioses de naturaleza nacionalista, vinculados estrechamente a la tierra; deidades circunscritas a la territorialidad de las naciones. Pero fue el profeta Amós el primero en declarar que YHVH no era sólo el Dios de los hebreos, el "*dios*" tribal de un pueblo en particular, sino de todos los pueblos. Y la revelación es el único factor que puede explicar el misterio de la fe en un Dios único, Soberano de todos los Universos, cuyo monoteísmo no surge de una abstracción teológico-filosófica, ni de un artículo de un credo formal, sino por medio de la vía insustituible de la experiencia y la vivencia del pueblo.

El Dios que se revela a sí mismo gobierna toda la Creación en conformidad con su Santa Ley. Y ni Dios ni la Ley cambian. La voluntad divina es inalterable, inmutable, sin sombra de mutación ni alteración. De ahí se desprende el sentido y la razón de las exhortaciones de los profetas al arrepentimiento, es decir, a darse la vuelta, por cuanto el pecado acarrea consecuencias desastrosas para los humanos. Pero la compasión de Dios tampoco es sólo para Israel, sino para todos los pueblos de la tierra.

Quienes tristemente hablan del "*Dios del Antiguo Testamento*" como un Dios severo, olvidan o desconocen que el mensaje de los profetas es fundamentalmente el de un Dios que es Amor, como se desprende de tantos textos bíblicos, como es el caso de las palabras que hallamos en el relato de la renovación del Pacto:

Éxodo 34:6-10: "Y pasando YHVH por delante de él (de Moisés), proclamó: ¡YHVH! ¡YHVH!, fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en

misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación. Entonces Moisés, apresurándose, bajó la cabeza hasta el suelo y adoró. Y dijo: Si ahora, Señor, he hallado gracia en tus ojos, vaya ahora el Señor en medio de nosotros; porque es un pueblo de dura cerviz; y perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado, y tómanos por tu heredad. Y él contestó: He aquí yo hago pacto delante de todo tu pueblo; haré maravillas que no han sido hechas en toda la tierra, ni en nación alguna, y verá todo el pueblo en medio del cual estás tú, la obra de YHWH; porque será cosa tremenda la que yo haré contigo."

La posición de Israel era y es una relación especial con Dios, pero eso no le convertía en su propietario, sino que el Dios Universal era y es el Señor de toda la Creación y de todos los hombres:

Amós 9:7: "Hijos de Israel, ¿no me sois vosotros como hijos de etíopes, dice YHWH? ¿No hice yo subir a Israel de la tierra de Egipto, y a los filisteos de Caftor, y de Kir a los arameos?"

La llamada de Dios a su pueblo hebreo es la consideración de que no sólo ellos experimentaron el Éxodo liberador del imperio faraónico, sino que otros pueblos también fueron beneficiarios de la liberación divina. El error histórico de Israel sería considerarse mejores que los demás pueblos de la tierra, como acontece con determinadas posturas cristianas intolerantes del fundamentalismo no dialogante en nuestros días, malentendiendo sus privilegios como meritorios, olvidando también que otros pueblos habían recibido el favor divino siendo liberados de sus opresores, que Dios no hace acepción de personas, y que ante el juicio divino no habrá nunca favoritos por herencia o renombre:

Jeremías 13:23-25: "¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal? Por lo tanto, yo los esparciré al viento del desierto, como tamo que pasa. Esta es tu suerte, la porción que yo he medido para ti, dice YHWH, porque te olvidaste de mí y confiaste en la mentira."

Los filisteos fueron liberados de Caftor, y los sirios lo fueron de Kir:

Deuteronomio 2:23: "Y a los aveos que habitaban en aldeas hasta Gaza, los caftoreos que salieron de Caftor los destruyeron, y habitaron en su lugar."

Del mismo modo que los sirios que emigraron a Siria desde Kir fueron advertidos de tener que volver cautivos a la tierra de que habían sido liberados si persistían en sus pecados, así también los hebreos habrían de volver a su cautividad bajo el imperio faraónico si permanecían en desobediencia delante de YHWH:

2º Reyes 16:8-9: "Y tomando Acáz la plata y el oro que se halló en la casa de YHWH, y en los tesoros de la casa real, envió al rey de Asiria un presente. Y le atendió el rey de Asiria; pues subió el rey de Asiria contra Damasco, y la tomó, y llevó cautivos a los moradores a Kir, y mató a Rezín."

Los etíopes, llamados en las Sagradas Escrituras también con su nombre tribal original, es decir, los *cusitas*, eran parientes de los constructores de Babilonia, es decir, Babel, y su famosa torre. Las inscripciones cuneiformes confirman lo que nos dice la Biblia en varios textos:

Génesis 10:1-12: "Estas son las generaciones de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, a quienes nacieron hijos después del diluvio."

Los hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras.

Los hijos de Gomer: Askenaz, Rifat y Togarma.

Los hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim y Dodanim.

De éstos repoblaron las costas, cada cual según su lengua, conforme a sus familias en sus naciones.

Los hijos de Cam: Cus, Mizraim, Fut y Canaán.

Y los hijos de Cus; Seba, Havila, Sabta, Raama y Sabteca.

Y los hijos de Raama: Seba y Dedán.

Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra.

Éste fue vigoroso cazador delante de YHVH; por lo cual se dice: Así como Nimrod, vigoroso cazador delante de YHVH.

Y fue el comienzo de su reino Babel, Erec, Acad y Calne, en la tierra de Sinar.

De esta tierra salió para Siria, y edificó Nínive, Rehobot, Cala, y Resén entre Nínive y Cala, la cual es ciudad grande."

La mano liberadora del Dios de Abraham, Isaac y Jacob ha estado y está de parte de todos los oprimidos de la tierra. Ha intervenido poderosamente sobre los imperios despóticos y explotadores. Lo hizo con Moisés y lo seguirá haciendo hasta el Gran Día de Dios, como lo profetiza nuestra hermana Myriam, latinizada "*María*", la bienaventurada mamá de nuestro Maestro y Redentor, casi absolutamente desconocida como profetisa del pueblo de Israel:

Lucas 1:46-55: "Entonces María dijo: Engrandece mi alma al Señor; y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.

Porque ha mirado la bajeza de su sierva;

Pues he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso; Santo es su Nombre,

Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen.

Hizo proezas con su brazo;

Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones.

Quitó de los tronos a los poderosos,

Y exaltó a los humildes.

A los hambriento colmó de bienes,

Y a los ricos envió vacíos.

Socorrió a Israel su siervo,

Acordándose de la misericordia

De la cual habló a nuestros padres,

Para con Abraham y su descendencia para siempre."

Esta profecía de Myriam, desconocida para los más, apunta hacia acontecimientos que no han sucedido todavía dentro del tiempo y del espacio, la encrucijada en vivimos y que constituye la historia. Este pasaje profético señala hacia el futuro escatológico que forma parte de nuestra esperanza bienaventurada, según la cual el amor de Dios no es mera afección sentimental, sino un camino abierto a través del arrepentimiento que permite escapar de las consecuencias del pecado, de la violación de los Mandamientos de Dios nuestro Señor, merced a la Gracia Divina que nos alcanza no para ser salvos *en el pecado*, sino *del pecado*.

El amor de Dios va de la mano de su justicia, y su justicia de la mano de su amor. Por eso es que el *"arrepentimiento"* nos llega en el texto hebreo de las Sagradas Escrituras como *"teshuvá"*, de la raíz *"shuv"*, que es *"volverse"*, *"girar"*, *"darse la vuelta"*, condición con la que Dios en su misericordia ha dotado al hombre, para darnos la vuelta de lo malo hacia lo bueno. Y el mismísimo acto de semejante giro activa el proceso que nos conduce al perdón, es decir, a ser perdonados para perdonar, a ser amados para amar, a ser beneficiarios para convertirnos en benefactores.

Este es el Dios y Señor en quien yo creo. Por eso dudo en mi respuesta cuando me preguntan *si creo en Dios...* ¿En qué *"Dios"*? Todas las versiones presentadas por la religión organizada son ídolos fabricados por los hombres a su propia imagen y semejanza, garantes y defensores de sus propios intereses, no importa con qué apelativos los cubran y disfracen sus patrocinadores.

Los profetas, al no ser filósofos, no hablaron de la personalidad de Dios, por cuanto ni siquiera dispusieron de las voces *"persona"*, *"personal"* y *"personalidad"*. Estos términos no estuvieron disponibles dentro de su vocabulario. Llegaron a formar parte del léxico disponible con la cultura filosófica griega. Y aquí conviene que tengamos presente que el lenguaje no sólo expresa nuestro pensamiento, sino que también establece el soporte del discurso, por cuanto formulamos todos nuestros pensamientos con las palabras que tenemos a nuestro alcance.

Los profetas no trataron de definir a Dios, por cuanto *"definir"* es poner límites, y Dios es el Indefinible, el Inefable, el Inimaginable por propia naturaleza. Los antropomorfismos proféticos fueron escasos y meramente funcionales. Se limitaron a presentar su experiencia con Él, experiencia de perdón y de amor. Hablaron, y algunos escribieron, porque el amor no puede permanecer en silencio cuando peligra el amado, en este caso primordialmente su pueblo, al que al faltarle la profecía sólo le espera perecer. De ahí se desprende al mismo tiempo su dificultad en asumir la universalidad de su mensaje.

Su confianza en el perdón de Dios para el hombre que se da la vuelta residió en lo que se desprendió de su relación con el Señor. Por eso es que Moisés pudo continuar intercediendo entre su pueblo y Dios, a pesar de las muchas caídas experimentadas por los hebreos. Moisés pudo estar seguro del perdón del Altísimo porque en su relación con el Señor, en su experiencia con el Bendito, comprendió que el perdón de Dios es una constante de su naturaleza.

Éxodo 32:11: "Entonces Moisés oró en presencia de YHVH su Dios, y dijo: Oh YHVH, ¿por qué se encenderá tu furor contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, de Isaac y de Israel (Jacob) tus siervos, a los cuales has jurado por ti mismo, y les has dicho: Yo multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo; y daré a vuestra descendencia toda esta tierra de que he hablado, y la tomarán por heredad para siempre. Entonces YHVH se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo. Y volvió Moisés y

descendió del monte, trayendo en su mano las dos tablas del testimonio, las tablas escritas por ambos lados; de uno y otro lado estaban escritas. Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios grabada sobre las tablas."

Números 14:18-20: "YHVH, tardo para la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la rebelión, aunque de ningún modo tendrá por inocente al culpable; que visita la maldad de los padre sobre los hijos hasta los terceros y hasta los cuartos. Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí. Entonces YHVH dijo: Yo lo he perdonado conforme a tu dicho."

Salmo 25:6-7: "Acuérdate, oh YHVH, de tus piedades y de tus misericordias, que son perpetuas. De los pecados de mi juventud y de mis rebeliones, no te acuerdes; conforme a tu misericordia acuérdate de mí, por tu bondad, oh YHVH."

Salmo 32:1-2: "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien YHVH no culpa de iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño."

Cuando David confiesa su pecado y le pide al Señor que le limpie, dice así:

Salmo 51:10-12: "Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu Santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente."

Salmo 103:12-14: "Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece YHVH de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo."

¡Qué reveladoras son las palabras del rey Ezequías al recibir de parte del Señor y a través del profeta Isaías la buena noticia de su perdón y de su sanidad, añadiéndosele quince años de vida!

Isaías 38:17-19: "He aquí, amargura grande me sobrevino en la paz, mas a ti agradó librar mi alma del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados. Porque el Seol, no te exaltará, ni te alabará la muerte; ni los que descienden al sepulcro esperarán tu verdad. El que vive, el que vive, éste te dará alabanza, como yo hoy."

Miqueas 7:19: "Él (YHVH) volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados."

Dijeron los sabios antiguos de Israel que el ojo envidioso saca al hombre del mundo.

Con ese dicho enseñaron que del mismo modo que un hombre vela por su casa, así debe velar también por la casa de su prójimo.

Y así como un hombre desea que no cobren mala fama ni su mujer ni sus hijos, también lo debe desear y procurar para la mujer y los hijos de su prójimo.

Es decir, del mismo modo que vela por su honor, todo hombre debe velar por la honra de su prójimo.

Como no desea ver empañada su reputación, tampoco lo debe desear para su prójimo.

CONCLUSIÓN:

Necesitamos proclamar “*desde las azoteas*” algo que precisa saber el mundo y nuestra propia conciencia. (Mateo 10:27). Existimos para acometer todo aquello que sólo puede hacerse bajo la Gracia Soberana de Dios nuestro Señor.

Se nos ha encomendado llevar a cabo una labor que, separados de Jesucristo, es humanamente imposible. Y a tal efecto se nos ha dicho así:

Filipenses 4:6-7: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.”

Por la providencia divina son sustentados nuestros frágiles cuerpos, reciben lucidez nuestras mentes y voluntades, y podemos predicar el Evangelio Eterno, compartir las enseñanzas de nuestro Señor y Salvador Jesucristo y ser manos extendidas de ayuda a nuestros hermanos los hombres en necesidad.

Todas estas razones son excelentes, pero no constituyen el verdadero núcleo de nuestra existencia. No existimos para predicar un “*evangelio*” manido y adaptado a los intereses de sus patrocinadores, sino para proclamar el Santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, el Evangelio del Reino y de la Gracia Soberana y Divina, el Evangelio Eterno, y hacerlo bajo la Unción del Santo Espíritu de Dios.

De lo contrario, nuestras palabras serán arrastradas por los muchos vientos de doctrina que impiden el despertamiento de las almas del dormitar en la indiferencia y la incredulidad.

No existimos para enseñar versículos bíblicos para que los hermanos discutan sobre sus personales interpretaciones, y así no se aburran y tengan algo de lo que hablar; sino que existimos para enseñar la Santa Palabra de Dios traída por el Espíritu Santo y puesta por escrito en la Biblia, para nuestra instrucción y para la obediencia de quienes están dispuestos a seguir la verdad en amor.

De lo contrario, podremos llegar a ser conocedores de la letra que mata, pero persistiremos en ser ignorantes de la voz del Espíritu que da vida.

No existimos para cantar, ni siquiera para hacerlo bien, sino para hacerlo bajo la Unción del Espíritu Santo, de manera que la gloria de Dios en el rostro de Cristo, que el Santo Consolador derrama en los verdaderos adoradores que lo hacen en Espíritu y Verdad, se haga notar en nuestras alabanzas, y no sean sólo las modas y las corrientes de los cantantes cristianos que dejan de alabar en las iglesias para hacerlo a través de sus discográficas.

De lo contrario, la gloria del Paráclito no se manifestará en nuestra alabanza, sino sólo el ruido.

No existimos para ser un club ni una ONG, una mera organización socio-religiosa, adornada con algún versículo bíblico en su papel membretado, en el intento de justificar nuestra raíz aparentemente cristiana y frecuentemente muy borrosa.

¿Qué somos, pues? Pecadores arrepentidos, sobrenaturalmente convertidos a Jesucristo por obra y gracia del Espíritu Santo; trasladados de nuestra oscura incredulidad a la luz del Mesías Jesús, el Ungido de Dios prometido a Israel, y Deseado de todas las naciones. Por consiguiente, no hay labor que podamos acometer sin la acción sobrenatural de Dios en nuestras vidas.

No existimos para hacer las cosas bien, sino para la gloria de Dios:

Isaías 43:7: "Todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice."

Por eso, nuestro Señor quiere saturarnos con su Santo Espíritu, para que seamos capaces de extender apasionadamente el conocimiento de la gracia y de la misericordia divinas a favor de todos los hombres y todos los pueblos.

No vamos a lograr nada sin oración, por cuanto la oración es la fuerza que despeja todos los afanes erróneos, todos los intereses espurios, todas las barreras de nuestra propia incredulidad.

No podemos creer que nuestro Señor sea un mero recurso poderoso para cuando nos faltan a nosotros las fuerzas y las capacidades para seguir adelante.

De tal magnitud es la importancia de la oración, que cuando la iglesia naciente se vio desestabilizada por la murmuración, a causa de que las viudas de lengua griega eran desatendidas en la distribución diaria de comida, dando preferencia a las viudas de lengua hebrea, los Apóstoles encargaron buscar a unos varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encargar el ministerio de la comida, para poder ellos *dedicarse a la oración y al ministerio de la Palabra*. (Hechos 6:2-4).

Es menester, pues, que en medio de la gran confusión reinante en nuestros días, asumamos con seriedad y cordura lo que verdaderamente implica seguir en las huellas de nuestro Señor Jesucristo:

Seguir a Jesús de Nazaret es enfrentarnos al mal, la injusticia y la hipocresía. Implica el reto a los conceptos mundanos de la riqueza, el poder y la seguridad.

Seguir a Jesús conlleva la trascendencia de escuchar la voz de la conciencia.

Seguir a Jesús significa asumir la historia de la disidencia frente al conformismo de la religión organizada e institucionalizada.

Seguir a Jesús es optar por el camino profético sin compromiso con los poderes del mundo ni el temor a los mismos.

Seguir a Jesús es trascender las barreras de género, lengua, cultura y edad, identificándonos con los empobrecidos, marginados y privados de libertad y dignidad.

Seguir a Jesús es estar dispuestos a reflejar el amor de Dios hacia los caídos, los hambrientos, sedientos, desnudos, enfermos, maltratados y excluidos del bienestar con que Dios ha dotado a esta tierra para acoger y alimentar a todos sus hijos.

Seguir a Jesús es estar dispuestos a abrir caminos para que los que no tiene voz puedan ejercer sus derechos.

Seguir a Jesús es asumir nuestra vulnerabilidad y la necesidad de nuestro sacrificio.

Seguir a Jesús es constituir comunidades de hombres y mujeres libres, separadas del estado secular y la tentación a dejarse patrocinar en compromiso con otros

poderes triunfalistas ajenos al Santo Espíritu de Dios y las Sagradas Escrituras Judeo-Cristianas.

Seguir a Jesús es el reto a demostrar en palabra y acción el amor perdonador y sanador de nuestro Señor.

Seguir a Jesús es comprometerse a facilitar a todos la experiencia personal del amor de Dios y la fe en Jesucristo su Hijo, nuestro Redentor, renunciando a toda manipulación de las conciencias.

Seguir a Jesús es comprometerse a la oración y el estudio de las Sagradas Escrituras Judeo-Cristianas, tanto de manera personal como comunitariamente, sin imposiciones dogmáticas y excluyentes.

Seguir a Jesús es abrir nuestras mentes y nuestros corazones a la Persona del Santo Espíritu de Dios, dador de dones, ministerios y operaciones para beneficio del Cuerpo de Cristo en esta tierra y de todos los hombres nuestros hermanos.

Seguir a Jesús es entregar todo nuestro ser y nuestro quehacer en sus manos.

Seguir a Jesús, injertados en el Buen Olivo, es ser aceite para las heridas de los hombres.

Seguir a Jesús es asumir ser perseguidos por los mismos poderes que le quisieron destruir a Él durante su tiempo en este mundo en condición de hombre y Hermano Mayor nuestro.

Seguir a Jesús es saber que quienes trataron de romperle como rama verde, también lo intentarán con nosotros, pero no lo lograrán si nuestras armas son la Espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, y la Fe, de la que Jesucristo es Autor y Consumador, dones preciosos que hemos recibido por su sola gracia y misericordia.

El aceite, el vino, el pan, la sal y la luz siguen estando sobre la mesa.

La invitación ha sido extendida y a nadie le faltará lugar en ella.

Amén.